Una historia real de amor y coraje durante la sangrienta guerra civil de Sri Lanka

NIÑO TIGRE SOLDADO



ALFREDO DE BRAGANZA

Una historia real de amor y coraje durante la sangrienta guerra civil de Sri Lanka



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Niño, tigre y soldado*

De la edición y maquetación: 2016, Romeo Ebooks
De la cubierta: 2016, Alfredo de Braganza

Primera edición: agosto 2016

La mano del Señor vino sobre mí, y su Espíritu me llevó y me colocó en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasearme entre ellos, y pude observar que había muchísimos huesos en el valle, huesos que estaban completamente secos.

Y me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?».

Ezequiel 37: 1-14

Antes de la guerra mi manera de participar en el concierto universal era tratar de aportar una voz de protesta. Hoy me doy cuenta de que la única cosa que puedo aportar a este universo ilógico, irresponsable y cruel es mi amor.

Jean Renoir



Esta obra está dedicada a todos los niños soldados y víctimas civiles que murieron durante los veintiséis años que duró la guerra civil de Sri Lanka
A todos los niños y adolescentes afectados de muchas maneras por la devastación que acompaña las consecuencias de los conflictos políticos y armados, independientemente de su origen y religión

A la memoria de Hallel Yaffa
A Naftali, Gilad y Eyal

Índice

Capítulo 1

Dos niños soldados escapan de una muerte inminente

Habíamos terminado de enterrar la segunda botella rellena de explosivos e iniciado el recorrido de vuelta a nuestro campamento base.

Antes de adentrarnos en la selva teníamos que cruzar un campo raso. Caminábamos con sigilo absoluto, posando las plantas de los pies como si estuviéramos sobre un lagar de pétalos de rosas.

Comenzó el atardecer. Arafat avanzaba muy despacio. Yo iba detrás de él. A menudo se paraba escuchando con mucha atención. Le pareció oír algo extraño. Giró su cabeza hacia mí y, agachándose ligeramente, puso un dedo en sus labios para ordenarme guardar el máximo silencio. Después de un momento, continuamos caminando hasta entrar en la selva.

De repente, mi amigo se detuvo y quedó inmóvil mucho rato.

Arafat me agarró del brazo obligándome a agacharme. Puso su cara junto a la mía, y musitó:

—Nunca te separes de mí. Estamos a punto de ser rodeados. Cuando yo eche a correr, tú me sigues. Si yo caigo, tú continúas, sales de la selva y sin detenerte te diriges hacia las montañas. Quedarán unas dos horas de luz antes de que sea completamente de noche.

Yo comencé a sentir miedo. Ahora podía oír pasos precipitados sobre el terreno, no lejos de donde estábamos. Unos matorrales a nuestra izquierda se agitaban crujiendo.

Arafat se levantó y echamos a correr.

Dieron la alarma con sus silbatos.

Una patrulla militar nos había descubierto.

—¡Corre, Sandokan! —gritó mi amigo—. ¡Corre, por Dios!

Una voz, casi un alarido, se dejó oír:

—¡Aaalto!

Me volví, y vi a unas figuras que nos persegu ían. Serían unos veinte. «¿De dónde habían podido salir tantos?». Los militares cingaleses comenzaron a disparar. Las balas nos silbaban en derredor.

Secos tiros de pistola se mezclaban con los tiros de metralleta. Llenos de pánico corríamos entre la espesura de la selva. El sonido de aquellos estridentes silbatos era para nosotros como la trompeta del primer ángel, la que mezcló fuego y sangre y los arrojó sobre la Tierra hasta quemar toda la hierba verde.

De pronto caí de bruces contra el suelo; me había tropezado con la raíz de un árbol. Mi arma cayó a escasos metros. Antes de que pudiese percatarme del peligro que corría si no actuaba con rapidez, sentí que alguien me levantaba cogiéndome por los sobacos y me ponía el fusil sobre los brazos.

Me di la vuelta, pero no pude ver a nadie en aquella lobreguez . Las sombras habían invadido ya el interior de la selva y la cerrada oscuridad no permitía distinguir con claridad figuras y detalles.

Una sombra se acercó corriendo, me agarró de la camisa y tiró de mí hacia delante.

—Pero ¿qué haces? Por Dios, Sandokan, sígueme —ordenó Arafat mientras me arrastraba.

Corriendo hacia la izquierda salimos de la selva. Abruptos se alzaban desde la llanura los roquedales por encima de los cuales serpenteaba cuesta arriba la carretera. Avanzábamos a tal velocidad sobre las piedras, los arroyos y los troncos caídos que parecía que no tocábamos el suelo con nuestras botas anegadas de lodo.

Oímos ruidos de *jeeps* a nuestra espalda.

—¡A las plantaciones! —ordenó Arafat cambiando inmediatamente nuestro recorrido.

Por nuestro camino cruzamos un bosque de bambú y arrozales; entre ficus, orquídeas y palmeras, rododendros y azaleas. Se fue haciendo más fácil orientarse; no nos topábamos con los árboles, ni tropezábamos con las raíces, ni teníamos que protegernos los ojos contra las ramas, invisibles en la oscuridad. Sin embargo, nos hundíamos en el terreno blando. Arafat, delante de mí, avanzaba con bastante seguridad; se paraba de vez en cuando, pisoteaba el terreno y, refunfuñando, reanudaba el camino.

—Pisa en mis huellas, Sandokan —me decía en ciertos tramos.

Escalamos un terreno inclinado, después otro, y comenzamos la subida a la cuesta de los montes situados a más altitud. Durante aquel súbito ascenso notábamos que el aire, cada vez más limpio y húmedo, nos hacía daño al respirar y entrar en nuestros pulmones. Muy lejos, entre las altas montañas, el sol comenzaba a ocultarse.

Estábamos empapados de sudor. Comenzamos a aminorar nuestra velocidad. No estábamos acostumbrados a la altura.

Me tropecé y caí en el suelo. Arafat, a mi lado, se tumbó sobre la tierra tomando desesperadamente aire. Estábamos exhaustos. Jadeábamos. Nos faltaba aire. Nos tumbamos sobre la tierra como si

fuéramos elefantes frotándose el cuerpo; al momento nuestras sensaciones mejoraron.

Los militares comenzaron a lanzar morteros. Nos querían mover a su conveniencia. Querían que nos dirigiésemos hacia la derecha para darnos caza.

El corazón empezó a latirme como loco, y a medida que oíamos que se aproximaban las explosiones, parecía que se me iba a salir por la boca.

—¡Nos van a matar, Arafat! —dije yendo a gatas, inspirando y espirando con dificultad y de manera entrecortada.

—No, sin antes luchar —dijo levantándose de un salto.

Arafat corrió hacia atrás y disparó su AK-47 hasta vaciar el cargador.

De inmediato me levanté, agarré una granada que llevaba colgando en mi chaleco, quité la anilla de seguridad y la arrojé lo más lejos posible. La explosión produjo un sonido seco, como si la tierra fangosa hubiese sido perforada de súbito por un brocado gigante para asfaltar carreteras. Acto seguido, continuamos nuestra ascensión en dirección a las plantaciones de té. Cualquier retraso significaría una pérdida irreparable: nuestra muerte con un tiro en la cabeza.

Apretaba los dientes y, respirando con fatiga, avanzaba desesperado junto con mi camarada y amigo. Avanzaba como un autómata; ya no sentía cansancio, sino algo así como languidez en todos mis miembros.

Se escucharon lejanas explosiones a nuestras espaldas y algún disparo de metralleta.

—Creo que ya los hemos perdido —comentó Arafat—. Han debido de estar persiguiendo a algún animal, y lo han tomado por nosotros. Quizá haya sido un leopardo. Aun así, debemos continuar.

Poco antes del anochecer, el cielo comenzó a teñirse de un color anaranjado.

La subida había sido tremendamente fatigosa para dos niños que habían nacido y crecido al lado de una playa de pescadores.

Habían sido varios kilómetros de horrible camino; en las condiciones más difíciles en que jamás me había encontrado.

Ya no conseguirían darnos alcance.

—No puedo más, Arafat —dije jadeando.

Pese a lo fresco y aromático del ambiente, estábamos faltos de oxígeno. Vi a la derecha, debajo de mí, una hilera de luces. Era una pequeña aldea de casas de adobe arracimadas en la pendiente donde vivían los trabajadores encargados de la recolección del té. Teníamos orden de no pedir ayuda a los habitantes autóctonos, ya que podrían poner sobre aviso a los militares cingaleses.

Al ver que Arafat no se paraba, seguí detrás de él. De buena gana

le hubiera pedido que me dejase reposar un poco; pero me daba vergüenza.

Alcanzamos la cima de un cerro desde el cual podíamos divisar las suaves ondulaciones de las colinas con las plantaciones de té.

—Descansemos aquí un momento… —dijo Arafat echándose de espaldas al suelo mientras respiraba profundamente—. Han renunciado a la persecución. La caza del tigre no les ha salido bien, porque la salvajina tiene colmillos para defenderse.

El corazón me latía con tal violencia que notaba el pulso de la sangre en el cuello, las sienes y las ingles. Meneé la cabeza intentando sacudirme el embotamiento. Tenía la mente nublada. Me sentía mareado. Echado en el suelo, aspiraba a plenos pulmones el aire fresco.

Habíamos dejado allí abajo la oscura y densa selva y una cadena montañosa cuyas rocas despedían un tenue brillo azulado. Más allá, podíamos ver la serpenteante carretera por donde habíamos oído pasar los *jeeps* del ejército que asomaba y se escondía entre las olas del terreno frondoso hasta desaparecer.

Un solo pensamiento me martilleaba la cabeza: poder reposar así, no levantarme, no seguir más aquella ascensión. Respiré con tanta profundidad como pude y entonces mi mente, como arte de magia, se vació de repente de aquello que la paralizaba. Sentí cómo se desvanecía la sensación de cabeza prensada.

Contemplé aquel bello paisaje de modo meditabundo.

¡Qué bello era todo aquello que nos rodeaba! Aquella belleza y aquella paz se apoderaron de mi corazón.

—Ahí abajo nos espera la muerte —dijo Arafat sentándose a mi lado; con dificultad levantó el brazo en dirección opuesta y añadió absolutamente extenuado—, y arriba, ¿sabes lo que nos espera?

—No.

—El silencio.

Era verdad. Aquel lugar infundía un estado de sosiego y tranquilidad increíble. Alcé la mirada. Solo el gorjeo lejano de unos pájaros y una leve brisa que susurraban a las plantas de té y los árboles, daban vida al paisaje.

Quedé conmovido por la paz y la belleza silenciosa de las montañas. Ya comenzaba a anochecer.

—Nunca he visto nada igual —comenté totalmente asombrado.

—Nuestro país es una maravilla, Sandokan. Ya verás mañana cuando amanezca.

Después de un breve silencio, le pregunté:

—Dime, con la oscuridad que había… ¿cómo sabías dónde me había caído?

—No sé de qué me hablas.

—Cuando cruzábamos aquel tramo oscuro de la selva tropecé con la raíz de un árbol. Ya lo daba todo por perdido cuando alguien me levantó y me puso el arma entre los brazos.

—Pues yo no he sido…—quedó pensativo y exclamó con mucha seriedad—. ¡Oye! ¡A ver si ha sido «el fantasma del diente de Buda»!

—¿Quién es ese?

—¿No conoces la leyenda? —me preguntó sorprendido mi amigo —. Bueno…, ahora no es el momento de quedarnos aquí…, en breve será completamente de noche y tenemos que encontrar un lugar donde dormir. ¡Continuemos!

A causa de la altura anduvimos muy despacio. A cada paso nos parecía que andábamos sin saber adónde, que habíamos perdido la dirección, que íbamos errabundos. Ahora subíamos una nueva colina y me parecía ver allí todavía el mismo horizonte que presenciamos anteriormente al encaramarnos a otra colina. Quise llamar la atención a Arafat, pero no me atreví. Él era el guerrillero más experimentado en nuestra base. Se subió a una enorme roca, puso las dos palmas abiertas de las manos sobre su rostro y con todas sus fuerzas hacia el vasto paisaje que habíamos dejado abajo, gritó:

—I will be king, and you, you will be queen! Oh-oh-oh-oh, oh-oh-oh-oh!Just for one day!

No entendí absolutamente nada de lo que decía, pero me dio la sensación de que mi amigo resquebrajaba el aire con la voz de quien regresa por el túnel que conecta la vida con la muerte.

Aquel era el sonido que revelaba el absurdo y despropósito de la violencia, de la crueldad, de la indignación moral; un grito desde las entrañas que revelaba el abuso de poder, de una guerra entre propios compatriotas, de dos niños soldados que habían escapado de una muerte inminente.

En ninguna de las incursiones y misiones que haría con posteridad estuve tan en la cuerda floja entre el reino de los vivos y el abismo de la muerte como en la huida que emprendí con Arafat después de enterrar aquellas dos botellas de butano rellenadas de explosivos y metralla, en territorio dominado por el ejército cingalés.

Nos tumbamos sobre la tierra; observamos aquel cielo claro en el que colgaba la luna en cuarto creciente. Yo abrí los ojos desmesuradamente, y mis labios formaron una O. Miles de millones de estrellas sobre nuestras cabezas nos enviaban su luz a ritmo de maravillosos guiños. Arafat recorrió con el índice la Vía Láctea de un extremo a otro. La franja refulgente y pacífica.

—¿De verdad que no entiendes de estrellas? —me preguntó de pronto.

—No, no… —contesté algo tímido y a la vez sorprendido por aquella escena tan magnífica.

—Deberías aprender, Sandokan. Si alguna vez te pierdes en la selva, puedes salir a un campo al raso o subirte a un árbol, y mirando el cielo te orientarías para llegar a salvo a tu destino. Así es como me suelo guiar yo, o ¿qué te crees, que tengo poderes sobrenaturales? ¿Ves esas estrellas?

—¿Cuáles?

—¿Cómo que cuáles? Mira atento donde señalo.

Arafat apuntó con el índice en dirección al norte.

—¡Esa, amigo! ¡Esa! Esa es la constelación de la Osa Mayor. ¿Ves siete grandes estrellas formando una especie de carro con una lanza?

Miré aquellos astros. Estaba tan sorprendido ante la belleza que veían mis ojos que me quedé sin habla.

—Sí, ya las veo. Es impresionante.

Al mismo tiempo que las nombraba, Arafat dibujaba las estrellas en el aire con el dedo como si fuese tocándolas una por una. Cambiaban de color y se teñían de matices más delicados.

—Pero a mí me parece que forman un animal, no un carro —comenté.

—Bueno…, hay quien dice que es un oso, aunque los osos no tienen esa cola tan larga y por tanto hay gente que argumenta que es un cisne…, otros que un carro… En mi pueblo había quien decía que era un elefante; pero otros dicen que es un caballo, e incluso he oído decir que tiene forma de perro…

—¿Y por qué son siete?

—Pues no lo sé…, pero lo que sí te puedo asegurar es que el número siete trae buena suerte a todos los aventureros. Es un número con fortuna.

—¿Y qué relación puede haber entre el número siete y los aventureros?

—Pues mira que lo he pensado muchas veces…

Después de un breve silencio volví a preguntar lleno de curiosidad:

—¿Y por qué se juntan de ese modo?

—Supongo que es porque se quieren, y por eso son inseparables. Como nosotros, Sandokan.

Yo sonreí de satisfacción.

—Bien dicho, Arafat. Si esas estrellas son amigas inseparables, también nosotros lo somos.

Parecía que las estrellas se entendieran entre sí: parpadeaban unas hacia otras con sus brillantes miradas.

Antes del alba nos despertamos. Habíamos pasado tanto frío que habíamos dormido abrazados el uno al otro. Nuestra ropa estaba empapada de agua a causa de la humedad de la noche. Yo comenzaba a toser.

Iniciamos el descenso. Conforme amanecía, los rayos del sol iluminaban en diferentes puntos aquellas nubes blancas como algodones suspendidos sobre el valle e iban adquiriendo tonalidades anaranjadas, azules, amarillentas y rojizas. Los pies resbalaban sobre la textura suave de las rocas cubiertas de musgo, y en los estrechos senderos se hundían en el fango.

Nos detuvimos por un instante y barrimos con la mirada el inmenso espacio que nos rodeaba. Quedamos fascinados. Aquella imagen del paisaje parecía una estampa del paraíso. Nos sentíamos como en un mundo aparte, libres, dejando atrás todo lo que pudiera oprimirnos, como el miedo y la angustia de morir cometiendo suicidio si para evitar ser capturados con vida hubiéramos tenido que tragarnos la píldora de cianuro que llevábamos colgando en el cuello. Durante nuestro duro entrenamiento como niños soldados habíamos jurado ante nuestros superiores que, antes de ser apresados por los cingaleses, pondríamos fin a nuestras vidas.

Proseguimos nuestro andar.

El silencio que reinaba me hacía soñar. Me sorprendí sonriendo a mis pensamientos, gesticulando y balbuceando palabras.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó Arafat.

—Nada, nada.

Mientras continuábamos caminando, respiré y espiré profundamente aquella brisa fresca. Evitamos diversos obstáculos que veíamos o que únicamente veía Arafat. Las matas de té nos llegaban casi hasta la cintura. Pasé la mano por las hojas relucientes y corté un brote de verde claro.

—Huélelo, Sandokan —me aconsejó caminando delante de mí.

Hice caso a mi amigo. Noté la jugosa solidez de la hoja y olí su aroma húmedo y almizclado. Me la guardé en el bolsillo de mi pechera.

—¡Ah! Te he visto, Sandokan. Ja, ja, ja… —dijo Arafat riéndose tras volver la cabeza—. He visto que te la has guardado. ¿A quién se la quieres dar?

Como caminaba detrás de él, no pudo ver que me sonrojaba. En mi pensamiento estaba mi amiga Ambika. Quería mostrarle a ella aquella hoja y que experimentase el sentimiento tan excelso que producía el olerla. Ya que nunca salía de los alrededores de la playa, seguro que ella no habría estado en ninguna plantación de té.

Arafat comenzó a cantar en inglés una canción de su artista favorito.

Heaven loves ya
The clouds part for ya
Nothing stands in your way

When you're a boy
Clothes always fit ya
Life is a pop of the cherry
When you’re a boy
When you’re a boy
You can wear a uniform
When you’re a boy
Other boys check you out
You get a girl
These are your favourite things
When you’re a boy […]

En nuestro campamento base, mi amigo tenía un radiocasete y una caja de zapatos llena de cintas que guardaba dentro de una mochila. Un extranjero que trabajaba para una organización humanitaria, durante la visita a su pueblo, le regaló un montón de casetes de música inglesa. Arafat había hecho copias para preservarlas, ya que, según me comentó, debido a la humedad y el polvo, se le estropearon varias de ellas.

Una y otra vez escuchaba a un cantante cuyo nombre por entonces me sonaba a alienígena. Era David Bowie. Arafat había aprendido el idioma inglés gracias a escuchar repetidamente sus canciones.

Era el año 1984. Aquella década estuvo marcada por el aumento de las tensiones de la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El terrorismo internacional que se venía presentando desde la década anterior se había intensificado. Las diferencias en el desarrollo entre los diferentes pueblos del mundo se evidenciaron, y la existencia del sida se hizo pública por primera vez. Durante aquellos años, las ONG internacionales empezaron a proliferar en Asia gracias al esnobismo de la «posmodernidad», y en Sri Lanka, como toda estructura con intereses, estaban más preocupadas por sobrevivir y reproducirse que en conseguir sus fines aparentes.

Conforme descendíamos, la bruma tenue de las praderas de las plantaciones de té se iba diluyendo para volver aún más claros los colores diurnos. Cruzamos campos y prados.

—Ahora estos campos están tranquilos —dijo mi amigo volviendo la cabeza hacia atrás y señalando a las plantaciones—. Deberías ver lo que sucederá aquí dentro de un mes. Entonces, los campesinos trabajarán desde la salida del sol hasta bien entrada la noche.

Al mediodía llegamos a las inmediaciones de mi pueblo, Maboombu, habitado por una comunidad de pescadores.

De repente, un rugido cortó nuestro silencio. Ambos miramos

hacia arriba de los árboles, a izquierda y derecha.

Apuntábamos con nuestras metralletas en todas direcciones. Teníamos nuestras armas en posición de disparar a la mínima amenaza que se nos presentase.

—¿Has oído eso? —pregunté en un murmullo—. ¿Es un tigre?

Mi amigo y camarada aguzó el oído. Lo miré largamente y en silencio.

—Tonterías, Sandokan —dijo Arafat finalmente con voz firme y más relajado—. Es un leopardo hembra en busca de comida. Nos ha oído, se ha asustado y ha trepado a aquel árbol. No hay peligro. Aquí los únicos tigres somos nosotros…

Yo sonreí ruborizado y bajé la mirada.

Comencé a oír ruidos de arañazos, acto seguido unos sollozos y, de repente, un profundo ladrido de perro que me produjo ansiedad.

Abrí los ojos. Me desperté en la cama con un sentimiento de pánico mirando frenéticamente a mí alrededor.

Una vez más, un episodio de mi vida pasada como niño soldado en Sri Lanka me acudía durante el sueño.



La aparición de un hombre misterioso

Como siempre que me sucedía, había sido tan real que el despertar me había causado un tremendo consuelo; como si en una situación de inminente peligro hubiese sido rescatado en el último momento por el pájaro mitológico Garudá.

A mi lado estaba mi novia, Miriam, durmiendo profundamente, y al otro lado de la puerta de la habitación sabía que mi perro me esperaba moviendo con frenesí su cola para que lo sacase fuera a pasear.

Todos los días, antes de amanecer, salgo de casa con Koba, mi perro labrador, a correr por las inmediaciones del puerto de Marsella. Después de media hora aproximada, voy a la lonja a comprar pescado fresco para mi chef, Jean-Marie. Aquel día era sábado, un día muy ocupado en el restaurante que regento, Kattamaram.

—¿Cómo se porta Koba? —preguntó Henri, el vendedor del mejor atún rojo, wahoo y dorada de toda la Riviera francesa.

—Ahí lo tengo atado en la entrada —contesté—. Una maravilla.

—¡Ah! Te lo dije. Un perro tiene que estar bien adiestrado, si no se convierte en un problema para la vida del dueño —dijo mientras movía sus gruesos y velludos brazos con aspavientos, como dando apoyo a sus palabras—. Como dice el proverbio: «Los animales son buenos amigos, no hacen preguntas y tampoco critican» —dejó su enorme cuchillo afilado a un lado y, extendiendo sus brazos sobre el mostrador cubierto de hielo, añadió—: Bueno, ¿qué tenemos hoy?

Le entregué la lista que había anotado en la cocina el día anterior junto con Jean-Marie.

Comencé a dar el visto bueno a cada pescado que me iba mostrando.

En mi restaurante siempre sirvo el pescado fresco. Kattamaram es una referencia para mis clientes locales de Marsella y para los turistas; muchos de ellos entran porque han leído las excelentes críticas que siempre nos dedican las guías y revistas especializadas de

viajes. Pero, sobre todo, por las recomendaciones de boca a boca gracias a clientes satisfechos.

Una comida francesa siempre está compuesta de un entrante, un plato principal y un postre. Sin embargo, los pedazos de atún semicocinado o la dorada a la barbacoa, todo ello acompañado de sus verduritas salteadas o de un puré de patatas casero, se tutean en mi cocina con la ternera estilo tártaro o el entrecot con salsa a la pimienta verde, espalda de cordero a la barbacoa o la pechuga de pato.

El principal motivo del éxito de mi negocio ha sido que me hago cargo personalmente de las compras de los alimentos, sobre todo del pescado. Pero también por el diseño de mi cocina y la variedad exquisita de mis menús diarios.

No solo ofrecemos los clásicos caracoles con perejil, o el *foie-gras* a media cocción servido con una compota dulce-salada sobre tostada, o el conocido guiso de pescado llamado «bullabesa». En mi restaurante, quiero que mis clientes se sientan como Alicia en el país de las maravillas, donde los elementos se transforman y son distintos de lo que parecen. Mi intención es que lo oriental se convierta en occidental; de este modo, lo occidental se orientaliza y los contrastes aparecen y desaparecen en forma de combinaciones armoniosas.

Un aclamado crítico gastronómico escribió sobre mi restaurante: «No ha habido restaurante en toda Francia que experimente como este con las vanguardias. No hay carta, sino un menú degustación que no hay que perderse». Un autor de novelas históricas superventas escribió en un periódico nacional, en su columna de los domingos: «Si existe poesía en la alta cocina, está representada en Kattamaram. Su gastronomía es referencia internacional. No solo sirven la mejor comida mediterránea sino los mejores platos exóticos que se preparan en Europa. Especialmente la comida asiática. Es imprescindible descubrirlo».

Mi especialidad, desde luego, también es la cocina de Sri Lanka. Tiene unas especias imprescindibles —su mezcla es lo importante en la elaboración de un plato—, como la cúrcuma, el chile, semillas de cilantro, comino, semillas de mostaza o el fenogreco. Con ellas hacemos un curri que, dependiendo de cómo lo condimentamos , nos da un resultado u otro. Lo dicho, es una cocina muy especiada y picante.

En Francia no encuentro lo básico para la elaboración de esta comida, por eso debo viajar a Milán, donde hay una gran comunidad cingalesa, para comprar especias. En uno de esos viajes a Italia, conocí a mi novia, Miriam. Ella es la que se encarga de la administración del restaurante. Además de ser más estricta que yo con los empleados, es una maravilla en cuanto a relaciones publicas con los clientes.

Eran las 8:30 cuando salí de la lonja y me disponía a correr de nuevo con Koba camino de casa. En mi cabeza enumeraba por orden el horario del día. En aquellos momentos Miriam ya habría abierto el local y mis empleados estarían llegando. Como estaba siendo habitual, Majid, mi *maître* y magnifico *sumiller*, se retrasaría. Ya le advertí la última vez que no debía llegar tarde al trabajo, pero no me estaba haciendo caso. Sobre las 10:00, el ayudante de Henri traería al restaurante todo el pescado que yo había seleccionado. A esa misma hora llegaría Gérard, el distribuidor de vinos y licores, para que le diese mi pedido. Y a las 10:30 aparecería puntualmente el distribuidor de alimentos para reponer la despensa y el frigorífico. Tenía veinte minutos para llegar a casa, ducharme, cambiarme de ropa y dirigirme al restaurante. Como me sobraban unos minutos, pensé en hacer una parada en la cafetería de mi amigo Besnard.

Cuando uno se convierte en cliente habitual de una cafetería a una hora determinada, «lo de siempre» te lo sirve el gerente o el camarero detrás de la barra sin tener que pronunciar palabra alguna.

—Otro terrible atentado terrorista —comentó Besnard sirviéndome el café y poniéndome el periódico a un lado—. Pero ¿cuándo demonios estos fanáticos islamistas van a dejar tranquilos a los israelíes? ¿Es que no se enteran de que la represalia del ejército de Israel va a ser tremendamente severa?

—Precisamente eso es lo que pretenden *esos* terroristas —dijo un cliente que se tomaba una copa de licor—. Quieren provocarles. Pretenden que respondan como suelen hacer las fuerzas armadas israelíes cuando defienden con todo derecho a sus ciudadanos, y cuando esto sucede, llaman intencionadamente a los corresponsales de prensa extranjeros, y delante de las cámaras comienzan a llorar a la comunidad internacional por los daños que les han causado.

—Son unos cobardes —contestó Besnard dirigiéndose al cliente desde detrás de la barra, satisfecho de tener a alguien con quien entablar una acalorada discusión—. Siempre utilizan niños y mujeres como escudos humanos.

—Incluso disparan cohetes a Israel desde colegios —añadió el otro.

Así comenzaron a enzarzarse en una discusión sobre los hechos sucedidos en Oriente Medio como si fueran dos expertos analistas políticos de la televisión francesa. Enseguida el tema se dirigió inevitablemente al período en el que Argelia estuvo bajo dominio colonial francés.

Pero mi atención ni estaba en la degustación de mi café, ni en el periódico que pretendía leer, ni en aquella conversación.

El señor sentado a una mesa cercana a la puerta me había estado siguiendo. Por su tez morena como la mía tenía el aspecto de ser del

sur de la India o de Sri Lanka. Haciendo memoria recordé haberlo visto pasar frente a la lonja en el momento que ataba a Koba en la entrada. Pero antes, cuando corríamos por el fuerte de San Nicolás, él caminaba con prisas por la acera de enfrente ocultándose de vez en cuando en los portales de los edificios.

Absolutamente nadie de mi entorno conocía mi pasado. Yo había sido un terrorista del grupo guerrillero tamil, denominado «tigres». Había sido un niño soldado. Conseguí escapar de ellos y exiliarme bajo una nueva identidad. Mi instinto de supervivencia siempre estaba en alerta en cuanto sucedían, en los momentos menos imprevistos, coincidencias o acontecimientos repentinos.

Cuando salí de la cafetería, de un solo vistazo me pude dar cuenta de que la presencia de aquel extraño no revestía peligro físico alguno. Me dio la impresión de ser un oficial.

Durante el trayecto hasta mi casa deduje que lo que tenía aquel hombre era únicamente información. Quería transmitirme algo. Pero él se mostraba prudente. Quizá porque tendría miedo de mí, no quería abordarme impetuosamente. Me estaba siguiendo para cerciorarse de que yo era el hombre mencionado en la información confidencial de la que dispondría. Supuse que en cuestión de horas o minutos se pondría en contacto conmigo.



Comparto la historia de mi pasado por primera vez con alguien

Jocelyne es la empleada que se dedica a atender las llamadas y anotar las reservas. También forma parte de su cometido indicar el número de la mesa a los clientes conforme van llegando. Todos dicen que se parece muchísimo a Brigitte Bardot. Desde luego, es verdad. Según Miriam, los cumplidos a su figura se le han subido tanto a la cabeza que es la razón de su excesivo contoneo cuando acompaña a los clientes a sus respectivas mesas.

Majid es el novio de Jocelyne. Cuando Miriam le advirtió a él que si llegaba tarde otra vez tendría que despedirlo, nuestra Jocelyne dijo que también se iría si tomaba esa decisión. Era la mejor temporada del año. Todos los días estábamos hasta arriba. No dábamos abasto. No podíamos permitirnos despedir a nadie.

—Sé consciente de que trabaja duro —traté de convencer en su día a Miriam—. De lo contrario, yo sería el primero en despedirlo. Vamos a ser algo pacientes. Es un gran jefe entre los camareros, lo respetan y sirve excelentemente. Algo malo tendría que tener el chico, que no es puntual…

—Anthony, no estoy de manera alguna de acuerdo contigo —me contestó—. Eso no es profesionalidad ni tomarse en serio el trabajo. Además, debe de saber que sus subalternos tienen que tomar ejemplo de él, ¿no? Si todos decidiesen no ser puntuales… ¡Ya me dirás tú qué negocio…!

—El otro día estuve hablando con él… Por lo visto su familia musulmana, que es de Argelia, no quiere que se case con una francesa católica... Jocelyne no deja de decirle que si no se decide pronto, romperá la relación, y el chico está pasando un mal momento…

El asunto quedó en el aire. Yo albergaba la esperanza de que la relación entre ambos se resolviera de la forma más positiva, sin interferir negativamente en el trabajo.

Aquel sábado por la mañana, Miriam estaba de un lado para otro

dando órdenes a los camareros sobre la colocación correcta de las mesas reservadas. Después, se sentó con el chef Jean-Marie, para elaborar el pedido de productos a nuestro distribuidor y reponer así la despensa.

Yo estaba degustando unos licores que Gérard quería ofrecerme para servirlos a nuestros clientes tras la comida, como agasajo por parte del restaurante. De repente, oí a Majid, que acaba de incorporarse al trabajo, discutiendo algo alterado con Jocelyne mientras el teléfono sonaba sin que ella lo atendiese.

Miriam y yo intercambiamos miradas. Con un suave movimiento de mano le indiqué que estuviese tranquila que yo lo solucionaba.

—Un momento, Gérard —dije—. Discúlpame.

Me levanté y me dirigí hacia la entrada.

—Jocelyne, por favor, sigue con tu cometido —agarrando a Majid del brazo y mirándole a la cara, le ordené—: Tú, ven conmigo.

Lo llevé fuera del restaurante, a la parte de atrás reservada para los empleados fumadores.

—Disculpa, Anthony —dijo Majid encogiéndose de hombros antes de que le reprendiese—, pero es que Jocelyne me está poniendo un ultimátum y la verdad, yo…

—Pues me parece estupendo. Ya va siendo hora de que sientes la cabeza. Además, ¿qué mejor mujer que Jocelyne para controlar a una persona tan desorganizada como tú?

—¿Qué quieres decir, Anthony?

—¿Cómo que qué quiero decir? Pues que eres un irresponsable. Si estuvieses trabajando en otro restaurante ya estarías de patitas en la calle, haciendo fila en la oficina de empleo. ¿Te enteras?

—Sí, ya lo sé…

—Sí, ya lo sabes… Parece que hablo con un niño de catorce años a quien reprendo por una travesura… Joder, Majid, que tienes casi cuarenta años, ¡parece mentira! —le puse la mano sobre el hombro, y añadí—: Yo te aprecio mucho, y lo sabes… No solo como persona sino como trabajador. Pero tienes cosas muy malas, como es mezclar tu vida personal con el trabajo. Tus problemas los dejas en la entrada. No los entres en mi local, ¿te enteras? Hoy por la noche esto estará lleno y no debemos perder nuestra excelente disposición y organización para sacar adelante el restaurante. Majid asentía, mostrando tristeza en su rostro al hablarle yo de ese modo.

—Joder, Anthony —dijo casi con lágrimas en los ojos—. Yo también te aprecio mucho. Para mí eres como un hermano mayor. Tú me diste este trabajo cuando más lo necesitaba, y yo… no te he respondido como debiera…

—No digas eso, Majid —comenté poniendo ambas manos sobre sus hombros y mirándole fijamente—. Aquí todos te aprecian por lo

excelente trabajador que eres. Eres un profesional. Tú eres aquí un eslabón muy importante en la calidad del servicio. Hasta el chef me agradece tener a una persona como tú por la claridad y organización en pasar las comandas en la cocina —después de una pausa, continué—. Yo te necesito. Tienes cualidades de liderazgo cuando más ocupados estamos. Te desenvuelves en resolver problemas y las quejas de nuestros clientes más inconformistas con una facilidad y una gracia asombrosas. Nunca te pediría que dejaras perder esa simpatía, Majid. Pero deja las cuestiones religiosas a un lado, que no afecten a tu relación con Jocelyne, ni se interpongan en ella. Fíjate en qué empleados tengo yo ahí dentro —dije señalando a los anchos cristales del comedor—. La integración comienza en la mesa. Somos un ejemplo de convivencia. Aquí hay de todo. Miriam es italiana; tenemos a Jean-Marie, que es francés; a Carlos, Pepe y Luis, españoles; a Gonzalo, portugués; a Albert, Eugene, Louis, Noël y Maria-Rosa, también franceses. En la cocina, a Michael, escocés; Jean-Pierre, francés; Jacques, nacido en Haití; Nirpal Singh, indio; Ernst, alemán; Hyppolite, de Madagascar; Youssef, Mustapha y Abdellah, argelinos… —Y poniendo los brazos en el aire, añadí—: ¿Y a que nunca los has tratado de una u otra forma aun sabiendo que uno es judío, el otro católico, ateo o musulmán? Pues da un paso adelante comprometiéndote con tu novia asumiendo responsabilidades. Quizás es eso lo que te falta en estos momentos de tu vida, asumir ciertas responsabilidades, sociales y personales.

—Sí, sí…—contestó mientras asentía aún molesto por mi llamada de atención.

—*Sí, sí*, pero tú tienes que dejar de llegar tarde.

—Te lo prometo, Anthony —me dijo mirándome a los ojos muy seriamente—. Ayer me acosté tarde porque estuve hablando por teléfono con mi familia en Argelia…

—Majid, serías un verdadero idiota si no aprovechases esta oportunidad. Es una gran chica, y debes sentirte afortunado —le di una palmada en los hombros—. Si la quieres, no pierdas la ocasión, porque sin duda no volverá a presentarse. Venga…, a trabajar que hoy estamos hasta arriba. Ya hablaré yo con Miriam. No te preocupes.

—Gracias, Anthony.

—Ya sabes que cuando quieras hablar…, cuando quieras desahogarte…, me tienes en cualquier momento. Aquí tienes, más que un amigo, un hermano mayor en quien poder confiar y con quien compartir lo que quieras, ¿de acuerdo?

—Sí, Anthony —me contestó dándome un abrazo.

Nada más entrar, Majid le dio un cariñoso beso a Jocelyne y se puso a trabajar con la diligencia y profesionalidad que le caracterizaban. Yo volví de nuevo a mi tarea.

Mientras Gérard me hablaba sobre un nuevo ron perfumado para acompañar en los postres, noté que Miriam me observaba. Deduje que había notado algo raro en mí. Quizá se habría fijado que no le mostraba mucho interés a Gérard.

El teléfono sonó de nuevo.

—¡Miriam! —gritó Jocelyne desde la distancia—. ¿Tenemos a algún nuevo empleado temporal en la cocina llamado David William?

—¡No! —contestó de inmediato.

Yo palidecí. La historia de mi pasado corrió por mi mente como si hubiese visto una película en una fracción de segundo.

—Disculpa, pero insiste al teléfono, ¿y Shobasakthi? —volvió a preguntar.

—¡No!

—¡Espera, Jocelyne! —grité ante la sorpresa de todos, ya que no era propio de mí alzar la voz—. Por favor, Miriam, termina mi pedido. —Mientras me levantaba pausadamente fingiendo que nada extraño me ocurría, añadí—: Discúlpame una vez más, Gérard.

—Nada, nada, Anthony. No te preocupes.

* * *

Aquel misterioso hombre que había estado siguiéndome por la mañana temprano era miembro de un grupo de inmigrantes tamiles de Sri Lanka asentados en París. En la embajada de la India, le habían dado la dirección de mi residencia, pero no se atrevió a llamarme. Debido a mi pasado tenía miedo de hablar conmigo en persona, ya que no sabía cómo podía reaccionar yo. Al verme salir por la mañana temprano con mi perro, decidió seguirme. Llamaba desde un locutorio en la estación de tren. Según me comentó, se marchaba de vuelta a París. Me dijo que le habían indicado desde Sri Lanka ponerse en contacto conmigo para darme la noticia de que la semana anterior mi padre había fallecido.

Hay cosas que un hombre no debe olvidar por más que viva. ¿Cómo podría describir a mi padre? ¿Como un pelele o risible? ¿Como un patético payaso? Fui testigo durante mi infancia de cómo fue objeto de irrisión y desprecio debido a su comportamiento primitivo, bruto y violento.

—Considero, y no sin razón, que la vida me había empujado a hacer cuanto hice —dije a Miriam tras cuestionarme, minutos más tarde, qué es lo que me sucedía y habernos sentado a una de las mesas más apartadas del restaurante.

—Pero ¿qué hiciste? —preguntó entornando los ojos con asombro.

Antes de que contestase me hizo una señal con la mano para que

esperara; se levantó y, como un vendaval, dio órdenes de trabajo a todos los empleados. Pidió a Jocelyne que nos trajese dos cafés.

Teníamos aproximadamente dos horas por delante antes de que los primeros clientes comenzaran a llegar para el almuerzo.

—El mundo que me rodeaba era brutal, bello, salvaje y verdaderamente exótico —dije alzando la mirada hacia fuera de la ventana. La mañana era preciosa. El cielo estaba despejado y el sol resplandecía a través de los cristales alumbrando bellamente el local. Puse la atención en mi taza, la que suelo usar a diario; regalo de Miriam; a un lado está escrito «Vive cada día con ilusión». Levanté la cabeza y continué—: El país que me vio nacer se llama Sri Lanka, antes denominada Ceilán, antigua colonia de los ingleses y también conocida como «la lágrima de la India».

—¿De Sri Lanka? —preguntó Miriam incrédula y no menos sorprendida—. Es decir, que me has mentido. Tú siempre has mantenido que eres del sur de la India, huérfano, y que estudiaste hostelería en Colombo, la capital de Sri Lanka, pero nunca has dicho que nacieras allí. En tus documentos franceses consta India. ¿A qué se debe toda esta mentira?

—Mira…, si a cada paso me vas a interrumpir no acabaré nunca el relato.

—Pero Anthony…, ¿no te das cuenta? No solo me has mentido a mí y has mentido a tus amigos —dijo ella nerviosa—. También has cometido un delito, penado por la ley. Pero… ¿a qué viene todo esto ahora? ¿Por qué me has ocultado la verdad durante todo este tiempo? ¿Con quién has hablado por teléfono hace una hora? ¿Quién ha llamado? ¿Por qué saliste a dar un paseo?

—Por favor, Miriam, guarda la calma. Ya sé que estás sorprendida, pero déjame contarte mi historia. Escúchame. Son cosas que pasaron hace ya muchos años. —Sorbí despacio mi taza caliente de café, y añadí—: Ahora que las rememoro es como si hubiesen ocurrido a otra persona. Todo se remonta a hace mucho tiempo… en realidad, empezó antes de que yo naciera.

Aquella llamada telefónica había hecho que los recuerdos emergieran y me resultaba imposible volver a enterrarlos. Inmediatamente apareció en ellos la imagen de mi padre, y no pude evitar sonreír.

Así fue como abrí el libro de mi pasado para compartirlo por primera vez con alguien.



El hombre siempre ha sido violento

Desde luego, es más fácil describir la desgracia que evocar la felicidad. Yo en mi infancia era un niño desdichado, porque a mi padre le apodaban «Gorila».

Explicaré por qué.

El verdadero nombre de mi padre era Jesurasan. Tenía fama de ser un auténtico gamberro. Siendo adulto, dicen que tendría ya casi treinta años, tras ser arrestado por organizar una pelea en medio de la calle, el juez aplicando sentencia le ordenó el pago de diez rupias como multa. Mi padre, después de pagárselas a un funcionario, en cuanto se dispuso a marcharse, entornó los ojos, frunció el entrecejo y lanzó una terrible y amenazadora mirada en dirección al juez.

Después de su día de trabajo, cuando el juez salió del edificio y entró en su coche, mi padre sacó su cuchillo *kriss* malayo, que siempre llevaba por entonces escondido en el cinto, y se lo puso en el cuello. Le dijo al juez, helado de espanto, que o le daba las diez rupias de vuelta o le rebanaba el cuello.

—Tú eres el rey del juzgado, pero yo soy el rey de la selva —sentenció.

Acto seguido echó a correr con el dinero en el bolsillo, perseguido por el inspector de policía de nuestro pueblo.

Durante semanas, el inspector Gokul estuvo detrás de él intentando arrestarlo en vano.

En el pueblo comenzaron a llamar a mi padre Jesurasan, *el Salvaje de la Selva*, y en alguna localidad vecina Jesurasan, *el Problemático*.

Por entonces no solo se dedicaba a la extorsión como un vulgar gánster, sino también a la extracción ilegal de arena, que transportaba de un lugar a otro en un camión que conducía temerariamente a gran velocidad, a altas horas de la noche, y sin luces para evitar a la policía.

El inspector Gokul ansiaba poder capturarlo, pero nunca lo

conseguía. Mi padre era tan escurridizo como un leopardo en la selva; más bien, eludía el ser arrestado como un animal salvaje experimentado que huye de su cazador humano.

Pero robar arena era una cosa muy distinta a robar el alimento de la gente o continuar extorsionando a honrados y humildes vendedores de frutas callejeros. Un día no se le ocurrió otra cosa que llevarse consigo en su camión una cantidad enorme de pescado seco que los aldeanos guardaban en un cobertizo cercano a la playa. Ahora, el interés en arrestar a Jesurasan no era solo del inspector Gokul, sino de *todos* los habitantes de Maboombu, el pueblo que me vio nacer.

El odio es algo verdaderamente dañino, no se percibe, pero se puede sentir de una manera muy profunda y poderosa. Y profundo y poderoso fue el odio que las gentes dedicaron a mi padre.

Los pescadores de nuestro pueblo decidieron reunirse y tomar una decisión.

—Si nos sigue robando, nos arruinará.

—Disfruta haciéndonos daño.

—Eso es. Le satisface vernos desgraciados…

—Yo conviví con él durante semanas. Trabajamos juntos cuando fuimos empleados en la construcción de aquel puente para la película de los americanos —dijo la voz cantora de Raj Kakodiya, el alcalde de Maboombu y dueño del único hotel y restaurante de la comarca que no quiso perder la ocasión para echar más leña al fuego en detrimento de mi padre—. ¡Cómo trituraba! Durante el almuerzo se tragaba la comida que nos daban como si fuese una máquina de mascar y engullir. Comía de modo que le bailaban las orejas y hasta la nariz se le doblaba. La nuez de su garganta subía y bajaba de tal sorprendente forma que hasta los americanos se quedaban maravillados de su glotonería. Le daban incluso más ración de comida pensando que el *pobre* no se había saciado suficiente. Para trabajar era el último, ¡pero para comer, el primero!

—Desde luego, es una persona mala para Maboombu.

—Es una criatura malvada que se divierte causándonos desdichas…

—El otro día vino a mi tienda, y por una vez que tenía un billete, ¡un billete!, dispuesto a pagar la fruta que había cogido, ¿sabéis que hizo el muy salvaje?

Todos movieron de un lado a otro la cabeza.

—Comenzó a hacer que lloraba, se sacó un pincel que llevaba dentro una bolsa, y con pintura roja escribió en el billete antes de dármelo: «Adiós, hasta la vista».

Todos rompieron a reír.

—No tiene gracia —puntualizó el vendedor de fruta—. Aquel billete nunca lo pude cambiar…

—Yo lo que digo —intervino un pescador— es que debe irse de aquí.

—¡Eso! ¿Y si entre todos intentásemos hacer algo para obligarle a que se vaya? —se entusiasmó otro.

—Nunca jamás he oído decir que un habitante de Maboombu hubiera podido ser obligado a salir de un lugar que le gustase… —comentó un pescador moviendo la cabeza, lleno de dudas.

—Bueno, tampoco hemos oído contar nunca que todos los pescadores de Maboombu se hubieran puesto de acuerdo juntos para conseguir que un habitante se largase de nuestro pueblo, ¿no? —replicó otro.

—¡Claro, claro! ¡Eso sí que es cierto! —asintieron varios pescadores al mismo tiempo.

Todos siguieron deliberando durante todo el día. Hablaron y hablaron. También bebieron y bebieron. Cada uno expuso sus mejores ideas conforme se le iban ocurriendo, a pesar de lo absurdas y sin sentido que fueran. Al llegar la medianoche, llegaron a la conclusión de que la ley y el orden debían tomar cartas en el asunto, y así, cada uno por su lado, se fueron a sus casas.

De este modo, los habitantes de nuestro pueblo, por entonces, unidos por aquella causa, incitaron más a la policía a ponerlo entre rejas de una vez por todas.

Una tarde, alguien lo vio completamente bebido en un bar de una población vecina. Tras haberlo reconocido, el anónimo cliente se marchó corriendo a la comisaría de policía de Maboombu a informar de inmediato al inspector.

Por entonces no había ficheros ni ordenadores donde podrían estar guardadas las fotografías de los ciudadanos, ni mucho menos de los más buscados por la ley, por eso, el dibujo de perfil de mi padre que circulaba pegado por los muros de la comarca ofreciendo una recompensa por cualquier información, difería mucho de su verdadero aspecto. Solo su tremendo físico, tan inusual, lo delataba. Nadie tenía unas espaldas tan anchas como él, ni era tan grande. Mi padre era lo más parecido a un campeón de lucha libre norteamericano.

—Quien no bebe no vive, sino que se pudre —dijo mi padre en voz alta.

Acto seguido golpeó con la palma de la mano la mesa.

—¡Sí, señores! Esto es lo que digo y sostengo —y repitió de nuevo—. *Quien no bebe no vive, sino que se pudre.*

—Bellas palabras… —pronunció algún otro borracho con la cabeza apoyada sobre otra sucia mesa—. ¡Poeta!

—Eh, tú —dijo el inspector Gokul a mi padre nada más entrar en aquel mugriento local—. ¿No eres tú a quien llaman Jesurasan, el Salvaje de la Selva?

Mi padre se encogió de hombros con indiferencia. Tomó su vaso nuevamente con precaución, como si temiese hacerlo trizas entre sus gruesos dedos. Al terminar, cogió directamente la botella y bebió despacio, pero ininterrumpidamente, todo su contenido; un licor casero extrafuerte elaborado por campesinos. Ante la atenta mirada del inspector, seguía entumeciéndose en silencio con aquel alcohol, como quien se mantiene en cierto estado de hibernación en el purgatorio en el que vive entremedias, hasta que finalmente contestó soplando todo el aire que había absorbido bebiendo:

—¿Y tú no eres el idiota inspector de Maboombu?

El oficial hizo amago de abalanzarse sobre él, pero mi padre, como si hubiese practicado artes marciales toda su vida, levantó una pierna golpeando con la suela de su zapato la cara del policía.

El Salvaje de la Selva consiguió escaparse una vez más.

Durante los días siguientes, el inspector aún sentía en su cara el peso de mi padre tras aquel impacto de su zapato.

Al doctor del pueblo que lo atendió, le dijo:

—Este Jesurasan es verdaderamente un gorila salvaje.

En su casa, el doctor le dijo a su mujer que el inspector Gokul había llamado a Jesurasan, «gorila salvaje». Su mujer, más tarde, al salir de compras, dijo a las vecinas del pueblo que su marido había atendido al inspector Gokul porque Jesurasan, *el Gorila*, le había pegado una patada brutal en la cara y le había roto un diente. Así fue como poco a poco fue naciendo el famoso apodo de mi padre, «Gorila».

Al cabo de una semana, el alcalde Raj Kakodiya fue al puesto de policía y le dijo:

—He visto a Gorila tendido en la despensa de mi restaurante, arriba, en la primera planta… Debió de entrar por la noche… Creo que se ha comido tantos huevos crudos que ha acabado enfermo, porque no se levanta, y no deja de gruñir como un animal.

Al llegar al lugar lo encontraron tumbado en el suelo con un tremendo dolor de estómago, rodeado de montones de cascaras de huevos y latas de conservas abiertas y vacías. Era tal la pestilencia que había en el aire que los policías tuvieron que cubrirse la boca y la nariz subiéndose el collar de sus camisas. Además, llevaba una pelliza que apestaba a pez. Sin poder oponer resistencia, mi padre finalmente fue hecho preso. Le pusieron las esposas, y debido a su sobrepeso, más de 120 kilos, y a su inusual altura, superior a 1,90 metros, se lo llevaron en volandas entre seis agentes.

Conforme lo bajaban por las escaleras no dejaba de gruñir con los brazos sobre el estómago.

—Con discreción…, con discreción… —susurraba desesperado Raj Kakodiya a los uniformados policías—. ¿Qué van a pensar mis

clientes si ven a este animal salir de mi local de semejante manera?

Ellos hacían muecas o se encogían de hombros, sin saber qué otra solución pudiera haber.

Ante la desesperación y el horror del alcalde, no tuvieron otra opción que salir cruzando las mesas donde los comensales estaban disfrutando del almuerzo.

Cuando lo transportaban, mi padre se irguió y dijo en voz alta a los clientes, que no salían de su asombro:

—¡Señores, yo de ustedes no probaría el pescado!

Al salir del edificio lo tendieron en la parte trasera del *jeep*, como si verdaderamente fuese un animal abatido. La calle estaba llena de gente. Todo Maboombu se había congregado para presenciar aquel momento tan importante: la captura de Gorila.

La noticia corrió de boca en boca. Mi madre, Abhilasa, llegó al lugar corriendo; de una mano llevaba a mi hermana, Nandita, un año mayor que yo; y con la otra, me asía con fuerza de la muñeca. Mi hermano mayor, Michael, nacido mentalmente inestable, estaba detrás de nosotros.

Mi madre, que no podía dejar de llorar, nos apartó a un lado. Tan pronto el coche policial estuvo en marcha, se tiró sobre el capó del vehículo ante el espanto del conductor, que frenó en seco.

—¡Él es un hombre bueno! —gritó mi desconsolada madre—. Denle una nueva oportunidad. No me lo metan en la cárcel. Tenemos niños pequeños. ¿Cómo voy a sobrevivir?

El inspector Gokul, hecho una furia, salió del vehículo, agarró a mi madre del brazo apartándola del camino y tras soltarla de un empujón, cayó al suelo de rodillas llorando sin ser consolada por nadie. Nunca podré olvidar aquella escena tan deplorable delante de todos los habitantes del pueblo. Yo tendría cinco o seis años de edad.

Al ser testigo de la humillación pública de mi madre, comenzó a crecer dentro de mí la semilla del odio hacia mi padre. Desde aquel día tuve por primera vez la sensación de sentirme desprotegido. Comprendí que existía el mundo de los adultos, y que esos adultos, incluidos mis padres, no eran miembros de mi especie encargados de protegerme.

En cuanto a aquellas personas con uniforme, enseguida supe que eran enemigos, porque sentía que, desde su altura y con aquellas armas de fuego que portaban y que emanaban peligro, también podían acecharme a mí de un momento a otro y hacerme daño. Empecé a vivir mi niñez con la sensación de saber que existía un mundo a mi alrededor lleno de peligro en el que a nadie le preocuparía en absoluto lo que me pudiese ocurrir. Y era verdad. Por tanto, la supervivencia se convirtió en el eje principal de mi existencia.

El inspector Gokul, para vengarse por todo el tiempo perdido que

había empleado en perseguir a *el Salvaje de la Selva* y por todos los crímenes que mi padre había cometido, quiso humillarlo públicamente.

Enfrente de la comisaría de policía, bajo un intenso calor de verano, ataron a mi padre a un poste de madera y alrededor del cuello le pusieron un collar hecho de suelas gastadas de chanclas de plástico. Sobre su ancha y musculosa espalda le pusieron un cartel que decía: «Gorila».

Los policías obligaron a mi padre a decir la siguiente frase a toda persona que se acercase: «Yo he hecho el mal, pero prometo ser bueno de ahora en adelante, perdónenme».

El inspector Gokul se paseaba por el pueblo ufanándose de su triunfo.

—Vete a ver a Gorila. Ya verás cómo te ríes.

Hasta mocosos de cinco años se reían observando a tal enigmática persona, ya que sus padres les decían que era un gorila de verdad. Los niños, dando muestra de su inocencia, le arrojaban plátanos pensando que verdaderamente calmarían su hambre.

Ahí quedó maniatado durante una semana entera. Mi desdichada madre le alimentaba a diario.

* * *

Aunque no era más que un crío cuando mi padre dejó de venir a casa, me daba cuenta de que algo tenía que ir muy mal para que mi madre estuviese tan afectada. En aquella época su salud comenzó a debilitarse. Mi padre le arruinó su juventud y belleza; era incapaz de cuidar de sí misma y de ocuparse de mis hermanos y de mí.

En el colegio católico en el que estudiaba, al día siguiente de quedar preso mi padre, todos los estudiantes comenzaron a llamarme a mí también «Gorila».

Odiaba a mi padre.

Pasaron los meses.

El día menos pensado, el inspector Gokul fue hallado muerto con un tiro en la cabeza. Atribuyeron el crimen a una organización guerrillera. Desde entonces, el alcalde Raj Kakodiya quedó a cargo de la ley y el orden en el pueblo.

Mi padre ya no llevaba su famoso y temerario cuchillo, y su actividad criminal había quedado en el pasado, pero su carácter seguía siendo hostil, pendenciero y temerario.

Cuando surgieron numerosos grupos políticos y violentos demandando un estado independiente para los ciudadanos tamiles de Sri Lanka, en nuestro pueblo de Maboombu, los jóvenes, hindúes, musulmanes y cristianos, se afiliaban a uno u a otro no solo por

ideología, sino también dependiendo de su casta social. Poco a poco el grupo guerrillero que fue dominando y absorbiendo a los otros fue el llamado «tigres», al que me uní.

—¿Tú eras miembro de una guerrilla armada? —me preguntó Miriam no dando crédito a lo que oía.

—Sí, yo fui un niño soldado de aquel grupo terrorista —respondí con tal aseveración como si estuviese frente a un juez admitiendo un crimen cometido. Hice una pausa, miré por la ventana, tomé aire y proseguí—: Por entonces, en aquellos años, había muchísimos niños como yo, obligados a valerse por sí mismos antes de adquirir una identidad personal o de madurar. Fueron unos años terribles para Sri Lanka. El hombre siempre ha sido violento, ansioso por controlar y dominar el mundo, y mi país de origen no fue diferente a otros.

»Dependiendo del país, la situación de los niños varía visiblemente. Por ejemplo, en la India y en Sri Lanka sigue existiendo hoy en día la explotación infantil; muchísimos niños trabajan en hoteles cortando verdura o limpiando los suelos de la cocina, y en puestos de té callejeros; otros mendigan, limpian en casas, muchas veces son explotados o son acosados por la policía mientras deambulan a diario por la calle recogiendo de la basura papel, cartones y plásticos para venderlos y obtener unas pocas monedas. Nosotros caímos en la propaganda de los guerrilleros tamiles, en el lavado de cerebro de los adultos, porque no contábamos con la estabilidad necesaria para lograr confianza en nosotros mismos, ni con las aptitudes ni la educación requerida para hacer frente a los rigores que nos imponía la vida violenta que presenciábamos a nuestro alrededor.

»Según la ley, si alguien es testigo de un crimen y no intenta impedirlo, es cómplice del asesino y debe ser severamente castigado. Así actuaron los ciudadanos de Maboombu. Todos los habitantes eran conscientes de que niños como yo, que aún no éramos adolescentes, es decir, que aún no habíamos llegado a la pubertad, éramos reclutados como soldados. Nadie puso objeción a que eso sucediera, y si alguien lo hizo, yo nunca lo vi ni oí. Todos fueron cómplices. Todos, excepto curiosamente, mi padre: la persona más incivilizada de mi pueblo estaba en contra de los tigres. Desde luego, eran dos extremos opuestos. También se oponía el padre Thomas, pero él no era de Sri Lanka. El padre Thomas era del estado de Kerala, de la India, pero de él ya hablaré más tarde.

Miriam seguía callada intentando encajar todo lo que le había estado contando. Yo proseguí:

—Miriam, ¿me puedes decir qué es peor que una sociedad civil que contempla, sin tratar de evitarlo, cómo cientos de niños son cruelmente convertidos en soldados y escudos humanos para seguir los

dictámenes de adultos que les lavan el cerebro? A mi modo de ver existe una moral activa y otra pasiva. La primera corresponde a quienes cometen los delitos, y la segunda, a quienes no se atreven a cometerlos pero permiten que otros lo hagan.



Impaciente por convertir en realidad aquel sueño: ser un tigre

Aquella llamada fue como abrir un cajón en el que de pronto encuentras un viejo reloj de cuerda que habías olvidado y, sorprendentemente, oyes cómo su tictac sigue sonando.

La verdad es que creía que lo había superado; abrigaba el convencimiento de que cuanto ocurrió en mi infancia estaba ya muerto y profundamente enterrado. Hay distancias que no solo son las que cruzas y salvas cuando recorres llanuras y colinas. Hay direcciones que no solo son las que eliges para alcanzar antes el destino. Hay traslados en el espacio que también te pueden trasladar en el tiempo, aunque sea a través de una simple llamada telefónica, en el día y en el momento más inesperado, que te hacen recordar lo que fuiste o pudiste haber sido, y que pueden influir en tu desplazamiento presente.

Como si de verdad aquel viejo reloj siguiese funcionando, me di cuenta de que el tiempo no había transcurrido; como si de un segundero se tratara, había avanzado a minúsculos saltos. Tictac. Tictac. Todo lo acontecido en mi pasado me vino al instante a la memoria. Tan solo tenía que dar cuerda y la visión de lo sucedido vendría con claridad a mi mente.

Para comenzar mi vida por el principio, nací tal y como me han informado, y así creo, el 26 de diciembre de 1972. Quiero mencionar, así me lo dijo mi tía Renuka, que asistió como comadrona, el hecho de que el reloj empezó a dar la hora al mismo tiempo que yo comencé a llorar por primera vez en este mundo.

Fui bautizado en la vecina iglesia católica como David William Guinness.

Me pusieron este singular nombre porque mi padre, siendo un adolescente, trabajó en la construcción del puente que sirvió como decorado para la película, rodada en Sri Lanka y dirigida por David Lean en 1957, titulada *El puente sobre el río Kwai*. Él y el futuro alcalde

de Maboombu, Raj Kakodiya, fueron los únicos habitantes de nuestro pueblo empleados en esa producción cinematográfica. Además, debido a la corpulencia de mi padre, también participó de extra en el rodaje como prisionero británico. Sin embargo, durante el metraje no se le puede identificar entre la multitud de personas que participaron.

Raj Kakodiya supo sacar partido económico de aquella experiencia. Tras heredar de su difunto padre el restaurante familiar, lo remodeló y lo convirtió también en hotel. Dentro del comedor colgó una llamativa fotografía coloreada del actor William Holden, caracterizado en su papel de la película, y debajo puso un cartel con unas letras: «Bill, actor americano, usó aquí el baño».

Por otro lado, mi padre estaba tan orgulloso que formó mi nombre uniendo el del director David Lean y el del actor norteamericano William Holden, y añadiendo el apellido del actor inglés Alec Guinness.

Pero en mi niñez casi no veía a mi padre. Cuando fui creciendo ya entendí que su comportamiento extraño era a causa del alcohol y sus continuos problemas con la ley.

A los diez años ya no soportaba más la humillación que me producía que me llamasen «Gorila» en el colegio. Éramos unos treinta o cuarenta niños de todas clases, con edades comprendidas entre los seis y los doce años; muchos terminarían sus estudios antes de alcanzar esta edad y muy pocos los continuarían.

Todos los demás niños se divertían muchísimo, mientras yo quedaba solo y triste.

Un día caí en la cuenta de que un niño que está triste porque está solo y es ignorado por los demás debe salir en busca de otro que también esté solo, apenado e ignorado, para empezar a divertirse los dos juntos. Pero mi problema en el colegio radicaba en que yo era el único a quien los demás niños no querían hacer partícipe de juegos y diversión; no había otro marginado como yo.

Por entonces, la crueldad, según mi propia experiencia, era la única asignatura que se estudiaba diariamente. Allí, cada uno tenía que defender hasta su asiento dentro del aula, incluidas las propias penas y aflicciones, puesto que, en cuanto demostrabas el más mínimo gesto de debilidad, te quitaban el sitio.

Como los demás niños se pasaban todo el tiempo jugando hasta el último momento después de sonar la campana, yo llegaba a clase antes que los demás y me sentaba en el primer pupitre que veía.

Antes de que llegase la profesora a clase, los niños me rodeaban y no dejaban de vociferar a más no poder «¡Gorila!, ¡Gorila!, ¡Gorila!…». Yo me tapaba los oídos con fuerza y esto les incitaba más a querer seguir humillándome mientras danzaban en círculos a mi alrededor al mismo tiempo que realizaban aspavientos como los

monos.

A los profesores todo eso les traía manifiestamente sin cuidado. Ellos solo eran responsables de que allí no hubiera desperfectos, así es que decidieron ignorar aquellos comportamientos.

Si, durante el descanso, mis compañeros jugaban al críquet mientras yo leía un libro sentado en algún lugar y la pelota caía cerca de mí, los chicos empezaban, una vez más, a llamarme al unísono «¡Gorila!, ¡Gorila!, ¡Gorila!», «¡Gorila! ¡Lánzanos la pelota como si fuera un plátano!», me gritaban. Otros me rodeaban, y moviendo los brazos a la altura del pecho mientras caminaban inclinados en círculos a mi alrededor, producían sonidos guturales. Si el hombre es un lobo para otro hombre, un niño es una auténtica piraña para otro niño. Nada hay más cruel que un niño cruel.

Por culpa de él, de mi padre, nadie quería ser mi amigo. Todo era culpa de él: que evitasen llamarme por mi nombre, David; que me humillasen de aquel modo. Así acabé odiando también el hecho de ir al colegio.

Llegó el momento en que me sentía más decidido que nunca a no volver más. Aquel día, cuando llegué a casa y quise anunciar mi decisión, antes de poder decir nada, mi madre nos mandó a mí y a mi hermana Nandita a comprar pescado en la playa.

La playa de Maboombu era espectacular, con arena de color amarillo, con espesos cocoteros de ramas delgadas y dobladas como bailarines; salpicada de cabañas de hojas de palma, donde los pescadores calaban sus redes. Durante el día, los pescadores, de piel muy morena a causa de su exposición al sol, trabajaban en la reparación de sus redes y embarcaciones para salir a alta mar, unos al atardecer y otros por la mañana temprano.

En Maboombu había dos tipos de pesca. Los llamados «pescadores de la estaca», que con anzuelo y seda quedaban aferrados horas y horas en una postura imposible sobre una estaca alta plantada en el fondo del mar; resistiendo el embate de las olas del océano, a unos quince metros de la arena. Y otra forma de pescar, la más común, era la realizada a bordo de un catamarán; una embarcación de doce troncos ya trabajados y ensamblados y atados con cuerdas de fibras de coco. De hecho, es una palabra de origen tamil: *katta*, significa 'cuerda', y *maram*, 'tronco'. Era fascinante ver a los catamaranes deslizándose rápida y silenciosamente por el mar impulsados por sus velas, hechas de algodón y teñidas con colorantes de origen vegetal.

Cuando llegamos a la zona de pescadores, ahí estaba la guapa Ambika. Siempre iba tan contenta caminando sola por la playa con su cesta de pescado, como si fuese una desenvuelta Heidi pastoreando las ovejas de su abuelo en las pintorescas montañas suizas. Sabía que yo

sentía por ella un especial aprecio. Por eso, cada vez que ella tenía ocasión, hablaba, hablaba y hablaba con el propósito de tenerme cerca. A su lado siempre me mostraba algo tímido, como cohibido. Mi atracción por ella había crecido con el tiempo, se había intensificado, y eso hacía que me sintiera ligeramente turbado en su presencia.

Ambika vivía sola con su abuela. Sus padres habían fallecido durante unas inundaciones, cuando ella era prácticamente un bebé. A diferencia de nosotros, cristianos católicos, ella era de religión hindú, y por este motivo su abuela, que pensaba siempre en un prematuro casamiento, no quería que se relacionase con niños de familias que no fuesen de su misma religión. Pero Ambika, sin que ella lo supiese, pasaba mucho tiempo con nosotros, porque nos quería mucho como amigos. Ella era muy guapa, con unas facciones perfectas, pelo negrísimo, muy largo y limpio; severamente alisado hacia atrás y recogido en dos trenzas, sujeta cada una con una colorida cinta; un alegre y cómodo peinado, tal como decía a menudo mi hermana. Su piel era del color del chocolate con leche; sus ojos, preciosos; cuando te miraba te quedabas prendado, hipnotizado, como si fuese una diosa entablando conversación contigo.

Una vez más nos comentó con todo detalle una receta de su abuela para cocinar pescado al curri. Cuando nos explicaba sobre cómo cocinar de una u otra forma, siempre mencionaba las medidas exactas de los ingredientes y de las especias que se debían añadir.

Cuando volvimos a casa, mi madre estaba terminando de lavar la ropa y dispuesta a preparar la cena. Mi hermano Michael, situado en su rincón habitual de la estancia, pintaba garabatos sobre un papel de periódico de fechas atrasadas.

—Me voy, mamá —dije—. Me marcho de casa. Quizá a la India, a buscar allí trabajo y seguir con mis estudios.

Mi madre se puso triste. Dijo:

—Hijo mío, yo solo quiero lo mejor para ti.

Acto seguido se echó a llorar. Siempre lloraba por cualquier comentario que pudiese causarle temor o tensión alguna. Pero también por nada, por la cosa más inocente, tenía una gran facilidad para derramar lágrimas. Mi hermana lo achacaba al comportamiento violento de mi padre durante tantos años.

—David —me dijo Nandita—. Espera un tiempo, por favor. No tomes decisiones a la ligera.

Una vez más hice caso a mi querida hermana mayor.

Cocinamos siguiendo la receta de la abuela de Ambika.

El interior de nuestra casa me deprimía, y es que las cortinas casi siempre estaban cerradas para evitar que el calor entrase. Además, se respiraba en ella una atmósfera sagrada. Nunca supe por qué, pero aparte de una reproducción de la figura de Jesucristo, también había

la de san Esteban, con la sangre emanándole de las heridas, ya que fue lapidado a las afueras de Jerusalén mientras, según la tradición, oraba por sus verdugos, diciendo: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Era un grabado ciertamente lóbrego y, además, carecía de color. Nunca comprendí cómo mi padre, capaz de tomarse a risa la vida, tuviese conmiseración por las penas de alguien representado en un cuadro, y permitiera que mi madre pusiera aquellas imágenes en la pared. Era verdaderamente extraño.

—Mamá —dije una vez que terminamos de comer—, en el colegio me están pidiendo el dinero del trimestre pasado. Son cuarenta rupias.

El suelo de madera crujió detrás de nosotros. Un frío temor se apoderó de mí. En la puerta se encontraba mi padre. De un vistazo pude darme cuenta de que estaba completamente borracho.

—Hijo mío —prorrumpió balbuceando—. Eres… eres un… un desgraciado. Te, te oigo… te oigo una vez más hablar de estudios y… y… te mando a Indonesia a trabajar en una fábrica de muebles. Na… nada… de… de… dinero pa… para el colegio. ¡A trabajar!

Michael soltó una pequeña carcajada; aquella escena se le antojaba graciosa.

Cuando mi padre dio sus primeros pasos dentro de la casa, se derrumbó como un árbol recién talado.

Acto seguido, Michael estalló de la risa y comenzó a aplaudir frenéticamente. Nandita se tapaba con horror la boca pensando que de aquel porrazo podía haberse fracturado algún hueso de la cara. Mi madre, de nuevo, comenzó a verter lágrimas desconsoladamente. Yo salí corriendo como si el diablo me estuviera persiguiendo.

Sin detenerme, me adentré en la selva en dirección a casa de mi tía Renuka. Ella era la única hermana y familiar de mi padre. Como ejercía la profesión de prostituta, mi padre la había repudiado.

Cuando llegué, había un cliente que estaba terminando de vestirse. El hombre, al verme de aquel modo tan agitado, quiso pagar algo extra a mi tía pensando que yo era su hijo, pero ella lo rechazó con una leve sonrisa y le dijo en voz baja que esperaba que hubiese cumplido muy bien con su trabajo. Entonces se echó a reír. Ella rara vez se reía, pero cuando lo hacía tenía una risa parecida a un gorjeo que cualquiera que la oía le impulsaba también a reírse.

Yo aún era muy joven para entender qué era verdaderamente lo que hacía con sus clientes. Pero hasta hacía muy poco tiempo, ingenuamente, pensaba que ella les cuidaba porque padecían algún síntoma maligno; preparándoles comida casera para sanarlos del estómago, y haciendo masajes, como si fuera una experta doctora, para curar a pacientes con débiles articulaciones.

Al verme con lágrimas en los ojos me preguntó qué es lo que

había pasado. Se lo conté.

—Mira, David —repuso agarrándome con cariño de la barbilla y mirándome fijamente—. Yo te pagaré las matrículas del colegio. No pidas dinero a tus padres, ¿me oyes? No quiero que de mayor te conviertas en un hombre como el bruto de mi hermano.

Yo asentí con la cabeza y la abracé con fuerza alrededor de su ancha cintura.

—¿Y tu madre? —me preguntó muy rápidamente— ¿Acaso no es amable contigo?

—Es tan buena que le cuesta trabajo ser amable. Nunca está contenta… Siempre está cansada y muy triste.

Cuando era joven, mi tía Renuka había ido a la ciudad con el propósito de ganarse la vida. Por entonces, el irse del pueblo a una ciudad a buscarse un futuro era como emigrar al extranjero. Una y otra vez me daba largos discursos sobre su experiencia para que tomase ejemplo.

Esta vez, dado mi estado, no perdió ocasión de sermonearme de nuevo.

—Hay que estudiar, David —siguió diciéndome—. En la ciudad, las cosas no me fueron mejor que aquí. Te juro que este sitio, fuera de la contaminación y el tráfico, es un paraíso. En la ciudad de Jaffna, de tanto llover, dormía con la ropa húmeda dañando mis huesos día tras día. Cuando me despertaba, si es que había conseguido un lugar seguro donde dormir, el hecho de escuchar de nuevo el rumor de la lluvia, me producía tal sensación de angustia que soñaba con el día que consiguiese el dinero necesario para salir de allí y volver aquí, a nuestro pueblo. Lo único malo que tenemos en Maboombu es ese cáncer de la guerrilla de los tigres, que no dejan de andar por los alrededores. Lo que tú debes hacer es estudiar, tener una educación, y en un futuro próximo, dentro de tres o cuatro años, marcharte fuera de esta maldita isla. Vete a la India, a Tamil Nadu. Pero no te quedes aquí en Sri Lanka.

»Tu madre es una santa —prosiguió mientras me acariciaba con suavidad mi negro y fino cabello—. Siempre callada, obedeciendo a tu padre. No sé qué pudo ver en él, pero sin duda mi hermano le ha arruinado la existencia a esa pobre mujer. Gracias a Dios, tu hermana Nandita tiene más sentido común.

Un día escuché a mi padre decir a mi madre lo que verdaderamente había ocurrido a mi tía en la ciudad. La diferencia con la vida que había llevado en nuestro pueblo de pescadores era que sus clientes en la ciudad no eran viejos conocidos que solían acudir a su casa, sino que ella tenía que salir a buscarlos a la calle, donde la competencia con otras mujeres era mayor y dura, más aún cuando sus competidoras eran mayoritariamente budistas cingalesas, al contrario

que ella, de etnia tamil y cristiana católica.

Fue de este modo, escuchando a hurtadillas a mi padre, como me enteré de la verdadera profesión de mi tía, aun sin comprender muy bien qué era lo que hacía a sus clientes para que no dejasen de acudir a ella. «Cuida a hombres», pensaba.

Al día siguiente, estábamos Nandita, Ambika, Michael y yo en la playa cogiendo cangrejos. Muy a menudo cocinábamos al aire libre en un lugar rocoso de la playa. Esta vez habíamos pensado hacer un curri de arroz y cangrejos.

No recuerdo qué época del año era. Uno se olvida prácticamente de estas cosas porque en Sri Lanka no había estaciones, siempre era verano en Maboombu.

Sin haberlos visto venir, diez miembros de la guerrilla de los tigres salieron de entre el ropaje de la selva y se presentaron de pie frente a nosotros. Todos salieron corriendo excepto yo, que me quedé mirándolos como un devoto religioso se quedaría absorto al ver la encarnación de su dios frente a él. Me parecieron héroes, actores de cine. Nunca había visto a un tigre de cerca. Llevaban en bandolera sus armas. Había dos niños de mi edad, los otros eran mayores, pero no tendrían más de veinte años.

—Tú tienes edad para unirte a nosotros —me dijo el más mayor —. Estamos reclutando a personas fuertes y con coraje como tú. Si estás dispuesto, mañana tienes que seguir el camino que hay detrás de la estatua de san Antonio. Frente a la tienda de comestibles Thambi habrá un camión esperando a los nuevos reclutas para transportarlos a nuestro campo de entrenamiento.

Sin aún asentir, sin salir de mi asombro, el desconocido soldado sentenció antes de irse por donde habían venido:

—Contamos contigo para luchar por un estado tamil independiente.

Hubiese aceptado la peculiaridad de mi vida en Maboombu, y supongo que hubiera seguido haciéndolo durante el resto de mi existencia, de no haber sido por aquel fortuito encuentro. Aquel día fui a casa emocionado por lo que había pasado e impaciente por convertir en realidad aquel sueño: ser un tigre.

Al llegar a casa, la noticia sobre el grupo de los tigres haciendo su aparición de improvisto en la playa ya se había difundido.

Al decirle Nandita que habían estado hablando conmigo, mi padre me pegó un bofetón tan fuerte que sentí que me levantaba del suelo. Con tan solo rememorarlo me pongo la mano en la cara de la bofetada tan dura que me asestó. Tan enfadado estaba que se marchó de casa a beber alcohol en algún sitio. Sin duda, a ahogar sus penas.

Yo creo hoy en día que aquel carácter de mi padre se debía al remordimiento de la vida tan desastrosa que llevaba. Pienso que él de

verdad quiso ser otra persona, y que realmente buscaba el momento para resarcirse, pero no sabía cómo. Poco tiempo después sería yo el motivo por el que cambiase el rumbo de su vida y encontrase lo que tanto ansiaba: la paz consigo mismo. Humillado, furioso y con toda mi sangre en ebullición, decidí recoger la ropa que creía que podría llevarme fácilmente. Di un beso a Nandita, que insistía en que me quedase, otro a Michael y a mi madre, y me fui.

Tras salir me crucé con Ambika, que venía a casa a jugar con mi hermana.

—¿A dónde vas a estas horas? —preguntó sorprendida.

De lo enfadado que estaba no la contesté, y ni siquiera la miré a la cara.

Tras andar una media hora y llegar cerca del camino que me había indicado el miembro de los tigres, decidí pasar la noche tumbado bajo la estatua de san Antonio.

No me había dado cuenta de que Ambika, preocupada por lo que pudiera hacer, me había seguido y estaba al otro lado de la estatua; velando por mí como un ángel custodio.

A la mañana siguiente, tras levantarme, me puse a rezar en voz alta al santo.

—San Antonio, por favor, te pido ayuda en estos momentos tan difíciles que estoy pasando. Quiero que me protejas y me ayudes a ser un valiente miembro de los tigres.

Oí un ruido de pisadas. Di la vuelta a la estatua y ahí estaba Ambika de pie pretendiendo que justo en aquel momento había llegado.

—No he oído nada —dijo con un tono muy inocente.

—¡Sí que me has oído! —contesté enfurecido con las manos en la cadera; desaprobando su presencia—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente para darme cuenta de que vas a cometer una gran equivocación.

—¡No es verdad! —grité frunciendo el ceño y todavía más enfadado—. ¡Yo no voy a hacer nada malo!

—Y, ¿qué es eso que llevas en ese macuto? —preguntó señalando mi bolsa—. ¿Acaso no es para irte a algún sitio lejos de tu casa?

—No, no. Aquí llevo unos disfraces. Me tengo que ir a casa de un compañero de colegio para ensayar una función sobre el Ramayana que tenemos que representar.

—No te creo —dijo ella echando a correr por el interior de la selva.

Capítulo 6

Me convierto en Sandokan; niño, tigre y soldado

Según me contó mi tía Renuka, hubo un tiempo en que la población de etnia tamil de Sri Lanka creía que la violencia era de su exclusivo patrimonio. Vivían felizmente con las pocas y suficientes riquezas con que les proveía la madre naturaleza, sobre todo de la pesca. Por entonces, lo importante para ellos era tan solo ser felices, criar a sus hijos y conservar sus tierras. Pero llegó el día en que empezaron a descubrir que había personas de religión, raza e idioma diferente que les discutían la legitimidad de todo ello. Aquellos imaginaron que eran también los únicos propietarios de la ley de la fuerza, y así fue como en Sri Lanka la población de mayoría cingalesa y la minoría tamil se enfrentaron; inevitablemente, al comienzo el enfrentamiento fue armado, ya que era como tratar de contener el cauce de un río con las manos. Ambos bandos cometieron de igual modo crímenes horrendos, no solo sobre los combatientes de uno u otro lado, sino sobre la población civil. Causaron miles y miles de muertos anuales. Nadie sabe la cifra exacta. Lo más triste —estoy convencido de que la mayoría de la población de Sri Lanka opinará como yo— es saber que jamás aquella guerra resolvió el más pequeño de nuestros problemas nacionales.

Después de esperar un tiempo en el lugar que me indicaron, me recogió un camión lleno de niños con destino al campamento de reclutamiento.

En aquel gran campo abierto de tierra, gravilla y arena, había casi cien niños. La mayoría de mi edad. Nunca había visto tantos niños juntos en un mismo lugar. No pasaría ninguno de los quince años, parecía que hubiesen hecho un *casting* para una película. La mayoría teníamos la misma altura y parecidos asombrosos. Nos hicieron sentar en el suelo, en orden, en filas.

Un hombre de media edad, vestido de uniforme verde de camuflaje, se puso frente a la multitud.

—Una vez incorporados a la guerrilla, el que intente escapar

acabará muerto. Es sentencia de muerte, así pues ni lo penséis —dijo con carácter marcial y las manos en la espalda—. Por eso, os vamos a dar una oportunidad. Será la última. Quien no esté listo para ser un guerrillero y luchar por un estado tamil, que se levante y lo devolveremos al lugar de recogida. El que decida quedarse lo hará para siempre, no podrá cambiar su destino.

Algunos niños, no muchos, se levantaron tímidamente y fueron apartados a un lado de aquel vasto campamento.

—Bien —prosiguió—. Los que habéis decidido quedaros tenéis que rellenar unos formularios en los que se os pide vuestro nombre, el de vuestro padre, vuestra fecha de nacimiento, quien no la sepa exactamente que escriba la que él considera correcta, y vuestra dirección.

Tras esto, dos guerrilleros con unos papeles en la mano iban designando a cada niño un seudónimo y anotándolo junto a su nombre verdadero.

—A ti te llamaremos… —dijo dirigiéndose a mí, observándome con mucho detenimiento—. Como tienes un cierto parecido al actor indio Kabir Bedi… te llamaremos Sandokan.

Bueno, no me pareció tan mal, de todos modos, ni se me ocurrió replicar. Algunos niños habían tenido peor suerte y habían sido llamados Jimmy, Mussolini, Reagan, Hitler, Fidel… En una tienda de comestibles y demás artículos de Maboombu, había visto varias veces la fotografía de aquel actor indio en revistas, y que me llamasen así me hacía sentir orgulloso de mí mismo; ya que al asociarme a un actor tan famoso creía que ya había conseguido algo importante en la vida.

Aquel momento fue mágico. La primera vez en mi vida que experimenté la sensación de ser alguien y formar parte de algo. «Yo soy Sandokan», me decía a mí mismo. Mi primer éxito tras escaparme de casa y unirme a los tigres: que se reconociese públicamente mi parecido con Kabir Bedi, un actor que simbolizaba acción y aventuras.

Ya era un hombre. ¡Un hombre!

Qué idea tan estúpida y tan falta de sentido.

A la hora del almuerzo, cuando recogía mi bandeja de metal con la típica comida vegetariana tamil, un cocinero me reconoció.

—Yo sé quién eres —me susurró al oído ante mi asombro—. Tú eres el hijo de Gorila.

Me sentí desnudo frente a todos. Fue como escuchar el nombre de Satán en labios de otro y sentir cómo la palabra derribaba los muros en los que yo había estado viviendo mi oprobio.

Él era de una pequeña aldea cercana a Maboombu. Me comentó que el año anterior había intentado escaparse pero fue capturado, y como estaban faltos de personal lo pusieron como empleado en la cocina; de no haber sido así, lo hubiesen matado. Primero estuvo

lavando platos, barriendo el suelo y fregando. Más tarde demostró sus habilidades como cocinero, y como la mayoría de los habitantes de nuestra zona costera sabían cocinar de una manera tan exquisita, no tardaron en aprovechar sus buenas cualidades y lo colocaron como ayudante del jefe de cocina. Como marca de distinción social, debido a su infidelidad hacia el grupo de los tigres, tenía que llevar siempre en público la cabeza descubierta y completamente afeitada.

Durante los siguientes meses estuvimos haciendo ejercicios físicos. Corríamos, hacíamos flexiones, abdominales; con pesados palos de madera trabajábamos los bíceps, los hombros y la espalda; también hacíamos sentadas de cuclillas para fortalecer las piernas. Nos entregaban inofensivas ametralladoras de entrenamiento y organizábamos equipos para poder simular combates y asaltos a pueblos imaginarios. Había una extensa biblioteca. Cuando mis compañeros en los tiempos de recreo se dedicaban a jugar al críquet o al fútbol, yo leía y leía todo lo que me llamaba la atención. Los libros de geografía me entusiasmaban. Especialmente los mapas. Movía el dedo por países de distintos continentes y me ponía a pensar qué tipo de vida llevaría allí la gente.

Teníamos hasta clases de historia, de política y de literatura dravídica. Pero eran las de armamento al aire libre en las que todos los niños nos quedábamos hipnotizados.

—¿Qué es un SMG? —preguntó el profesor apuntando hacia un dibujo en una pizarra sujeta sobre un caballete—. Es un arma de origen británico; significa *Sterling Machine Gun* y debe disparar municiones calibre 9 mm.

Nos explicaba las partes del arma, cómo debíamos disparar, el alcance de tiro, las precauciones que debíamos tomar, etcétera. Al día siguiente era otra arma sobre la que nos instruían, la más común que utilizamos, y la que yo usé.

—¿Qué es un AK-47? —preguntó mostrándonos una auténtica metralleta sobre sus brazos. No teníamos ni idea, y fue él mismo quien después de un prolongado silencio respondió a su pregunta—. Se denomina así a la Avdomat Kalashnikov 47, de origen ruso y de calibre 7,62 mm. Produce más disparos por minuto que la SMG. Tiene un alcance efectivo de 443 metros en semiautomático y 302 metros en automático.

A medida que fue pasando el tiempo nos enseñaron otras muchas cosas, como el modo de colocar una mina o el de tirar granadas de mano. Entonces ya realizábamos con armas de verdad prácticas de simulacros de ataques a campos militares cingaleses y emboscadas en grupo, y nos enseñaban cómo caminar sigilosamente por la selva e incluso cómo sobrevivir sin comida tan solo alimentándonos de insectos, raíces y animales fáciles de cazar.

Muchos niños que vi durante los primeros días y que en un principio noté que desprendían un aire inocente y tímido, se volvieron violentos y arrogantes. Esto se debía a que el régimen y la disciplina eran cada vez más severos y rígidos. Una infracción costaba cara. Toda orden procedente de las personas al mando, fuesen tutores, profesores o guerrilleros adultos, debía de ser ejecutada sin vacilación y sin preguntas. De lo contrario, el más mínimo tropiezo podía llevar consigo una sanción disciplinar severa. Podían castigarte a hacer guardia las veinticuatro horas del día, hacer flexiones y sentadillas hasta quedar exhausto y dolorido hasta los próximos días, o dar vueltas corriendo alrededor del campo. Con el tiempo, uno se acostumbra a cualquier cosa. Incluso cuando oíamos un llanto ahogado a lo lejos no le dábamos más importancia que la que pudiera darnos el graznido de un cuervo. El más común de los castigos era quedarse a plátano y agua durante días. Pronto aprendí que para salir adelante en aquel lugar había que ser espabilado.

Cuando vives en la selva se te afilan las garras y a menudo te crecen demasiado los colmillos. Estoy convencido de que muchos de nosotros, aun siendo solamente niños sin haber llegado a la adolescencia, teníamos más seguridad en nosotros mismos, arrojo y decisión en ir al frente en una batalla que los hombres de treinta o cuarenta años que nos entrenaban.

Lo que pretendían al ser tan duros con nosotros era convertirnos en soldados prematuros hasta el punto de que llegáramos a obedecer, sin detenernos a reflexionar, cualquier futura orden de nuestros superiores, sin importar las trágicas consecuencias para nuestras propias vidas.

A nuestra edad, aún no nos había crecido ni pelo en el labio superior; éramos solo niños y ninguno se daba cuenta de que tan solo éramos instrumentos de uso para conseguir objetivos de aquellos adultos. Individualmente no valíamos nada; si uno moría, podría ser reemplazado al día siguiente.

Una mañana un grupo de compañeros muy interesados en política anunciaron que en la radio estaban dando un boletín sobre los últimos acontecimientos de la guerra civil. El ejército cingalés había atacado el sur y estaba intercambiando fuego con los tigres. Por este motivo, con un horario intenso, adelantaron lo que nos quedaba de instrucción.

El cocinero de mi comarca me advirtió que el último día de entrenamiento era el más duro. Me informó de que el número de chicos había descendido una barbaridad desde el comienzo del régimen de entrenamiento hacía ya casi cinco meses. El nivel de exigencia era extremadamente alto. Las marchas y ejercicios físicos al aire libre ejercían una presión tremenda. A algunos pocos reclutas que

habían sido arrestados al haber intentado escapar, los pusieron a trabajar en la limpieza; del resto, la mayoría de los que se escaparon, nunca se llegó a saber de ellos. Hoy en día sé que murieron asesinados. Durante aquella guerra civil los tigres mataron a miles de los suyos. Sin duda fueron enterrados en fosas comunes en algún lugar de la frondosa selva. Yo fui testigo de casos de niños que se mutilaron algún dedo del pie, pensando que así quedarían exentos de realizar ejercicios físicos y los mandarían de vuelta a sus casas. Cuando esto se convirtió en una práctica, los guerrilleros adultos se los llevaban fuera del campamento y desaparecían. Algunos niños llegaron a ahorcarse con sus propias ropas en las tuberías de los baños, detrás de los barracones. Aquella presión era demasiado fuerte para ellos.

A todos los niños nos pusieron sentados en el campo de tierra. Seríamos unos cuarenta. La última prueba era un test psicológico. Cada uno era llamado a entrar dentro de un búnker. Cada vez que entraba uno, oíamos sus gritos desde dentro.

—A este otro también le están contando los huesos —comentó en voz alta un tigre adulto satisfecho de presenciar nuestro estado de pánico por lo que nos pudiese suceder.

Pero para nuestra sorpresa no veíamos salir a nadie. Pensé que quizá hubiera alguna salida posterior subterránea.

—¡Sandokan! —gritó un guerrillero.

Yo tenía el susto en la cara.

Vacilé y me mordí el labio inferior.

—¡Adentro! —ladró de nuevo, tal vez pensando que iba a echarme a llorar, porque de camino al cobertizo me susurró al oído dándome ánimos—: Recuerda que solo debes hablar cuando se te pregunta. No debes decir nada hasta que alguien se dirija a ti, y entonces contestas articulando bien las palabras. Todo saldrá bien, Sandokan.

Nada más entrar, se cerró de golpe la puerta a mi espalda y empecé a oír insultos y gritos que me dirigían algunos de los anteriores chicos que habían entrado antes que yo. Más de uno me pegaba con el puño cerrado por todas partes, otros con palos y tubos de plástico. No entendía lo que pasaba. Me protegía con los brazos mientras intentaba esquivar los golpes y avanzar hacia delante.

Me hicieron sentar en una silla frente a un enorme foco de luz que me cegaba y me producía un tremendo daño en los ojos. Pude distinguir una mesa alargada frente a mí y varias personas sentadas. Me acusaron de ser un terrorista. Me preguntaron si había sido entrenado por los tigres. Yo lo negué. Me dijeron que tenía anchas espaldas para ser un joven de mi edad, lo que podía significar que había estado realizando entrenamientos con fusiles. Sin perder la compostura contesté como me habían enseñado a comportarme en

caso de un interrogatorio, diciendo que era un inocente estudiante de un pueblo de pescadores llamado Maboombu y que nada tenía que ver con ningún grupo guerrillero. Me pegaron en el estómago muy fuerte. De nuevo, nadie nos había avisado de que eso nos fuese a suceder. Por un momento me quedé sin respiración. Vomité en el suelo. Me dijeron que confesara que pertenecía a los tigres. Lo seguí negando.

El interrogatorio giró de estrategia. Pasaban de la intimidación brutal a efusiones de bondad, empleando alternativamente la brutalidad y la dulzura para ablandar y desconcertar a los niños soldados.

Podían hacer con cualquiera de nosotros lo que quisiesen y acorralarnos mediante preguntas y respuestas.

—Tú eres cristiano católico, ¿no es verdad?

—Sí.

—Quieres decir que crees en Jesucristo —precisó— ¿No es así?

—Sí —afirmé, un poco turbado— Exacto.

—Dime, ¿eres idiota, estúpido o simplemente estás mal de la cabeza?

Así pasaba el tiempo. Cuando no llegábamos a ningún sitio con las continuas acusaciones, preguntas con doble intención y mis afirmaciones y desmentidos, vi una sombra alargada que se aproximaba, su brazo se levantó y me arreó un bofetón que me hizo caer de espaldas. Noté que sangraba por la nariz. Me siguieron acusando de ser un miembro del grupo terrorista de los tigres, y me advirtieron de que lo admitiese o de lo contrario seguirían golpeándome. Yo, tercamente, seguí desmintiéndolo.

Un entrenador me cogió del brazo y me llevó dentro de una habitación trasera, allí me dijeron que saliese fuera. Dolido por todas partes de mi cuerpo crucé despacio e indeciso el umbral de la puerta de salida. Ahí estaba mi paisano el cocinero sonriendo de oreja a oreja, rascándose su pelada cabeza y ofreciéndome una Coca-Cola.

Me ayudó a sentarme en el suelo. Me habían molido a palos y golpes. Había un grupo de guerrilleros adultos con botiquines de médico poniendo vendas, alcohol, cremas e incluso barro en heridas y hematomas que los niños reclutas habían recibido. A más de uno le pusieron una inyección para tranquilizarlo, ya que muchos habían sufrido un *shock* nervioso y no dejaban de temblar. Otros lloraban desconsolados, ya que habían admitido ser terroristas para que dejasen de golpearles. Había sido una brutalidad.

—¡Sigue así, Sandokan! —me dijo un examinador que había sido parte del interrogatorio.

Había pasado la prueba: yo ya era un tigre.

—Muy bien, chico —argumentó otro pasando por mi lado—. Lo has hecho muy bien.

A pesar de mi estado, yo estaba radiante, me limitaba a sonreír, ya que no sabía qué decir. «Yo soy Sandokan», me recordaba a mí mismo. Comprendía la razón de ser de la disciplina y de la autoridad y del trabajo duro. Aquel día estaba verdaderamente orgulloso de mí mismo y me sentía en perfecta armonía con aquel mundo que me rodeaba.

Entrenadores y profesores nos reunieron a todos los seleccionados y nos designaron a cada uno nuestros destinos situados en lugares geográficos estratégicos. Nos dijeron que el cometido principal de un campamento base era obedecer las órdenes de nuestros superiores al mando y, observar todo lo que sucedía en aquella área por si ocurriese algo sospechoso o notásemos presencia del ejército cingalés para informar al campamento central.

—Sandokan —dijo un guerrillero leyendo su lista—, a Maboombu.

—Pero ahí es donde vive mi familia —le contesté impulsivamente—. Si mi padre me ve, desaprobará que sea yo un tigre y podrá crear problemas.

—Las decisiones del alto mando se acatan, no se discuten, Sandokan —sentenció con muy malhumor, continuando con el destino de otros niños a otros lugares de la isla.

Antes de subir en los camiones para llevarnos a nuestros destinos, nos dieron un arma, la AK-47, y una píldora de cianuro dentro de una pequeña bolsita de tela atada con una cuerda que debíamos llevar siempre colgada al cuello. Durante nuestra instrucción nos habían insistido en numerosas ocasiones en que nunca debíamos ser capturados con vida por los militares cingaleses, antes teníamos que terminar con nuestras vidas, y el medio era el tragarnos de golpe aquella minúscula y, en apariencia, inocente cápsula.

Una vez dentro del vehículo, un veterano guerrillero saltó dentro, se acercó a mí, y delante de todos, puso su pesada mano sobre mi hombro y dijo en voz alta:

—Sandokan, continúa así. Necesitamos tigres como tú, con tu temple, dedicación y fuerza psicológica. No a niños que se echan a llorar al menor peligro. Tú eres un valiente. Un hombre. Podrás llegar lejos. Tienes un porvenir brillante como héroe tamil. No lo olvides.

Durante el viaje, miraba el paisaje, me parecía que iba flotando. Aquella era mi familia; la clase de gente con la que me gustaba convivir; una hermandad, un cariño. Recordaba con entera satisfacción los halagos y comentarios que había estado recibiendo.

En aquellos momentos sentía que formaba parte de algo en lo que creía y a lo que podía consagrarme.



Capítulo 7

Mi campamento base era como una gran familia

Me dejaron de vuelta en la estatua de san Antonio.

Cuando crucé la selva y estaba caminando por la playa, me encontré con Ambika, que iba cargada con una cesta llena de pescado. Me dijo que sabía que me había unido a la guerrilla de los tigres y que por lo tanto ella estaba muy decepcionada conmigo.

—Bueno, ¿y qué? —le contesté enfadado.

—Pues que no está bien —replicó dejando la cesta en el suelo—. Deberías haber pensado más en las consecuencias de tus acciones antes de tomar decisiones de una manera tan impulsiva.

—¿Y a ti qué te importa? Tú siempre serás una vendedora de pescado en la playa de Maboombu. Tú, que no sabes ni leer ni escribir, ¿me vas a decir lo que me conviene o no? Yo soy un tigre para ayudar al pueblo tamil a independizarse de los cingaleses budistas. Lárgate con tu pescado y no des lecciones.

Me fui corriendo del lugar sin ver su expresión tras decirle injustamente aquellos improperios. A medida que transcurrió el tiempo me fui dando cuenta de que la había herido. Me sentí enfadado conmigo mismo. Me comporté como un verdadero idiota. Pero en el fondo era consciente de que Ambika me perdonaría.

Llegué al campo de observación de la guerrilla al que había sido destinado. La verdad es que lo tenía enfrente y me acuerdo de que estaba tan bien camuflado entre la vegetación salvaje de la selva que me costó reconocerlo. Estaba rodeado de grandes sacos de arena, escondido entre palmeras de plataneros y parcialmente cubierto de hojas de cocoteros.

Mi campamento estaba compuesto por cinco guerrilleros. Me presentaron a mi jefe, llamado Bobby Darling, a quien mis camaradas adoraban y cuya inteligencia y educación recibida mencionaban una y otra vez; sin embargo, más tarde pude darme cuenta de que su rostro, en apariencia acogedor y amistoso, escondía un corazón de hielo. El resto de mis compañeros eran Mao, que a primera vista parecía

huraño y feroz, pero que cuando se le trataba era muy chistoso, generoso y cordial; Stalin, de complexión robusta, a pesar de su edad, de tez muy morena, el único que siempre estaba malhumorado y con cara seria todo el tiempo —mientras se le llevara la corriente, todo iba bien—, y a quien, por ese motivo, Bobby Darling nunca le dejaba que fuese un líder entre nosotros, pues temía que por su comportamiento inestable le llevase a tomar una mala decisión y nos pudiese echar a perder; Dominic; más o menos de mi edad y el niño que más tiempo llevaba en el campamento, jovial por naturaleza y muy ecuánime; y por último, Arafat, el único niño que conocí en mi infancia que hablaba el idioma inglés, unos años mayor que yo, y cuya delgadez y altura le hacían aparentar más edad. Muy trabajador y enérgico, Arafat siempre agradaba a todos, y ya desde el primer momento nos hicimos grandes amigos; su deseo era llegar a ser un día actor de cine en la India, y era el guerrillero que mejor conocía la selva.

No había chicas en nuestro grupo, al contrario que en otras bases de los tigres, donde en algún lugar eran mayoría, y las denominaban «tigresas». Por entonces, el sexo para todos los niños soldados era algo que estaba por debajo del estómago, y aquellos eran tiempos en los que nuestra única preocupación era conseguir la independencia, la amistad y vivir en un mundo de aventuras y acción.

En aquellos días, el principal problema de Sri Lanka, según mi opinión personal, no se centraba en la guerra civil sino en el hecho innegable de que la mitad de sus habitantes no tenían la menor idea de lo que significaba ser un padre responsable. De lo contrario, hubiesen existido unos valores humanos por los cuales se hubiese evitado el derramamiento de sangre. El resultado fue que los niños se convirtieron en un estorbo del que todos prefirieron no tener que hacerse cargo. Aún no nos había salido acné juvenil, pero ellos, los tigres adultos, sabían que a esa edad uno está dispuesto a dejarse matar más fácilmente. El resultado de aquel lavado de cerebro fue que mi país de origen estaba lleno de niños soldados como yo, dispuestos a disparar sus armas y morir matando.

El campamento base era como una gran familia o mejor dicho como un aula de un colegio donde nosotros, los niños, vivíamos con nuestro profesor. Todo era de todos, se compartían las cosas sin que nadie se fuera a dormir nunca con el estómago vacío o más cansado que otros por haber realizado más trabajo físico.

Comida nunca faltaba, nadie moría por hambre. Había alimentos de sobra y la palabra malnutrición estaba fuera de nuestro vocabulario. De hecho, en mi infancia nunca oí hablar a alguien de que una persona hubiera fallecido por falta de comida. Con tan solo dar unos pasos te encontrabas árboles frutales, sobre todo plataneros, pero también cocos, mangos de distinto tipo, y si te acercabas a

cualquier lugar de la playa no resultaba extraño encontrarse con algún pescador que estuviese cocinando y te invitase a sentarte a comer hasta estar completamente saciado. En el campamento teníamos una despensa con sacos de arroz y harina. Además, de un día para otro, éramos designados en parejas para ir al campamento central a coger cualquier aprovisionamiento que necesitásemos: especias, té, huevos, leche, azúcar o latas de carne.

—Escucha, Sandokan —me dijo Bobby Darling el primer día—. Quiero este campamento siempre en orden. Como una colmena donde todo el mundo está haciendo su cometido; la reina pone huevos, las obreras trabajan y los zánganos haraganean.

Siempre que nos quería instruir en algo solía utilizar la retórica con muchas metáforas. Yo creo que más de uno en alguna ocasión ni se enteró de lo que verdaderamente quería decir con aquella manera de expresarse tan artificiosa que nos mostraba. Pero en aquel momento lo entendí muy bien, Bobby Darling no era solo el mayor sino el más listo e inteligente de entre nosotros.

¿Quién no hubiese querido ser como Bobby Darling? Parecía un donjuán, con su largo cabello bien peinado y su bigote fino oscuro; sus grandes ojos y profundos contribuían a darle ese aspecto atractivo. Había estudiado en una escuela y pasado todos los cursos. Tenía unos veinte años de edad, la sangre fría y un don de mando que le colocaba muy por encima del resto de los muchachos de los vecinos campamentos de los tigres, por lo que pronto consiguió que, sin ser nosotros los más armados ni los más numerosos ni los más fuertes, nuestro puesto de vigilancia fuese considerado un lugar clave y fuésemos un grupo evidentemente respetado. Decían de él que había matado a muchos militares cingaleses. Según me comentaron, una vez fue hecho prisionero e interrogado, pero de aquella dramática experiencia nunca quiso hablar a nadie. Hoy en día me puedo imaginar las salvajes torturas físicas por las que pudo pasar aquel joven, y, comprender lo que se celaba tras sus párpados, que parecían defender sus ojos a la luz del día. Su mejor amigo no era ninguno de nosotros, sino un perro llamado Trotski, de pelaje negro y lustroso. El perro más magnífico que había visto en mi vida. De raza rottweiler, decían. Lo tenía atado al cuello casi todo el día con una cadena muy pesada.

Tras dos semanas de mi incorporación en el campamento base, mi primera misión arriesgada fue enterrar dos botellas de butano rellenadas con un potente explosivo. Bobby Darling quería que estuviesen a salvo bajo tierra para cuando hiciésemos uso de ellas. El tenerlas expuestas al aire libre en un rincón del campamento era un peligro. De este modo, nos ordenó a Arafat y a mí enterrarlas lo más cerca posible del territorio dominado por el ejército cingalés.

Arafat era más espigado que yo. Se le veían hasta las costillas de lo delgado que estaba. Por mucho que se hinchaba el estómago a base de arroz, aquella seguía siendo su constitución y no conseguía engordar. Era tan flaco que sus dos piernas apenas abultaban lo que una normal. Conocía al dedillo la jungla y los guerrilleros siempre se sentían seguros yendo con él; todo era mérito de su prudencia, ya que nunca cometía riesgos innecesarios, evadía problemas y solo era temerario cuando no se podía hacer otra cosa. No parecía sino que tenía un olfato especial para guiarse. En las más oscuras noches, se orientaba por los lugares más intrincados como si anduviera de día por caminos que conociese muy bien. Aparecía de improviso donde nadie podía imaginar siquiera que estuviese. Nunca pude entender cómo lo hacía. Podía estar sentado sobre el tronco de un árbol caído y un segundo más tarde ya no serías capaz de averiguar dónde se había metido.

Pronto lo quise como un hermano. De hecho nos convertimos en inseparables. Aunque mi verdadero hermano era Michael, era como si no lo fuese. Me explico... Debido a que había nacido con retraso mental, vivía encerrado en su mundo, y un hermano de verdad es alguien con quien compartes no solo a unos padres sino tristezas y alegrías. Así, pues, Arafat y yo pronto nos compenetramos. Él no tenía padre. Me dijo que el ejército cingalés lo había asesinado de un tiro en la cabeza tras una redada en su pueblo y que por eso, tras escaparse de casa, se había convertido en un tigre. Pronto nos sentimos tan unidos como no creo lo haya estado jamás hermano alguno.

Tardamos un día entero en terminar nuestro cometido, ya que, debido al peso de las botellas, tuvimos que transportarlas una a una. Usamos una carretilla con ruedas de madera hasta donde pudimos, ya que la tierra se volvía fangosa a medida que nos acercábamos al territorio de nuestros enemigos.

Al día siguiente, tras completar la misión y escapar de haber sido capturados por el ejército cingalés al escondernos en las plantaciones de té, caminábamos por el camino del bosque que bordeaba la playa cuando nos cruzamos con un grupo de habitantes de Maboombu.

Se quedaron mirándome, me habían reconocido; pensé todo ufano que ahora hablarían de mí con respeto al conocer todo el pueblo que yo era un tigre de verdad.

Me sentí orgulloso.

Decidí hacer una visita a mi casa. Quizá, después de tanto tiempo mi padre habría cambiado.

Le dije a Arafat que se quedase esperándome detrás de unos arbustos con mi fusil, ya que si estuviese mi padre habría problemas viéndonos a los dos armados con nuestros AK-47.

Cuando entré, Nandita se arrojó sobre mí dándome besos por el

rostro. En cambio, mi hermano Michael salió enfadado tras mirarme de arriba abajo con desagrado. Mi madre me abrazó y me dio un beso en la frente, y aun desaprobando en qué me había convertido, me sonrió antes de ponerse a llorar.

Nandita me dijo que nuestro padre no había cambiado absolutamente nada, sino al contrario. Parecía que mi marcha le hubiese incitado a portarse aún peor públicamente. Me comentó la mala reputación que nuestra familia estaba teniendo en el pueblo.

—David, ¿cómo voy a encontrar a un joven pretendiente para mi matrimonio si todos los habitantes de la zona nos tratan como unos apestados? —me preguntó ruborizándose y mirando fijamente al suelo.

Yo me enfadé y le dije que la guerrilla se ocuparía de nuestro padre cuando llegase el momento. Mi madre dio un paso hacia adelante y me dio una sonora bofetada. Yo había intuido que se aproximaba hacia mí con esa intención, pero aun así, no me moví. Acto seguido me agarró y me abrazó contra su pecho con todas sus fuerzas, dándome impulsivos besos en la cabeza. Quise mucho a mi madre. A pesar de que no se ocupó de mí, no le guardo rencor. Era una pobre mujer analfabeta a quien mi padre le arruinó la vida. Ella nos dio a luz y nos crió lo mejor que pudo dentro de sus limitaciones y estado mental. En ocasiones he pensado que tras los años de convivencia con mi padre había acabado algo mal de la cabeza.

Justo cuando yo salía de la casa, mi padre entró hecho una furia, tras haber sido avisado por Michael.

—Bueno, y… ¿qué cometido tienes con los tigres? —me preguntó, avanzando hacia mí con unas zancadas tan grandes que me puso en alerta—. ¡Dime! ¿Eres el cocinero o el niño esclavo que les limpia la mierda del suelo y les da masajes en los pies?

Retrocedí hacia la puerta trasera con la intención de salir corriendo al menor gesto violento.

—¡David, si estás tan contento con ellos, con tu nueva familia, por aquí ni te asomes! —añadió gritando y señalándome la puerta—. ¡Largo de mi vista antes de que pierda la paciencia y te rompa todos los huesos!

Como no me movía, mi padre fue a agarrar un palo y entonces sí que salí corriendo hacia el camino. Tras adentrarme en la selva Arafat se unió a mí.

Mi tía Renuka, que había escuchado decir a los aldeanos que yo andaba por las inmediaciones, pensó que había ido a visitar mi casa y llegó con la intención de hablar conmigo.

Nada más ver que se acercaba su hermana, mi padre salió por la puerta y comenzó a recitar toda una retahíla de horrendas palabras.

—¿Qué haces aquí? —le espetó—. Eres tú la culpable de haber

destrozado a mi familia. Has estado pagando con tu sucio dinero el colegio de David a mis espaldas. Esto es lo que has conseguido, ¡que se una a los tigres! —Señalándola con el dedo, añadió—: No solo manchas la sangre de nuestros antepasados sino que ahora rompes la unión de mi familia.

Su hermana tampoco se amilanó. Mi tía Renuka le respondió acusándole de haber sido él solo quien con su conducta violenta me había incitado a unirme a los tigres y que, por lo tanto, él sería el único responsable si acababa yo con un tiro en la cabeza o desaparecido en alguna fosa común.

—Y además… ¡Eres un fascista!

—¡Y tú, una puta! ¡*Chachista*!

—Hermano, eres un salvaje inculto —contestó riéndose—. Con razón te llaman «Gorila». No sabes ni lo que dices. ¡Fascista!

—¡*Chachista*! —respondió de inmediato mi padre sin tener ni idea de lo que decía.

Mi tía Renuka volvió a reírse a carcajadas. Mi padre se acercó a ella con rapidez y le soltó un bofetón que la tiró al suelo. La agarró del pelo y comenzó a arrastrarla hacia el interior de la selva. Mi tía le imploraba que le soltase, gritando de dolor mientras intentaba agarrarse a los brazos de su hermano. Él la lanzó con todas sus fuerzas, como si fuese un saco de cocos y se fue de vuelta a la casa dándole la espalda, haciendo oídos sordos a sus lloros y gemidos de dolor.



Alimentando a mi verdugo: un perro

Bobby Darling vio en mí debilidades que mis compañeros no tenían y, por este motivo, cuando había ocasión, me hablaba engatusándome con su diatriba de guerrillero experimentado y no menos, de militante astuto. Yo era un niño honesto, sincero y tremendamente ingenuo. Si a él le habían lavado el cerebro siendo niño, ahora pretendía hacer lo mismo conmigo. Quería que cuando el momento propicio llegase, yo fuese su cordero para ir al matadero, es decir, un escudo humano o una bomba humana; que llegase el día en que yo no dudase en obedecer, si él me lo ordenase, a cometer suicidio por la causa tamil, como por ejemplo, arrojándome a los cingaleses con bombas atadas a mi cuerpo.

—Gobernar un país es algo muy serio como para dejarlo en manos de políticos —me comentaba mientras acariciaba el lomo de Trotski—. Hay que estar loco para seguir siendo maoísta a estas alturas y jugarse la vida por lo que dijo un imbécil chino en los tiempos de Buda. Porque hoy en día quien va por la selva con un libro rojo y el puño en alto merece que le peguen un tiro en la nuca por imbécil rotundo.

—Ya… —asentía, intentando seguir el razonamiento, aunque ni sabía qué significaba «maoísta» ni de qué libro rojo hablaba.

—Sandokan —añadió apuntándome con el índice tras darse cuenta astutamente de lo que corría por mi mente—, tú no tienes que tener la más remota idea de quién fue Mao o Buda, ni falta te hace. Nuestro cometido es luchar contra el ejército cingalés y obtener un estado independiente, entonces viviremos en paz. Dejaremos las armas, ya que tendremos un ejército nacional para proteger a nuestro país, y viviremos tranquilamente cerca de la playa, lejos de esta selva llena de mosquitos y ratas. Mira, Sandokan —siguió diciendo, inclinándose hacia mí, como para hacer más efectivas sus palabras—, al que le guste la selva, o es mono, o está para que lo encierren en una celda con un candado del tamaño de un coco. Porque este no es un

sitio para disfrutar la vida. Aquí estamos temporalmente para proteger nuestros intereses, nuestras tierras, nuestra raza, nuestra gente, nuestro pueblo. ¿Lo tienes claro? Pues hay que hacer todo lo que sea posible para conseguir la creación de nuestro país. Yo cuento contigo para que cuando haya que luchar encarnizadamente en combate contra el ejército cingalés, te muestres con coraje. ¿Lo harás cuando el momento propicio llegue, Sandokan? ¿Serás valiente?

—Sí, Bobby Darling —contesté envanecido y hechizado por el tiempo que empleaba para conversar únicamente conmigo—. Lucharé hasta mi última gota de sangre por nuestra gente. Te lo prometo.

—Muy bien dicho, eres todo un valiente —dijo esbozando una ligera sonrisa de satisfacción dándome a entender que estaba muy orgulloso de mí—. Ahora, ¿podrías ser tan amable de dar de comer a Trotski? Yo sé que él te aprecia. De hecho estoy seguro de que tú eres la única persona de entre todos tus compañeros a quien quiere de verdad.

—¿De verdad lo crees así? —pregunté todo anonadado e incrédulo por lo que había escuchado.

Bobby Darling hizo un movimiento de cabeza, como si hubiera tomado una decisión irrevocable. Fue a su tienda, y cuando salió, me tendió un cuenco de cerámica y unos botes con carne y arroz.

—¿Que si lo creo? —añadió esbozando otra complaciente sonrisa —. Toma. A partir de hoy serás tú solo el encargado de darle la comida. —Poniéndome una mano sobre el hombro, sentenció—: Porque, como me he dado cuenta, Trotski, al igual que tú, desconoce totalmente en su naturaleza la traición, la malicia y la falsedad.

Siempre había considerado algo especial, casi místico, contemplar el amanecer desde la playa, pero aquello lo superaba, pues era como si me hubiesen nombrado coronel o general en la guerrilla. Eso era un deber inigualable.

Desde entonces, Trotski se hizo muy amigo mío. Era yo el único guerrillero que se podía acercar al perro y acariciarlo. Hasta lo lavaba. Cuando diariamente me acercaba para darle de comer y lo llamaba «¡Trotski! ¡Trotski!», el perro ladraba de alegría y se levantaba sobre las patas de atrás para lamerme el rostro.

Inconsciente de mí, estaba alimentando a mi propio verdugo, y aquella no era sino una estrategia más de Bobby Darling para que nunca pudiera escapar con vida si por un motivo u otro en el futuro decidía huir o abandonar el círculo de los tigres.

* * *

Las semanas se sucedían y yo iba mentalizándome de que no volvería a mi casa con mi familia en el futuro inmediato. Estaba contento con

mi nueva vida y mis nuevos amigos.

Arafat me dijo que tan pronto tuviésemos un estado independiente y la guerra hubiese terminado, él se marcharía a la India para ser actor de cine en la industria de Tamil Nadu, denominada Kollywood.

Puso el radiocasete sobre sus hombros, y mientras la canción, en aquel extraño idioma, sonaba en alto volumen, mi amigo movía el cuerpo con una gracia y un desparpajo que hacía que todos nosotros lo observáramos como si de verdad fuese una estrella del espectáculo y estuviese representando una actuación única y exclusivamente para nosotros.

Años más tarde, en un país extranjero escuché de nuevo aquella canción, y supe que se titulaba *Rebel Rebel,* de David Bowie.

Mao y Dominic solían tomar el pelo a Stalin; ya que nunca cambiaba su semblante serio, carácter altivo y defensivo. El momento era siempre durante las comidas.

—Pareces un verdadero tigre que destroza a su presa —dijo Mao a Stalin, al mismo tiempo que nos guiñaba un ojo.

Stalin levantó la mirada.

—A ver… ¿y tú donde has visto a un tigre? No a nosotros… Sino al animal salvaje… ¡Venga, dínoslo!

—¡Eso quiero saber yo! —azuzó Dominic con sarcasmo.

Mao, se inclinó hacia atrás, y sonrió.

—En una estampa, camaradas. Lo he visto pintado en una estampa.

—Con que en una estampa… —comentó burlonamente Stalin dando un codazo a Dominic—. Este… piensa que somos tontos. A ver… ¿en qué clase de estampa está dibujado un tigre?

—Pues en la que representa a Jesucristo entrando en la ciudad de Jerusalén sentado encima de un tigre…

—¡Hale, lo que dice! —se escandalizó Stalin—. ¡Qué tonto! ¡Qué barbaridad!

Las carcajadas estallaron entre nosotros.

—Pero qué bruto eres… —continuó diciendo Stalin, muy orondo, sin haber perdido un ápice de su malhumorado aspecto—. Tú de verdad eres un asno. El Señor Jesucristo precisamente entró en la ciudad de Jerusalén sentado sobre un asno.

Mao, con disimulada decepción, dijo:

—¡Oh! Me lo había dicho mi mamá. ¡Qué imaginación tenía! Y yo que toda mi vida había creído que era un tigre… Es que como mi abuela… mi madre era muy fantástica…

Las risas estallaron al instante.

—¿Y tú sabes a quién te pareces? —le preguntó Stalin.

—No —contestó Mao con fingida seriedad.

—Tú te pareces a aquel apóstol que se ahorcó. ¿Por qué no te ahorcas también?

Mao no aguantó más y comenzó a reírse a carcajadas. Todos nos reíamos excepto Stalin, que parecía que se sentía tan ridículo que quizá hubiera deseado no haberse enfrascado en la conversación con Mao; pero procuró que no se le notara. Levantó la barbilla desafiante.

Nos dolía mucho la barriga de tanto reír. Como no parábamos, Stalin, algo enfurecido, señalándonos con el dedo, dijo con mucha severidad:

—Yo os meto a todos vosotros donde la gallina tiene el huevo antes que lo ponga.

Otra carcajada general le contestó.

* * *

Cada semana, en grupo de dos, nos alternábamos en lavar toda la ropa en el río que desembocaba en la parte rocosa de la playa de Maboombu. Después de poner la ropa tendida sobre las rocas, nos íbamos al cine.

El decrépito edificio estaba situado a las afueras de un pueblo vecino en el interior de la comarca. Tan solo exhibía películas antiguas de los años cincuenta y sesenta, grandes éxitos de entonces. Así, un trabajo que a nadie le complacía se convertía en una escapatoria de júbilo y disfrute. Nos volvía loco el cine. Fuese la película que fuese. Lo más grandioso que existía en nuestro mundo.

—¡Qué ojos tan hermosos tienes! —exclamó el protagonista de rodillas frente a su heroína, sentada sobre un banco de mármol blanco.

—¿De veras? Estás mintiendo.

—¿Yo, mentir? ¡Jamás! —dijo cogiendo su mano—. Si fuese de noche ahora mismo, pensaría que son estrellas.

La joven visiblemente halagada, sonrió, echó atrás los largos y negros cabellos con un movimiento de la cabeza y, poniéndose de pie, comenzó a cantar y a bailar alrededor del jardín. Mientras, el héroe, el protagonista de la película de casi cuatro horas de duración, quieto en su sitio, la seguía con la mirada.

Era una película *masala* de acción, romance, comedia, drama, aventuras, música… Todo género cinematográfico estaba representado.

Yo recordaba la desagradable verdad de que aquella mágica película tocaría a su fin y tendríamos que regresar a la selva, conservando tan solo un recuerdo. Pero de momento, aquello era el presente, y era un presente espléndido.

Después de cinco minutos trotando entre los árboles y recitando

una melodiosa canción, la atractiva joven volvió a sentarse en el mismo lugar.

—¡Qué valiente eres! —le dijo el héroe todavía arrodillado.

—Te voy a confesar un secreto.

El joven arrodillado pegó un respingo y se acercó aún más a ella. Sonriendo con cara de conejo, dijo:

—Dime, dime…

—¡Tengo tantas cosas hermosas!

—¡Ahí va! —exclamó levantando los brazos en el aire, y tomando asiento a su lado—. No hubiera jamás pensado que fueses así… tan segura de ti misma… tan sincera… Si no hubiese tanta gente aquí, en este parque público, te daría un beso.

—¡Qué cosas dices! Luego querrás vanagloriarte de tu triunfo delante de todo el pueblo…

El héroe, para conquistar la mano de su joven enamorada tuvo que ganarse durante muchos minutos la confianza de su rico padre, dueño de plantaciones de té. Su condición humilde, al ser hijo de campesinos, le produjo ser rechazado por los cuatro hermanos de la heroína; hombres muy encopetados y poderosos. Además, tuvo la enemistad de otro pretendiente, que era malo, malísimo, e iba detrás de ella solo por la dote; además, era propietario de un campo de ganadería próximo a la hacienda del padre de la joven. Al final del metraje el héroe consigue desenmascarar la verdadera intención del adversario, después, claro está, de luchar contra su cuadrilla de mercenarios.

Qué momentos más excelsos. En el cine confesarse a la amada parecía tan sencillo… y la historia, finalmente, acababa tan bien… El único inconveniente que teníamos era que cuando se encendían las luces volvíamos a la realidad.

Salir de un lugar donde estas obnubilado por los bailes, las canciones, las actrices y actores tan perfectos; escenarios en lugares de ensueño, aventuras tan maravillosas; y de repente, encontrarte con que tienes que adentrarte de nuevo en la selva, ponerte el uniforme y esconder la ropa de civil, era nuestra única decepción. En más de una ocasión, Arafat me pidió meternos de nuevo y ver la película por segunda vez. Pero era arriesgado y nunca lo hicimos, porque, aunque hasta entonces nunca lo había hecho, pensamos que Bobby Darling pudiera enfadarse y castigarnos.

Capítulo 9

Por qué a Sri Lanka le llaman «La lágrima de la India»

Su muerte preocupaba poco a los habitantes de Maboombu, sin embargo, un numeroso grupo de gente procedente de la ciudad de Jaffna llegó sobre el mediodía en autobuses ondeando banderas negras y anunciando el asesinato de Indira Gandhi. Ellos incitaron a todos los vendedores y dueños de tiendas a que cerrasen sus establecimientos en señal de luto y respeto. No cabe decir que no se lo fueron pidiendo amablemente.

Pocas cosas existen en Sri Lanka que no estén directamente o indirectamente ligadas a la violencia histórica. Los tigres decidieron sumir a toda la población de etnia tamil de la isla a iniciar una guerra civil para someter sus idearios políticos mediante la violencia y el terrorismo con el convencimiento de querer empezar de nuevo partiendo desde cero. Esto fue un error.

Indira Gandhi carecía de sentido estratégico. Se implicó erróneamente en la política interna de Sri Lanka, mandando contingentes de fuerzas para, según ella, implementar la paz. Pero los Tigres se negaron a cooperar. Poco tiempo después, Rajiv Gandhi, el hijo de Indira, decía así para justificar la presencia de militares indios en nuestro país en apoyo al gobierno cingalés para luchar contra los tigres: «La India no está involucrada en Sri Lanka para matar delfines, sino para quitar de en medio a unos pocos tiburones, lo cual no tiene por qué molestar a nadie». Sin embargo, la lista de los delfines muertos, es decir, de la población civil, fue mucho más alta y terrorífica que el número de tiburones «pescados». Finalmente, la iniciativa del gobierno de la India fue abandonada debido a la gran cantidad de bajas que hubo entre sus propios soldados.

Ni un perro saldría con semejante calor… a menos que no tuviera más remedio, pero al día siguiente de morir asesinada la primera ministra de la India, yo iba pedaleando por la polvorienta calle de Tiruvenelli Road, la calle principal de Maboombu. En la parte delantera de mi bicicleta tenía atado un altavoz que mis compañeros

Mao y Dominic me habían colocado. Mientras me sujetaba con una mano en el manillar, con la otra sostenía un micrófono. Comencé a leer en voz alta una cuartilla que Bobby Darling me había dado y que sujetaba a duras penas entre los dedos:

«Queridos ciudadanos, todos nosotros somos de la misma comunidad, somos tamiles, los otros habitantes de este país son budistas cingaleses, por tanto, debemos luchar por un estado propio e independiente llamado Tamil Eelam. En el mundo se hablan unos 6240 idiomas, de los cuales solo 83 son los que hablan las personas civilizadas. Nuestro idioma, el tamil, es uno de ellos. Sin embargo, no tenemos una nación propia reconocida. Nuestra organización nacionalista tamil que lucha por nuestra causa de liberación y autodeterminación tuvo el apoyo de nuestra gran madre Indira Gandhi, la hija de Nehru. Nosotros saludamos su valor y entereza».

Conforme avanzaba por Tiruvenelli Road, vi un grupo de gente en la calle hablando entre ellos sobre la noticia del asesinato. Estaban reunidos al pie del árbol baniano ancestral, en el que los adultos habitantes de Maboombu se sentaban cuando hacía buen tiempo y se pasaban todo el día charlando.

Metí la mano en una bolsa que colgaba de mi manillar y, como me había instruido Bobby Darling que hiciese, lancé al aire octavillas de propaganda política en apoyo a los Tigres. Ante mi asombro, vi a mi padre entre ellos. Agaché tanto la cabeza como pude para que no me viese. Pedaleaba de tal forma que tenía que evitar golpearme la cara con las rodillas.

Si a mi padre en todo el pueblo le conocían por el apodo de «Gorila»; como el primate herbívoro de los bosques de África central que se desplaza a cuatro patas, no menos podía esperar yo de él que una reacción característica propia de ese animal, es decir, algún arrebato violento.

Mi padre me vio.

—¡La mujer que cortó las pelotas a más de diez mil personas y profanó un templo sij, está muerta! —gritó mi padre al conglomerado de gente— ¡Y aquí, un imbécil que comió arroz en mi casa se dedica a hacer discursos a su favor!

Salió de la sombra del árbol baniano, cogió una enorme piedra del suelo y me la tiró como si fuese yo un perro sarnoso al que se debe mantener bien alejado.

El proyectil alcanzó de lleno en el radio de la rueda delantera. Perdí el equilibrio y caí de bruces al suelo. Desde donde quedé tumbado, vi al padre Thomas corriendo con las manos en el aire en dirección a mi padre.

—¡Por los clavos de Cristo y la Santísima Trinidad! —gritó el sacerdote de Maboombu hecho una furia y empapado de sudor—. ¡Es

solo un niño!

—Padre Thomas… —dijo un pescador plácidamente—. Es su hijo, déjelo…

—Es mi hijo y hago lo que me da la gana… —sentenció mi padre fingiendo desamparo. Haciendo creer a todos que la desgracia se cebaba una vez más con su familia y aprovechándose de aquel oportuno apoyo de los presentes, sin duda hinduistas tamiles que no sentían afinidad alguna hacia los cristianos como el padre Thomas.

—La Biblia dice: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra» —dijo apuntando a todos con el índice de izquierda a derecha y deteniéndose en mi padre, para añadir—: En el juicio final me gustaría verte a ti tan valiente como te pavoneas ahora mismo. ¡No eres más que un fascista!

—Usted también es ¡*chachista*!

—Mira, no sabes ni lo que dices —dijo el padre Thomas sin poder evitar reírse—. Te he llamado ¡fascista!

—Y yo a usted ¡*chachista*!

La carcajada fue general. Hasta al padre Thomas se le caían las lágrimas de la tontería que decía mi padre.

—Tú alardea públicamente de tu ignorancia —dijo—. Por eso tu hijo ha acabado en las manos de esos terroristas…

Después de decir aquello, me di cuenta de que todos se giraron para mirar en mi dirección.

Me levanté de inmediato del suelo y salí corriendo empujando la bicicleta; pegué un salto sobre el sillín y pedaleé lo más rápido posible para desaparecer cuanto antes de aquel lugar.

No me había percatado de que el padre Thomas también tenía una bicicleta y pedaleaba muy deprisa detrás de mí como si fuese un ciclista profesional de carreras.

—¡Déjeme en paz! —grité girando la cabeza en su dirección.

—¡Hijo, para! ¡Tengo que hablar contigo!

Ya había salido de Maboombu, y comencé a descender la pendiente del camino que conducía a la selva como la rapidez de un águila al bajar a apresar su presa. Levanté los pies y los pedales giraban por sí solos a una velocidad inaudita. El viento me pegaba en la cara con fuerza.

Al descender, cuando conseguí disminuir la velocidad, me giré y vi que ya no me seguía. Pero al poco de entrar por un estrecho camino de tierra en el interior de la selva, una cosa negra se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. Por un momento pensé que sería un animal salvaje dispuesto a devorarme. Saqué el cuchillo de guerra que llevaba en el cinto, dispuesto a clavárselo, cuando me di cuenta de que aquella cosa no era ni más ni menos que el padre Thomas que no dejaba de jadear con profundidad. Pensé que se iba a morir. Intentaba

tomar aire.

Yo no sabía qué hacer. ¿Por qué demonios me había atacado así? Yo era miembro de la guerrilla y tenía derecho a defenderme. Así pues, inconsciente de mí, le apunté amenazadoramente con el cuchillo, al mismo tiempo que prorrumpí entre dientes:

—¿Qué quiere de mí, padre Thomas?

—Niño —dijo ya recuperado y tomando aire a intervalos—. Has conseguido que haga un sobreesfuerzo físico que ya de por sí casi me mata. —Se levantó del suelo y, señalando a mi cuchillo, añadió—: David, para convertirte en asesino no hay que ser muy duro, hay que ser simplemente asesino. Para matar a alguien basta tener una pistola y ganas de disparar, ya está. La única fortaleza está en apretar el gatillo en el momento justo. Lo mismo con ese tipo de cuchillo que llevas. Solo tienes que ser capaz de clavármelo. Pero a muchos niños soldados, como tú, ese minúsculo esfuerzo de no hacer algo tan simple, les cuesta trabajo, y ¿sabes por qué?

—No.

—Porque son incapaces de causar tal daño irreparable a otro ser humano, porque no son asesinos, porque son buenos de corazón. Tú eres bueno, David.

—¿Qué quiere de mí? —dije enfundando el cuchillo.

—Solo una cosa. Quiero ser tu amigo.

Yo me encontraba totalmente confuso. Bobby Darling por la mañana temprano me había dado orden expresa de no entablar conversación con nadie del pueblo durante aquella misión, solo hacer mi cometido con la mayor rapidez posible y volver al campamento base. Y ahí me encontraba yo, con el sacerdote de Maboombu en medio de la selva.

—Escucha —dijo yendo al otro lado del camino para coger su bicicleta—. Sé que vosotros los tigres sois personas muy ocupadas. Déjame acompañarte un rato por el camino, solo unos metros, y prometo irme de vuelta al pueblo.

Sin decirle nada, levanté mi bicicleta y me puse a andar despacio.

—En el colegio decían que usted es de la India, ¿es verdad eso?

—Sí, David. Yo soy de un pueblo llamado Kannur, en el estado de Kerala.

—¿Es como Sri Lanka?

—Sí, muy parecido. Hay mucha vegetación como aquí. Ojalá en un futuro próximo tengas la oportunidad de visitar la India, porque… querrás tener una profesión fuera de Maboombu, ¿no es así?

—Ahora soy un tigre.

—Sí, sí, ya me he dado cuenta —dijo en tono pensante mientras se tocaba la barbilla—. Pero ¿verdad que te gustaría conocer otros

países, tener dinero para comprarte ropa y cuidar de tu madre y de tu hermana? Incluso podrías viajar a mi casa de Kerala. Tenemos una industria extraordinariamente productiva: el coco. Nada se desperdicia. Todo se produce muy sencillamente y sin grandes dispendios. ¿Sabes? Allí el agua del mar llega hasta la playa como si únicamente pretendiera susurrar cosas bonitas; sin gritos ni violencia. Y como la arena es muda, son las palmeras las que responden a esos susurros, y así hablan día y noche contándose mil cosas siempre nuevas desde hace milenios.

—Sí que me gustaría ir…

El sacerdote movió la cabeza con la misma expresión que adoptan los profesores cuando un alumno confunde la perpendicular con la bisectriz.

—David, hijo..., no digas: «me gustaría hacer esto o lo otro». Debes proponerte decir: «voy a hacer esto o lo otro».

—Pero ¿qué es lo que tengo que hacer?

—¿Qué es lo que tienes que hacer? Yo te lo diré: volver al colegio. Estudiar, tener una profesión y ser alguien en la vida.

—Pero… si yo soy un tigre —protesté mirando el suelo— Ahora no puedo. Yo soy un tigre —repetí, escupiendo las palabras como si tuviera la boca llena de trozos de granos de arroz masticados.

—El conocimiento es siempre deseable. No querrás quedarte aquí cuando seas mayor, ¿verdad? Permanecer enjaulado en una isla no es la única vida que puede haber.

—Dudo que alguna vez abandone la isla —dije en tono meditativo.

—Bueno, escúchame, David —dijo el padre Thomas enarcando las cejas—. Todo esto que ocurre en esta isla, con razón es llamada «la lágrima de la India», es una auténtica locura. Asesinar a una persona puede ser un error. Asesinar a muchas personas, un crimen continuado, pero asesinar a muchas personas sin obtener beneficio alguno es un error, un crimen y, sobre todo, una auténtica aberración. Poco a poco la violencia va a ser la causa de que desaparezca todo este bello paisaje: las palmeras, los campos, la playa… hasta la gente. Esta guerra civil hará que desaparezcan hasta los habitantes del pueblo de Maboombu.

—Pero eso… no es verdad…

—¿Quieres decir que yo miento? —preguntó con brusquedad parándose en seco y mirándome con profunda seriedad.

—No, padre Thomas. Quiero decir que nuestra organización lucha por conseguir un estado tamil independiente de los cingaleses budistas. No queremos matar a la gente de nuestro pueblo.

—Mira, David. La solución que los tigres han adoptado para resolver el problema entre vosotros los tamiles y los cingaleses

budistas, es como el tumor en un dedo, si empleas un buen bisturí, lo quitarás produciendo el menor daño. Sin embargo, estos salvajes, los cabecillas de tu organización que dicen que representan a los tamiles y que luchan por ellos, emplean un hacha y pretenden amputar el brazo entero. ¿Qué les importa a ellos la cifra de niños como tú muertos? Para ellos sois solo instrumentos. A los tigres les da igual que el ejército cingalés mate en combate a niños soldados porque saben que la mayoría de vosotros, si no todos, no estáis registrados, inscritos en una partida de nacimiento oficial. Oficialmente no existís ni para esos observadores extranjeros a los que les extienden la alfombra roja tanto los tigres como el gobierno de Colombo con la excusa de mediar en este conflicto, y la realidad es que ambas partes utilizan a esos rubios extranjeros de piel blanca para conseguir sus fines políticos y más financiación, no para cuidar de sus gentes, sino para comprar armamento.

—Padre Thomas —dije algo molesto por toda su diatriba—, mi organización no me utiliza. Mi superior en el campamento base, Bobby Darling, es muy bueno conmigo y con mis compañeros, nos ayuda y nos protege. De hecho, aunque no está permitido por las reglas de los tigres, le diré que nos permite ir al cine de vez en cuando con la excusa de lavar nuestra ropa en el río. No se tiene que preocupar por mí. Pronto conseguiremos un estado independiente y seremos felices.

—Esto no es una fábula mitológica, David. Este conflicto no tendrá un fin maravilloso como en un cuento de hadas o en una película de esas de acción, música y romance. Entérate, los tigres, la organización a la que perteneces tan orgullosamente, creen que no están cometiendo un crimen utilizando a niños como tú, porque en el fondo piensan que están enmendando un error de la naturaleza. Para tu superior, como el jefe supremo de los tigres, mejor no merecíais ni haber nacido. Esta guerra civil tiene la diferencia sobre cualquier otra guerra conocida en este mundo, en que se centra en el hecho abominable de que aquí no se respeta ni a las mujeres ni a los niños…

—¿Qué quiere usted de mí? —le interrumpí abruptamente—. ¿Qué quiere que haga? ¿Quiere que deje de ser un tigre? ¡Pues no lo voy a hacer!

—No, David —repuso, intentando tomar aire al mismo tiempo que pensaba qué argumento utilizar—. Escúchame. La verdad es que me gustaría que dejases esta organización, movimiento, guerrilla… ¡como quieras llamarlo! Pero sé que no lo vas a hacer. Por eso, solo te pido una cosa…

—Dígamelo pronto porque ya tengo que dejarle. A partir de aquel árbol empieza el área de nuestro campamento base y podría recibir un disparo por parte de mis camaradas.

—Te pido que vuelvas al colegio.

Solté un bufido.

—Ahora ya no puedo volver…

—Piénsalo, David. Medítalo.

—Yo soy Sandokan —murmuré tímidamente con la mirada puesta en el suelo—, no me llame David. —Después de un silencio, queriendo zanjar la conversación, añadí—: Vale, lo pensaré.

—Muy bien, David, así me gusta. Solo vete pensándolo…, dale vueltas hoy…, mañana… Si alguna vez te encuentras solo, ya sabes donde vivo. Tienes mi permiso para ir a verme a cualquier hora y día. Quiero que sepas que si quieres triunfar, ser alguien en la vida, tienes que alejarte de toda violencia. Tienes que ser un luchador no para matar a nadie sino para conseguir propósitos en la vida. Y desde luego, para hacer felices a tu madre y a tu hermana. Que se sientan satisfechas y orgullosas de ti las personas que te quieren de verdad. He hablado con ellas y te quieren muchísimo, David.

Ya no quise seguir escuchando y salí corriendo empujando la bicicleta por el manillar.

—¡Yo soy Sandokan! —grité con todas mis fuerzas, preso de desesperación.

Al entrar entre la maleza de la selva me di la vuelta, y allí estaba el padre Thomas sonriéndome desde la distancia. Me alzó el brazo saludándome con cierto énfasis exagerado. Estaba tan obcecado en pensar que toda esa charla que me había dado era una basura y negativa para los fines de los tigres que yo creía tan apasionadamente, que no le respondí.

Me di la vuelta y desaparecí internándome en la maleza.



No eran personas normales, eran extraordinarias

Miriam y yo estábamos en casa después de haber cerrado el restaurante tras el almuerzo.

Faltaban tres horas para volver y comenzar los preparativos para la cena. Aquel sábado por la noche iba ser un día tremendamente ocupado. No porque el local estuviese lleno, como es habitual, sino porque teníamos varias reservas de grupos. Y cuando se juntan mesas con numerosos comensales, el tiempo de servicio se extiende a lo largo de la noche, ya que requieren una atención extra. Teníamos la reserva de un grupo de altos ejecutivos de una empresa muy conocida de telecomunicaciones, y no debíamos defraudarles. Estos empresarios eran habituales en nuestro local, así como los accionistas de esa empresa privada, y en lo referente a la comida y bebida, eran muy exquisitos, específicos y nos dejaban la caja llena al final de la jornada. Además, teníamos varias mesas reservadas por numerosos familiares judíos italianos de Miriam, que celebraban el reciente Bat Mitzvah de su sobrina.

Hay bestias que persigues e intentas abatir, y no están necesariamente en el exterior. Son bestias, con forma de resentimientos y frustraciones, que no dejan de dar dentelladas en las propias entrañas. «¿Qué hubiese sido de mí si no me hubiese marchado de Sri Lanka? ¿Cómo hubiese acabado? Seguramente muerto, asesinado… ¿Qué ha sido de mis hermanos? ¿Qué aspecto tendrán? ¿Vivirá todavía el padre Thomas? ¿Y mi madre?».

El pasado permanece como corriente subterránea minando de modo imperceptible el presente. Y, a veces, el presente colisiona con el pasado; y lo que no fue se enfrenta con lo que pudo ser, y lo que imposibilitó se convierte en recordatorio que agrieta con su bilis el presente, y te hace sentir cómo renquea, y por qué.

Estaba sentado en el jardín detrás de nuestra casa. Miriam estaba dentro haciendo el café. Habíamos almorzado algo ligero, ya que ella no quería perder el tiempo cocinando. Se sentía desorientada, pero a

la vez quería seguir escuchando mi relato.

Koba estaba sentado junto a mis pies.

Se puede querer tanto y con tanta intensidad a un animal porque los perros no tienen la maldad ni el odio del hombre. Ellos no nacen agresivos y tampoco se vuelven agresivos de un día para el otro. La soledad, la falta de entrenamiento, una socialización deficiente o una mala educación podrían ser posibles causas de esta conducta. Por eso, aunque a veces estos animales tienen comportamientos salvajes y requieren educación, somos nosotros los que todavía tenemos mucho que aprender.

Al fin y al cabo, el problema principal del perro agresivo no es el perro en sí sino el cómo lo ha educado su dueño. Para mí es un placer que me llena de alegría, volver del trabajo y encontrarme a mi Koba moviendo con frenesí la cola, mostrándome su radiante felicidad y esperando a que le acaricie.

Sabía que Miriam estaba dando vueltas a la cabeza sobre todo aquello cuanto le había contado esa mañana.

Tras sentarse a mi lado y tener los cafés sobre la mesa, se pasó los dedos abiertos por el pelo, presionándose el cráneo.

—Cualquiera diría que eres un novelista experto en crear personajes completamente originales, solo con la ayuda de la imaginación.

—Han sido muchas las personas de carne y hueso que han quedado prisioneras en mis recuerdos —sentencié—. Créeme que no tengo libertad para dar rienda suelta a mi imaginación. Yo soy esclavo de mis experiencias.

Sin decir nada se levantó, y al cabo de unos minutos volvió con una serie de revistas y libros de la estantería del salón. Cogió uno de ellos y tras pasar pausadamente las hojas mientras permanecía en silencio, leyó en voz alta:

—Si hasta el 1500 los reyes cingaleses tuvieron que preocuparse de expulsar al invasor procedente de la India meridional, poco tiempo después tuvieron que enfrentarse con unos enemigos que procedían de lugares mucho más lejanos. En 1514 Ceilán fue fagocitada por los dominios de Portugal hasta 1638, cuando tomó el relevo su competidor más aguerrido, el rey de Holanda. […] En 1794, se perfila en el horizonte la amenaza de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que en quince lustros de ocupación explota al máximo los mejores recursos: el té y las especias. —Después de un profundo silencio, añadió mirándome a los ojos—: La historia de un país escrita con sangre. Desde luego, no fue un modelo de paz; con razón muchos años después empezasteis a mataros los unos a los otros.

—Pero a pesar de todo aquello, a pesar de toda aquella complicadísima historia, el encanto de Sri Lanka, como nación

independiente de los británicos desde 1948, ha permanecido casi indemne, aun con los tortuosos avatares políticos de los últimos tiempos, que no han sido más que fruto de intolerancias de carácter racial.

Quedamos callados por unos instantes. Miriam pasaba las páginas de un libro grueso ilustrado sobre Sri Lanka. Después lo cerró y se quedó observándome.

Koba se levantó y dio unas vueltas alrededor antes de encogerse otra vez a los pies de mi silla. Volvieron a mi mente con perfecta claridad aquellas experiencias vividas mientras acariciaba cariñosamente su lomo.

Rumiando el poso de mis recuerdos, reanudé la narración de mi pasado.

* * *

Supe por mi tía Renuka que nuestro padre antes no era violento, que no tenía ese carácter agresivo. Según me comentó, sí que era bastante ignorante, ya que no había recibido ninguna formación. Tenía un temperamento fuerte, pero por entonces no hacia mal a nadie.

Desde su juventud, su fama de bruto ya era conocida en todo el pueblo. El día que se casó con mi madre, después de la ceremonia en la iglesia, por tradición, todos los aldeanos acompañaron a los recién casados a la casa. Como era costumbre, el marido debía coger a su esposa en brazos, entrar dentro y cerrar la puerta tras ellos; supuestamente para consumar el matrimonio, y así se finalizaba la celebración, yéndose cada uno a sus casas.

—¡Que levante a su mujer en brazos! —gritaban unos aldeanos —. ¡Que levante a su mujer en brazos!

Enseguida, de entre la multitud, algún gracioso aprovechó aquella situación para incitar a mi padre.

—¡Jesurasan la puede levantar con un solo brazo!

—¡Que lo demuestre! ¡Que lo demuestre! ¡Que lo demuestre! — instigaron a coro.

La cama de matrimonio de los recién casados se decoraba para aquella ocasión con flores y pétalos. Era tradición en muestro pueblo de pescadores que el recién marido tuviese a su disposición, al lado de la cama, un gran vaso de leche de búfala con un grueso bloque de mantequilla casera en su interior, pues según la leyenda local le daría vigor sexual.

Mi padre, para complacer a los habitantes de Maboombu, entró dentro de la casa dejando a mi tímida madre, y no menos llena de pavor, en el umbral; ya que ella no podía traspasar la puerta sin antes ser alzada por los brazos de su marido. Mi padre salió con el vaso de

leche y ante la multitud, entre los cuales los había ya quienes se estaban desternillando por los suelos, se lo bebió de un solo trago y engulló el grueso pedazo de mantequilla sin masticarlo. Tras limpiarse la boca con la manga, cogió a mi madre, y como si fuese un malabarista en un circo ante un expectante público, la levantó horizontalmente y comenzó a balancearla a su alrededor como si fuese un experto en artes marciales moviendo un palo de bambú. Tras aquel largo minuto, en el que dejó con la boca abierta a más de uno, desde el umbral la lanzó al interior de la vivienda con todas sus fuerzas como si fuese un tronco de madera.

Mi tía Renuka soltó un grito de espanto al pensar que la habría desnucado. Gracias a Dios no le pasó nada. Aterrizó justo en el medio del colchón relleno de fibras de coco. Todos aplaudieron y rieron ensalzando a mi padre, a quien, no satisfecho con su actuación, no se le ocurrió otra cosa que seguir vanagloriándose de su fuerza física y musculatura bebiendo alcohol hasta altas horas de la madrugada.

Al día siguiente, despertó en la playa. Cuando iba camino de casa cruzando la conglomerada calle principal de Maboombu, pavoneándose entre los habitantes del pueblo con el pecho hinchado, y pasaba justo por el Hotel Kakodiya, del cielo le cayó a los pies un hombre blanco.

En la calle todo el mundo se quedó petrificado, mirando, gritando y señalando en su dirección.

Según cuentan, mi padre se quedó sin habla y sin aliento durante minutos mientras observaba con detenimiento a aquel hombre rubio y de ojos azules tendido a sus pies.

Cuentan que el hombre «caído del cielo» tenía la cara hinchada de una forma anormal y de un color rojo como el del pimiento. La gente se aproximó. Mi padre alzaba la mirada al cielo, pensando de dónde podría haber venido.

—¡Es Michael Jackson! —gritó un joven pescador de entre el gentío.

—No puede ser —dijo otro—, él es negro y este hombre es rubio y de piel blanca.

—¡Es Adolf Hitler! —añadió otro.

—No puede ser —contestó un tendero que por entonces tenía aspiraciones políticas—, él llevaba un pequeño bigote en todas sus fotos y este tiene cara de bebé.

Al llegar la policía y hacer sus averiguaciones, se pudo concluir de forma racional cómo pudo caer aquel extranjero a los pies de mi padre. Por lo visto, el difunto era un mediador político de Noruega y había saltado por la ventana de su habitación del Hotel Kakodiya. Según la autopsia que se realizó en la ciudad de Jaffna, se había tomado en el desayuno un chile denominado Naga Jolokia,

popularmente conocido como «el chile fantasma», considerado uno de los más picantes del mundo; de hecho ha estado registrado en *El libro Guinness de los récords* como el más picante del planeta.

Según el camarero, el noruego le pidió aquella mañana un desayuno típico de nuestro país, ya que se marchaba al día siguiente y quería conocer el sabor de nuestras tierras. No debió de ver el chile o debió de confundirlo con una verdura, y tras no poder soportar el tremendo ardor dentro de su cuerpo, saltó por la ventana.

Según los periódicos locales, que avivaron mucho aquel suceso durante días, aquel hombre estaba en Maboombu de paso tras llevar a cabo la tradición diplomática noruega de promoción del diálogo, cese del fuego y la negociación en el conflicto armado entre los tigres tamiles y el gobierno cingalés; pero la verdad es que la paz no fue nunca posible, ni aun con mediadores internacionales.

Desde la caída «del cielo» de aquel rubio extranjero sobre los pies de mi padre, los habitantes de nuestro pueblo comenzaron a bromear sobre el suceso. Las inocentes bromas acabaron en transformarse en chistes y poco a poco a ridiculizarlo.

—¡Apartaos! —gritaba un pescador a sus compañeros—. ¡Que llega Jesurasan!

—¡Atrás! —decía otro en voz alta para luego susurrar entre risas —. No sea que caiga del cielo otro blanco y nos aplaste con su peso…

El que no se lo tomaba a broma era el alcalde. Raj Kakodiya maldecía una y otra vez a mi padre por aquel incidente que había traído tan mala fama a su establecimiento y que ahora se asociaba a un suceso trágico. Según cuentan, para paliar su disgusto, pensando que tenía que hacer un lavado de imagen a su local, tuvo que pedir un elevado préstamo a un banco de la ciudad de Jaffna para invertirlo en anuncios de publicidad imprimidos en guías de viajes para turistas extranjeros. La previa frase de «Bill se bañó aquí» la cambió por «William Holden se hospedó y se bañó aquí», añadiendo un póster de la película *El puente sobre el río Kwai* en la que la imagen del actor protagonista salía de forma más predominante.

Poco a poco las bromas fueron acabando en una actitud de desprecio. Pensaban que asociarse con mi padre traía mala suerte, porque opinaban que era una persona gafada. Si mi padre caminaba por el pueblo y se aproximaba a un carro de venta de frutas, el vendedor empujaba el vehículo de madera con rapidez para alejarse de él porque pensaba que le traería mala fortuna en el negocio. Si accidentalmente se acercaba a alguna aldeana, esta comenzaba a hacer aspavientos como si estuviese espantando moscas para alejarlo lo máximo posible, no fuese que en un futuro próximo diese a luz solo a niñas. Todo el mundo rechazaba entablar conversación con él, y comenzaron a evitarlo. Mi padre sintió que había perdido no solo la

dignidad sino el respeto de todos los habitantes del pueblo.

De este modo, como represalia por todos los insultos y comentarios graciosos que proferían a su espalda, mi padre comenzó a hacer el mal y a comportarse como un bandido, ladrón y a pegar a quien no le diese dinero.

Por aquellos días se dejó crecer un poblado bigote para presumir de virilidad, pero también con el propósito de atemorizar más con su aspecto a los habitantes de Maboombu.

* * *

Cuando te encuentras en medio de algo no siempre lo encuentras extraordinario, solamente cuando sales de ahí y lo miras con otra perspectiva puedes verlo realmente como es. Ahora desde la lejanía geográfica y con el transcurso del tiempo, veo las cosas de manera distinta. Mi padre y su hermana eran muy parecidos. No eran personas normales, eran extraordinarias. Pero mi tía desde luego tenía más sentido común. Sin embargo, ambos habían elegido un camino en la vida lleno de problemas y vivían una situación social muy baja que ninguno de los dos tenía interés alguno, en un principio, en cambiar.

Mi tía Renuka me comentó que estuvo casada dos veces. Su primer marido murió al pisar una mina antipersona. No leyó el cartel que advertía que el campo estaba minado. Según me dijo, ella estaba convencida de que se había suicidado porque no pudo conseguir la fama y el dinero que siempre había soñado. Él quería llevarse a mi tía a algún país extranjero y prosperar, pero no veía forma de obtener el dinero necesario para costear los pasaportes ni los costosos billetes de avión.

Fue entonces cuando una amiga suya le introdujo en la prostitución. Su primer cliente fue un inspector de policía de la ciudad de Kilinochchi.

Según me contó, aquella primera noche con un hombre tras la muerte de su marido, fue excelsa, esplendorosa, maravillosa. Aquel oficial se comportaba con ella como un auténtico aristócrata, no como un policía. Pero a la mañana siguiente, aquel atractivo oficial que se había comportado con desmanes de clase alta educada, le puso en manos de policías subalternos y estos la metieron en la cárcel de la vecina comisaría local acusándola de prostitución.

—Los hombres, David —recuerdo que me dijo alzando sus finas cejas, poco antes de que me marchase de la isla—, pueden ser a la vez tiernos y crueles. Aprendí esa lección de mi primer cliente. En la comisaría me golpearon hasta que no pude levantarme por mí misma. Todos los policías y empleados se referían a mí señalándome con el dedo como «la chica que tuvo sexo con el oficial superior de

Kilinochchi». Nunca más volví a ver aquel oficial tan atractivo. Incluso hoy en día, pensando en aquella experiencia, se me rompe el corazón… ¿Cómo puede alguien ser tan cruel? Nunca he visto tanta crueldad en nadie; pero al mismo tiempo nunca he experimentado tanta ternura con un cliente.

Un tiempo más tarde, un hombre musulmán le propuso matrimonio. Él había estado casado dos veces, le dijo a ella en un principio, pero al no tener hijos, se había divorciado de ambas esposas. Mi tía Renuka decidió aceptar su propuesta con el fin de asentarse en la vida y crear un hogar feliz. Hasta se hizo pasar por musulmana. Pero pronto se dio cuenta de que lo que él le había dicho no era del todo cierto. La segunda esposa apareció el día menos inesperado. Ella había ido a casa de sus padres para dar a luz, y había regresado con un bebé. Entonces, el plan de aquel hombre era mantener a las dos mujeres bajo el mismo techo. Como se trataba de una comunidad musulmana, no había objeción. Aquella mujer incluso solía llamar a mi tía, «hermana». Pero a medida que pasaron los días le negó la tarea de cuidar de la casa; el mero hecho de cocinar se le determinó prohibido. Incluso le prohibió tajantemente poner un pie dentro de la cocina.

Mi tía Renuka no permitió aceptar un estatus de segunda clase. Decidió irse y continuar con su anterior profesión. Ella era alguien que vivía de frente, a flor de piel, que se desenvolvía con su desnudez con la viveza de quien disfruta la naturalidad —su cuerpo, sus emociones y sentimientos—, como una auténtica soberana. En más de una ocasión la escuché definirse a sí misma como «la reina de Maboombu» por la cantidad de hombres que llegaban a su casa buscando consejos sobre sexo o para que les enseñase las artes amatorias, con el fin de ponerlas en práctica con sus respectivas esposas tras el matrimonio. «Como en el sur de la India, los habitantes de nuestro pueblo no cambian, simplemente envejecen», me dijo en una ocasión hablándome de las costumbres en nuestra comunidad de pescadores.



Matar y morir, herir y que nos hieran era la base de nuestra existencia

Al cabo de unos días, el clima era tan caluroso que Bobby Darling nos dio permiso para ir a bañarnos; unos se fueron al río, otros a la playa. Yo aproveché y me fui en bicicleta a casa de Ambika con el propósito de disculparme por la actitud tan maleducada que tuve con ella la última vez que nos vimos.

Le enseñé la hoja de té que había arrancado en las plantaciones, y que aún llevaba guardada en uno de mis muchos bolsillos de mi pechera. Ya estaba bastante seca y marchita, pero aun así, le hablé sobre el bello paisaje de las montañas. No hice mención alguna sobre el motivo del porqué había viajado hasta allí, aunque ella presumía que era debido a algo relacionado con la organización a la que yo hacía gala con no menos que ostensión infantil.

No me guardaba rencor alguno. Pero una vez más quiso disuadirme de seguir como miembro de los tigres. Aunque hice oídos sordos, esta vez la dejé hablar y no me enfadé. Me informó de que mi hermana había dejado de ser una niña y había entrado en la pubertad. Cuando lo escuché, sentí por dentro un remusguillo emocionante al considerar que era una responsabilidad mía el preocuparme de ahora en adelante por el futuro próximo de mi hermana, su matrimonio concertado.

Conocía qué era aquel flujo sanguíneo que las chicas expulsan periódicamente porque a más de un niño se lo había oído decir en el colegio al invitar a sus amigos a la celebración. Según la tradición, se celebra muy pomposamente el momento en el que una niña ha tenido su primera menstruación. Es costumbre un convite en la casa, donde se invita a familiares, vecinos y amigos. De una u otra manera es un momento en el que se hace saber públicamente que la niña ya está dispuesta para un matrimonio concertado en un futuro próximo, porque ya puede concebir. No quiere decir que esté lista para que de un día para otro contraiga matrimonio y lo consuma, sino el hecho de

hacer saber entre la vecindad que desde la celebración de ese acontecimiento hasta una edad propicia se puede estar discutiendo su unión con familias provenientes de la misma comunidad.

Sentí durante horas un cosquilleo en el estómago; el remusguillo de inquietud en pensar cómo se sentiría Nandita con ese cambio fisiológico.

Fui directamente a casa de mi tía Renuka y le pedí cien rupias para comprar un regalo a mi hermana. Ella me dijo que me las daba a condición de que me sentase y escuchase lo que tenía que decir.

Otra vez tuve que escuchar una larga explicación sobre lo poco que me convenía seguir como miembro de los tigres. La diatriba fue interrumpida cuando llegó un nuevo cliente.

Con el dinero que me dio, me fui al pueblo, y en una tienda compré un reloj de pulsera para mi hermana, y con lo que había sobrado, pensando en Ambika, compré un brazalete.

Antes de entrar en mi casa me cercioré de que no estaba mi padre.

Mi hermana me explicó la vergonzosa actitud que tuvo nuestro padre delante de los pocos invitados que fueron a la casa. Se había emborrachado tanto que comenzó a tirar la comida por todas partes. Le prometí que las cosas pronto cambiarían. Le di el reloj. Sin embargo, cuando se lo probaba, mi madre con mucha rapidez se lo arrebató diciendo que en cualquier momento podría venir nuestro padre. Mostrando una expresión triste y seria, retorciéndose nerviosa las manos, como si hubiera algo que le habría gustado no tener que decir, añadió que nada más verlo se lo llevaría para empeñarlo y comprar alcohol, que lo mejor era guardarlo para cuando la ocasión fuese propicia, como para su futuro matrimonio.

Justo al día siguiente, apareció en nuestro campamento un vendedor de comestibles de Maboombu, con la cabeza vendada y su camisa manchada de sangre, contando que Gorila le extorsionaba y que ya en una ocasión anterior, al negarse a pagarle, le había destrozado la tienda, pero que en esta ocasión había ido más lejos.

—Vosotros sois como una familia para mí —dijo el vendedor golpeándose el pecho para dar más énfasis dramático a sus palabras—. Sois mis hermanos. Por eso vengo a pediros ayuda. —Señalando su cabeza vendada, añadió—: Esto me lo ha hecho el salvaje ese. Este mediodía vino y me exigió cincuenta rupias. Yo me negué a dárselas. Le dije que me quejaría a los tigres, y él me dijo: «¿Qué tipo de gorila teme a un tigre? Yo vivo en mi hábitat», y me pegó un puñetazo tan fuerte que me hizo esto. ¡Mirad, mirad! —dijo señalando su ojo morado, tan hinchado como una pelota de críquet—. Me cogió dinero del cajón y se llevó, además, un bote entero lleno de caramelos importados de la India.

La extorsión, el robo y el pillaje estaban completamente prohibidos por las normas y regulaciones de la guerrilla. Bobby Darling, por complacer al aldeano, nos mandó, a Arafat, a Stalin y a mí, a traer a mi padre por la fuerza.

Cuando nos aproximamos a mi casa decidimos que Stalin y yo nos quedaríamos escondidos detrás de un arbusto mientras Arafat iba a llamarle.

—¡Gorila! —gritó a pocos metros de la puerta—. ¡Se requiere tu presencia en el campamento base!

Mi padre salió de la casa con un enorme tarro de cristal bajo el brazo.

—Ah, pero si es el pequeño Imran, ¿cómo estás? —dijo Gorila alegremente—. Los tigres te llaman Arafat, ¿no es así? Es raro ver a un musulmán por esta zona, y encima, tamil y tigre. Mira lo que tengo aquí —metió la mano en el tarro y sacó un puñado de caramelos—. Toma unos cuantos, están buenísimos, igual le puedes dar alguno a mi hijo descarriado.

Arafat estaba inquieto, pues no sabía cómo salir de aquella situación tan absurda; no estaba preparado para mantener una conversación con el evasivo de mi padre.

—Eh… no, muchas gracias.

—Chico, las gracias no me las des —dijo mi padre abriendo la envoltura de un nuevo caramelo y metiéndoselo en la boca—. Mira, entra y nos tomamos una cerveza. Pero si prefieres té, te preparo *esa* agua sucia.

—Es que… bueno… —comenzó a decir frunciendo los labios como si estuviera reprimiendo algo que no iba a ser muy agradable—. Me han dicho que le pida a usted que sea tan amable de venir con nosotros al campamento base…

—¿Nosotros? —preguntó mirando hacia los matorrales donde estábamos agazapados; sin duda sabía que estábamos allí escondidos, pero seguía haciéndose el remolón—. Bueno, tengo que decirte que no iré a ninguna parte, pero si me lo pidiese alguien que pudiese conocerme bien y que estuviese por ahí detrás, quizás me lo pensaría. Y no me llames de usted. Puedes seguir llamándome como en un principio has hecho.

—Gorila, nos han informado de que has pegado a un vendedor del pueblo y le has robado un tarro de dulces —sentenció Arafat mirando el bote que tenía mi padre bajo el brazo.

—Mira, mira… —dijo con tono burlón sacando otro caramelo—. Da la casualidad de que tengo aquí en mis manos un montón de caramelos. ¿Me estás diciendo que son robados?

—No, no. Yo no estoy acusándote de nada. Solo he venido para pedirte que vengas al campamento base —contestó nervioso Arafat

haciendo aspavientos hacia el lugar donde estábamos escondidos; se encogía de hombros comunicándonos que no sabía qué seguir haciendo.

—Ah, *pequeñito musulmán*… Ya sé cuál es el problema… El vendedor no encuentra un tarro de caramelos en su tienda…, y como me tiene miedo… quiere que los tigres sean quienes me pregunten amablemente si por casualidad yo supiese dónde está —dijo metiendo de nuevo la mano en el tarro y sacando otro caramelo para metérselo en la boca.

—Sí, así es —dijo Arafat algo confuso esbozando una sonrisa de consuelo.

—Y en vuestro campamento, ¿quién me va a hacer la pregunta, si por casualidad supiese yo dónde están los caramelos de ese infortunado vendedor?

—Eh… nuestro jefe, el que está al mando de esta zona, Bobby Darling.

—¡Pues le dices a ese cerdo que por mí se puede ir a una pocilga cingalesa a comer mierda! —gritó arqueando las cejas e inclinando su cuerpo.

Stalin, sin pensárselo, salió del arbusto e hizo intención de lanzarle una granada. Mi padre, viendo lo que tenía en la mano, se metió corriendo de vuelta en la casa.

—Sal de ahí —gritó Stalin—. No eres más que un ladrón que disfruta extorsionando a pobres trabajadores. ¡Capitalista! ¡Fascista!

Al cabo de unos segundos mi padre salió por la puerta en calzoncillos, con el rostro pintado como de guerrero indígena y blandiendo una vara de jazmín. El solo hecho de rozarte con aquella vara podría causarte dolores inmensos.

—¡*Alla akbar*! —espetó Arafat con expresión de miedo en su rostro. Se giró hacia Stalin y gritó con paroxismo—: ¡Tiene una vara de jazmín!

Mi padre saltó y corrió hacia ellos.

Tan pronto vi que echaban a correr mis despavoridos compañeros, yo hice lo mismo.

Una vez que estuvimos de vuelta en la base, la narración de los hechos por parte de Arafat hizo a Bobby Darling reírse mucho. Dijo que lo dejásemos estar.

Yo me sentía verdaderamente humillado por el hecho de que considerasen a mi padre como un vulgar ladrón y, además, como un bufón al que reírle las bromas.

* * *

Ninguno de nosotros leía en el campamento base; la política

francamente no nos interesaba. Allí nunca vi un periódico. Todos nuestros pensamientos giraban en derredor de un solo tema: la creación de un estado independiente para los de etnia tamil, es decir, para nosotros. Además, los acontecimientos relacionados con la guerra civil era lo único que podíamos oír desde nuestra radio de control.

Al poco tiempo, se anunció un proceso de paz entre los tigres y el gobierno cingalés debido a las intermediaciones del primer ministro de la India, Rajiv Gandhi. Y por lo tanto se nos comunicó que habría un cese de la violencia hasta nueva orden.

Por mediación de noruegos, el gobierno cingalés y los tigres, acordaron, una vez más, trabajar juntos en la reconstrucción de las zonas más devastadas de la guerra —norte y este del país—. Los guerrilleros olvidaron sus viejas exigencias de independencia, que fueron sustituidas por su deseo de conseguir cierta autonomía. Se crearon tres subcomités; uno para los asuntos humanitarios, otro para la política y el tercero para la recuperación de la confianza entre los tamiles y los cingaleses. Pero, sin duda, la mayor insistencia que apoyaban los tigres era el acuerdo en la transformación de Sri Lanka en una federación que permitiese a los tamiles mayor control en las zonas del norte y del este.

* * *

Bobby Darling era el tipo de hombre al que todos queríamos parecernos cuando fuésemos mayores. Su cabello era único, como su llamativo físico. Sus facciones parecían perfectamente esculpidas por maestros de siglos pasados; siempre elegante en su uniforme, como si fuese a ser retratado de un momento a otro para alguna revista de moda; siempre capaz de originar una conversación de lo más cautivadora, ya que cuantos se sentaban a su alrededor no perdían detalle de lo que estaba contando, aunque no entendiesen muy bien, o absolutamente nada, lo que decía.

—A mí me gustaría ser como Prabhakaran, nuestro líder supremo de los tigres —comentó Bobby Darling—. Me gusta que existan personas como él y hacerme la ilusión de que tal vez podría haber sido yo como él. En Sri Lanka todos los feos odian a los guapos como todos los vulgares odian a los brillantes, como todos los estúpidos odian a los que son inteligentes. Veréis, escuchadme —todos estábamos sentados en el suelo anonadados por lo que nos estaba contando; como si nos estuviese desvelando algún mapa de un tesoro por descubrir ahí en mitad de la selva—. Os voy a explicar por qué ese odio existe. Porque en Sri Lanka son infinitamente más numerosos los seres humanos feos, estúpidos y vulgares que los guapos, brillantes y originales. ¿Y quiénes son esas personas mayores en número? Son los

cingaleses budistas, no nosotros, los tamiles. Nosotros somos los que llevamos la verdad, la inteligencia y el atractivo. Por eso nos odian y nos quieren aplastar, porque somos una comunidad mucho más valiosa que la de ellos. Pero ¿cuál es el problema? Que en número nosotros somos minoría, y ellos, mayoría. Entonces, esa envidia, los budistas cingaleses, totalmente resentidos, la han transformado en odio hacia nosotros porque no pueden tener nuestras cualidades superiores, y por este motivo nos quieren tener con la cabeza aplastada en el fango y quieren que vivamos, ¡aquí! —añadió alzando la voz y señalando el suelo para crear más énfasis a sus palabras—. ¡En nuestro propio país, con sus botas militares sobre nuestros rostros! Y esto ¡no se lo vamos a permitir!

—No, claro que no —dijo Stalin con profundo convencimiento.

—Yo no quiero que me pongan una bota militar sobre la cara y me aplasten contra el suelo —espetó Mao mirando a Arafat, sentado a su lado.

—Ni yo —dijo este.

—Antes les vaciaría el cargador —dijo Dominic de forma contundente—. Agotaría hasta la última bala.

—Lucharíamos hasta nuestra última bala. Incluso nos tragaríamos la cápsula de cianuro antes de ser capturados por los cingaleses —prorrumpió de nuevo Stalin en tono autoritario, queriendo dar a entender que hablaba por todos nosotros.

—¿Y tú? —preguntó Bobby Darling inclinándose hacia donde yo estaba.

Todos pusieron sus miradas en mí.

—Supongo que…, como ha dicho Stalin, antes me tragaría la cápsula de cianuro —contesté—. Como han hecho otros muchos camaradas antes de ser capturados. El sacerdote de Maboombu, el padre Thomas, un día nos habló en el colegio del fuerte israelí de Masada, sobre cómo todos sus habitantes…

—Mira, Sandokan —me interrumpió Bobby Darling—. Solo porque en Rusia coman pastel no quiere decir que nosotros lo debamos comer también. Si en Vietnam comen serpientes no podemos ir nosotros por aquí comiéndolas. Nuestra estructura social, nuestro funcionamiento político y nuestra historia son totalmente diferentes a los de otros países extranjeros que quieren inculcarnos sus movimientos políticos y así acercarnos a sus idearios. Nosotros, los tamiles, tenemos nuestros propios valores culturales intrínsecos, así como nuestras peculiares tradiciones. Así pues, Sandokan, no mires atrás para buscar inspiración o ejemplos a imitar. Mira al presente y encontrarás personas para tomar ejemplo, como Prabhakaran, nuestro líder supremo de los tigres, que conoce las artes, la filosofía y la ciencia de la guerra para liderarnos hacia el triunfo en la batalla.

Me encontraba tan a gusto escuchándole que, pensando que hacía lo correcto compartiendo un secreto entre mi nueva familia, añadí:

—El padre Thomas quiere que vuelva al colegio y mi tía Renuka me ha dicho en varias ocasiones que está dispuesta a financiarme los estudios en la universidad de Jaffna.

—¡Pues muy mal! —contestó ante mi sorpresa y fingiendo estar enfadado—. A ese sacerdote de Maboombu le enseñaremos más pronto o más tarde que no debe entrometerse con los tigres.

—Le daremos su merecido —dijo Stalin buscando la aprobación de nuestro jefe.

—¿Sabes lo que ha intentado hacer contigo? —me preguntó Bobby Darling al mismo tiempo que buscaba con la mirada la atención de todos.

—No.

—Te ha intentado lavar el cerebro —dijo asintiendo con la cabeza levemente y clavándome su fría mirada; al cabo de un instante observó los rostros de cada uno de mis compañeros—. Ha intentado captar a Sandokan para sus propios propósitos. Su única finalidad es convertir a mucha gente al cristianismo —puso su mano sobre mi hombro, y añadió—: Ha intentado engañarte, Sandokan. No vayas a la escuela, y tampoco debes ir a la universidad. ¿Por qué? Porque con tanto libro te llenarán de cosas la cabeza impulsándote la imaginación. Esos libros que te harán leer los profesores contarán muchas cosas que nada tienen que ver con lo que en la realidad sucede en nuestra tierra. Al igual que un hombre primitivo que nace en la selva aprendiendo a sobrevivir de lo que esa selva le ofrece, o el recolector de hojas de té que se adapta a la humedad de las montañas, nosotros, los tigres tamiles, crecemos con el convencimiento de que matar y morir, herir y que nos hieran es la base de nuestra existencia.

»Prabhakaran, durante mi entrenamiento como guerrillero, nos decía que podemos echar abajo con explosivos los templos budistas de los cingaleses, encarcelar a sus monjes y creyentes, pero que es muy difícil arrancar la fe y la creencia del corazón de un hombre. Por tanto, no es la religión en sí lo que debemos temer, sino a las creencias. Personas como el padre Thomas son insidiosas, solapadas y hábiles en atraer a niños como tú para conseguir sus fines. No debes creer en nadie excepto en las directrices de nuestro líder supremo, Prabhakaran. Pero recuerda, Sandokan, salir fuera de este círculo al que ya hemos jurado fidelidad hasta la muerte, es una absurda quimera. De aquí no debes irte. Ni lo pienses. Esta es tu escuela. Tu casa. Tu familia. Todo cuanto quieras saber solo tienes que preguntármelo a mí.

«Bobby Darling, tiene razón —pensaba—. No haré caso de mi tía

Renuka ni del padre Thomas. Estoy mejor aquí en la selva, con mi nueva familia, que en el colegio de Maboombu».

¡La selva! Esa palabra entraña en sí misma un sentimiento de primitivismo y de hermosura. Cuando salíamos de noche avanzando despacio en la oscuridad, me parecía caminar por debajo del agua. Me había internado en territorio enemigo varias veces. Me parecía que éramos intrépidos navegantes que cruzando océanos infinitos burlaban su puerto. Se había convertido en un juego para mí hacer marchas por el interior de la selva con una carga a las espaldas de muchos kilos de peso y llevando mi arma en bandolera. Una caminata de veinte o treinta kilómetros no era nada. Ya me habían rozado las balas de los soldados del ejército. El peligro me excitaba, al igual que a mis compañeros. No tenía absolutamente la menor sensación de que pudieran matarme ni mucho menos herirme.



La visita de los pescadores pidiéndonos ayuda

A pesar de que Bobby Darling se mostraba escéptico, todos los chicos empezaron a hablar sobre lo que iban hacer ahora que parecía que la guerra civil había concluido; Stalin decía que quería ser un alto cargo militar, ya que argumentaba que nuestro nuevo país, denominado Tamil Eelan, debía tener su propio ejército. Arafat de nuevo dijo que se marchaba al sur de la India para ser actor. Puso su radiocasete en volumen alto y comenzó a bailar extravagantemente.

Esa tarde cociné un pescado al curri con arroz. Estábamos todos sentados en el suelo, excepto Bobby Darling, que como siempre comía separado de nosotros, al lado de su fiel amigo Trotski. Estábamos todos contentos porque el conflicto armado se había terminado, y en nuestros pensamientos estaba el realizar nuestros futuros planes. Reinaba buen ambiente en el campamento.

—Hay gente que no come nada —comentó Dominic—. Lo leí en un periódico.

—¡Eso es en los periódicos! —exclamó Arafat riendo.

—Claro, solo en los periódicos —asintió Stalin—. En la vida normal, o sea, en la nuestra, los que no comen se mueren.

Mao dio un codazo a Dominic alzando las cejas en dirección a Stalin. Pero aquel gesto no pasó desapercibido.

—¿Qué pasa? —preguntó Stalin a Mao—. ¿Por qué has hecho ese gesto a Dominic?

—Porque pareces un conejo.

Todos rompimos a reír.

—¿Y por qué un conejo? —replicó Stalin con su semblante serio —. Nadie me ha dicho antes nada igual.

—Pues mira…, te lo diré. Yo vi un día en mi pueblo cómo un conejo se comía la hierba. Movía el hocico así, como tú.

Mao se puso a arrufar la nariz y mover las mandíbulas.

Todos reímos otra vez.

—Y tú te pareces a un oso —replicó Stalin.

—¡A un oso! —exclamó Mao riéndose—. Pero si aquí no hay osos.

Mao y Dominic intercambiaron cómplices miradas.

—¿Es que tú has visto osos en la selva? —preguntó Dominic a Stalin con un cierto tono burlón.

—¡Pues claro! —contestó—. Hasta se cómo cazarlos…

—¿Cazar tú a un oso? Pero qué listo eres. A ver, dinos cómo —dijo Mao dejando su plato de metal a un lado y limpiándose las manos con tierra.

—Mira, después de terminar la época del monzón, con ayuda de un saco recoges muchas hojas secas. Las extiendes en un patio y las dejas bajo el sol al menos un par de días. Luego, las metes otra vez dentro de un saco y con un cubo lleno de cola, de la misma que empleamos para pegar los carteles de propaganda en las paredes, te internas en la selva. Cuando llegas a un sitio donde crees que pasan los osos, te pones a rociar cola a las hojas secas. Te subes a un árbol y te quedas ahí a la espera. Cuando el oso llega, anda por encima y se va oyendo un plaf, plaf; las hojas se van quedando pegadas a sus patas conforme camina. Y cuando todas sus patas están cubiertas de hojas, entonces, tú bajas del árbol tranquilamente, lo atas y te lo llevas a tu casa.

—¿Y luego qué? ¿Lo atas a un palo, te sientas en un cubo metálico y te pones a ordeñarlo como si fuese una vaca? —añadió Mao aguantando la risa—. Pero tú… ¿te estás burlando de nosotros?

Todos soltamos sonoras carcajadas.

De nuevo, continuaron enfrascados en otra conversación, inocentes bromas propias de niños de nuestra edad.

* * *

Ante la sorpresa de todos nosotros, aquel proceso de paz quedó en nada. Más que nunca sonaron las alarmas de un posible ataque del ejército cingalés. Según nos informaron, nuestro enclave estaba en peligro de ser atacado de un momento a otro.

Por lo visto, para convertir Sri Lanka en una federación se debía de modificar la Constitución, y para que esto sucediese, las dos terceras partes del Parlamento cingalés debían ponerse de acuerdo. Lo que sucedió fue que partidos políticos cingaleses en la oposición, no respaldaron las relaciones del gobierno central con los tigres. Tanto los monjes budistas como los miembros del partido marxista y nacionalista cingalés se manifestaron contra un proceso de paz que consideraron ilegal.

Dominic y Mao, que habían salido por la mañana temprano al campamento central para recoger víveres, volvieron corriendo y nos

comunicaron a todos que la base de los tigres más próxima estaba bajo fuego del ejército. Por radio comunicaron a Bobby Darling que debíamos extremar las precauciones e informar de cualquier movimiento por parte del enemigo.

Las nubes de la costa habían comenzado a desplazarse por el cielo del atardecer, tiñéndose lentamente de plata con el reflejo de la luna. Mientras, en nuestros puestos, seguíamos apostados sobre sacos de arena fangosos y con las armas listas para disparar; parecíamos fieras desesperadas o más bien como ratas, que al mostrar sus dientes advierten que están listas a saltar al pescuezo de cualquiera que las rete. Pero en verdad, en nuestro interior, estábamos tremendamente asustados.

De madrugada oímos ruidos extraños. Trotski comenzó a ladrar. Mao dijo con convencimiento que eran ruidos de la base vecina siendo atacada. Bobby Darling con tan solo hacer un gesto con la mano hizo callar al perro.

Quitamos el seguro de nuestras armas. Estábamos en guardia, listos para morir defendiendo nuestro campamento. Se escucharon a lo lejos numerosos gritos. Sin embargo, durante los siguientes minutos nadie se aproximaba.

—Quizá son soldados del ejército cingalés que nos llamaban para alguna tregua —añadió Dominic.

—No me da la impresión —comentó Stalin aguzando el oído.

—¿Y si es «el fantasma del diente de Buda»? —preguntó Mao.

Había oído yo de aquel fantasma tras esconder con Arafat las botellas de butano rellenas de explosivos cerca del campo del ejército cingalés. Desde entonces, no había vuelto a pensar en aquello ni tampoco le había vuelto a preguntar. Esta vez no quise perder la ocasión.

—Mira —comenzó a explicarme Arafat con todo detalle—. Según la leyenda, cuando Buda murió, su cuerpo fue incinerado en una pira de sándalo y su diente canino izquierdo fue encontrado en la pira funeraria por una de sus discípulas, que lo entregó al rey, para ser venerado. Con el paso del tiempo, la reliquia fue cambiando de dueños y de lugar. Se dice incluso que cayó en manos de los portugueses. Según cuentan, se llevaron el diente a la ciudad de Kandy, donde los habitantes lo conservan en la actualidad, en el llamado Templo del Diente. Pero según la leyenda, ese diente fue robado por un contrabandista y sustituido por uno falso. Aquel hombre era tan tacaño y huraño que, cuando murió, dicen que Buda obligó a su alma a sustituir el verdadero por el falso y, después, lo castigó vagando eternamente por la selva. Según cuentan, su alma está muy arrepentida de su pasado criminal, y para resarcirse de aquellos malos actos se dedica a ayudar a los animales y a las personas que se

adentran en la selva. A los campesinos, cuando van a recoger fruta o cruzan la selva para ir a las plantaciones de té, el fantasma evita que los leopardos les ataquen. Por eso, fue él quien te ayudó a levantarte del suelo, cuando éramos perseguidos por los soldados. Fue él quien te puso el arma en los brazos. Yo no fui, porque estaba corriendo delante de ti, a unos diez o veinte metros de distancia; además, ¿cómo iba a saber dónde se te cayó el arma? ¿Cómo podía haber dado la vuelta tan rápido por el terreno y levantarte por detrás? No, amigo… ese que te ayudó… fue «el fantasma del diente de Buda».

Yo estaba alucinado. «¡Había sido ayudado por un fantasma!», pensaba.

—No me creo nada de esa leyenda… —espetó Stalin soltando un exagerado bufido para mostrar su desagrado—. Y los ruidos que hay dentro de la selva no los está haciendo el fantasma. Los fantasmas no hacen tanto ruido.

Sin duda estaba irritado porque aquella misión tan peligrosa no le fue a él encomendada en su momento.

—Yo no digo que sea «el fantasma del diente de Buda» quien este allí ahora mismo haciendo tanto ruido —le contestó Arafat—. Yo le he contado a Sandokan la leyenda. Y estoy convencido de que fue el fantasma quien le ayudó.

Cansado de estar esperando, Bobby Darling nos mandó ir a averiguar bajo el mando de Arafat como explorador.

Con sigilo nos infiltramos dentro de la selva. Andábamos agachados, cruzando el borde de un sendero. Arafat guiaba. Pasábamos por entre los arboles como fantasmas. Más arriba, en el cielo, pasaban también como fantasmas las nubes. Arafat caminaba despacio, balanceándose y escrutando el terreno delante de nosotros, parecía bailar, tan ligero era su peso. Cuando él se paraba y movía la cabeza de derecha a izquierda, nosotros cuatro, detrás, lo imitábamos intentando averiguar qué era lo que le había llamado la atención para tener que girarse. De cuando en cuando se detenía, y entonces todos nosotros aflojábamos el paso y, forzando la vista y el oído, escrutábamos la oscuridad que nos rodeaba. Detrás de él iba Dominic, luego Mao, Stalin y, por último, yo.

Stalin, mostrando su singular modo de comportarse, disconforme como siempre al ser un subalterno bajo el mando de Arafat, a quien consideraba un inferior, iba distraído y sus botas hacían crujir las hojas secas; Mao volvía la cabeza y le enseñaba el puño.

A medida que nos acercábamos al lugar donde creíamos que procedían aquellos sonidos, íbamos viendo marcas en la tierra como si hubiesen transportado maquinaria pesada. Una vez que volvimos al campamento, Bobby Darling dijo que nos fuésemos a dormir, que no había nada que temer, ya que sería armamento pesado recientemente

adquirido por nuestra organización y que lo habrían estado transportando por la noche para no ser visible a nuestros enemigos.

Al día siguiente, comunicaron por radio que Bobby Darling tenía que presentarse en el campamento central. Durante su ausencia, nos puso a Arafat y a mí como encargados de la seguridad de nuestra base.

Tan solo habían pasado cinco minutos tras su marcha cuando se presentó un grupo de pescadores de un pueblo cercano a Maboombu.

Nos contaron que un tractor durante la madrugada no había parado de extraer arena de la playa. Nos explicaron que la trasladaban en un camión con ayuda de un enorme remolque y que estaban asustados porque si aquella actividad continuaba, el agua del mar podría llegar hasta sus viviendas tras invadir la playa.

—Seguramente sea la maquinaria que estuvieron transportando anoche por la selva —comentó Arafat— Además, esas marcas que vimos en el sendero eran de neumáticos como los de los tractores agrícolas.

Los pescadores estaban convencidos de que, más pronto o más tarde, sus casas acabarían bajo el mar. Como aquella actividad era ilegal e iba contra las leyes promulgadas por los tigres, Arafat y yo decidimos delegar la responsabilidad de salvaguardar el campamento a Mao, e ir nosotros a hacer justicia.



Algo erróneo hemos hecho, porque nos ordenan ir al campamento central

Cuando llegamos a la zona de pescadores, vimos en la playa un tractor descargando arena sobre el remolque de un camión, en cuyos lados había un letrero pintado que decía «Singapore Hardware».

El conductor del tractor paró el motor tan pronto nos vio venir.

—Es ilegal la extracción de arena de la playa —dije en voz alta —. ¿Me oye?

El conductor se rio.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Sandokan.

—¿Cuántos años tienes, niño?

—Doce, recién cumplidos —contesté con brusquedad y semblante demudado.

El otro hombre, con la cara picada de viruelas, sentado al volante del camión, se asomó por la ventana y dijo en voz alta para que lo oyesen también los pescadores de la zona que habían acudido al lugar para presenciar nuestra acción:

—¡Estos vehículos pertenecen a la empresa privada de un hombre de negocios que dona millones de rupias a tu organización!

Miré a Arafat y este se encogió de hombros. Nunca habíamos oído tal cosa. Así pues, no nos amedrentamos.

—Eso nos da igual —contestó Arafat—. Es ilegal lo que estáis haciendo y estamos aquí para impedirlo.

—¡Tú eres un mocoso! —gritó el hombre del tractor—. Deja de jugar con armas de fuego o te dispararás en un pie. ¡Lárgate a tu casa con tu mamá!

Arafat le apuntó con el fusil.

—Ahora, por bocazas, no solo vas a dejar aquí el tractor y el camión, sino que nos vas a dar trescientas rupias para donarlas al colegio público de este pueblo.

—¿Pueblo? —dijo riéndose—. Pero si son siete chozas y dos

casas de ladrillo…

Arafat sacó una de las dos granadas que tenía en su chaleco. Ante la sorpresa y pánico de todos, dio unos pasos hacia delante, quitó el gancho del seguro y la arrojó hacia la orilla de la playa. Los pescadores se tiraron al suelo, ambos conductores saltaron con rapidez para buscar refugio debajo de los vehículos. Nosotros nos quedamos de pie. Sonó la profunda explosión y se levantó una nube enorme de arena.

Los pescadores comenzaron a saltar de alegría como si de una festividad religiosa se hubiese tratado y estuviésemos celebrando nuestro triunfo con inocentes fuegos de artificio.

—¡Esto no puede acabar así! —gritó hecho un energúmeno el conductor del camión, acercándose hacia nosotros de manera amenazadora—. La empresa de mi jefe, Sivakumar, os dona mucho dinero a vosotros, los tigres.

Arafat levantó de nuevo su arma.

—Hacéis lo que os he dicho —dijo muy seguro de sí mismo—. Te marchas andando de este sitio, pero antes nos das el dinero. Una palabra más y te meto una bala en la pierna.

Nos dieron las trescientas rupias. Antes de que se fueran, Arafat le ordenó al conductor del camión que descargase de vuelta en la playa el montón de arena depositada en el remolque. Viendo la determinación de Arafat en dispararles, no dudó en hacerlo de inmediato y tras esto se fueron andando con apremio prorrumpiendo entre ellos improperios hacia nosotros en voz baja.

Le dimos el dinero al jefe de aquella comunidad para que lo invirtiese en el colegio. Los pescadores nos dieron las gracias y no dejaron de proclamar vítores por los tigres y por un nuevo futuro estado tamil.

—¡Por enclenque que la gente me considere —gritó Arafat subido en la cabina del tractor—, tengo una fuerza que me viene dada por el hecho de querer servir al pueblo tamil injustamente explotado!

Muchos silbaban de júbilo, otros bailaban, aplaudían y reían, y había quien proclamaba más vítores.

Nos sentíamos como unos modernos Robin Hood. Aquellas dos personas eran adultos que nos doblaban en edad y en peso, pero aun así, los habíamos humillado y vencido. Nos sentíamos tan importantes como tal vez no lo haya estado nadie jamás en este mundo. Teníamos poder en realizar el bien, en restaurar justicia a nuestro pueblo. Teníamos el convencimiento de que con nuestro carácter y confianza podríamos desempeñar un papel más importante en la creación de un estado tamil independiente.

Para celebrar nuestro éxito decidimos ir a un río que desembocaba en la playa; un lugar exótico y virgen dentro de la selva

donde había una prominente cascada preciosa. Hicimos un agujero en la tierra, guardamos nuestra ropa y armas, y fuimos corriendo al agua desnudos.

¡Dios, qué hermoso era aquello! Era uno de los más bonitos escenarios naturales de toda la selva. Era un claro que descendía en suave pendiente llena de hierba hasta la arena del borde del río. Estaba retirado y oculto a la vista por la frondosidad de los árboles exóticos que había en derredor. El acceso era bastante difícil y nadie podía acercarse sin que su presencia fuera advertida.

Después de estar un buen rato zambulléndonos y jugando en el agua, nos vestimos y fuimos a un acantilado en el mar a coger cangrejos.

Fuimos a casa de Ambika para que ella nos los cocinase. Por suerte su abuela no estaba. Se había ido de Maboombu unos días para visitar a unos familiares y hacer una ofrenda en un conocido templo hindú. Si nos hubiese visto hablando con su nieta, nos hubiese echado a palos y a gritos. No solo por nuestra indumentaria de guerrilleros, sino porque Arafat era musulmán, y yo, cristiano católico.

Ambika estaba exultante; muy contenta de que hubiésemos ido a verla. Le regalé el brazalete que había comprado para ella y que desde entonces lo había llevado guardado en el bolsillo de mi pechera. Por su parte, me regaló un colgante con una figura pequeña de madera en forma de catamarán.

Arafat, al notar nuestros sentimientos y ver aquel intercambio de regalos, se limitó a hacer a Ambika un guiño amistoso y cómplice, que hizo que me sonrojase de oreja a oreja. Ambos se rieron a carcajadas a mi costa.

Enfrente de la casa, Arafat se subió encima de una gran piedra. Ante nuestro asombro, se quitó la chaqueta, lanzándola teatralmente por el aire. Se desbarajustó el cabello, y apuntándome con el índice dijo:

—*That's for ya, my boy*!

Acto seguido se puso a cantar una canción que muchos años después volvería a oír, *Boys Keep Swinging*:

[…] Uncage the colours
Unfurl the flag
Luck just kissed you hello
When you're a boy
They'll never clone ya
You're always first on the line
When you're a boy
When you're a boy
You can buy a home of your own

When you're a boy
Learn to drive and everything
You'll get your share
When you're a boy [...]

Mientras escuchábamos a nuestro amigo cantar, sin entender ni siquiera una sola palabra de lo que decía en aquel extraño idioma, ella y yo cruzábamos las miradas e intercambiábamos sonrisas.

Los ojos negros de Ambika me miraban con simpatía. Un placentero bienestar me invadió. Fue como si toda mi vida hubiese estado esperando que tal cosa ocurriera, o como si al quedarme tan vacío de odios y rencores hacia mi padre y mi anterior vida en mi casa hubiera dejado harto espacio en mi interior para que Ambika lo ocupase.

Estaba enamorado.

—¿Os ha gustado? —preguntó Arafat con vehemencia.

Ambika se mostró encantada; le sonrió, ladeando suavemente la cabeza. Yo junté las manos y asentí. Escuchar aquella voz angelical surgiendo de un niño tan desaliñado y delgado era como un milagro. No había palabras suficientes para expresar lo mucho que me había gustado.

Ambika era una chica inteligente y justa; justa incluso con aquellos niños que más animadversión le demostraban por no tener más familia que a su abuela y ser de origen muy pobre, pues no había nada, incluidos el rechazo social, el rencor o la discriminación, que ella no supiera perdonar, e incluso llegaba a disculparse sin tener por qué hacerlo. Aún recuerdo su risa. Cada una de sus dulces sonrisas era como ver abierto en dos el mar Rojo por Moisés.

Quería que aquel día no tuviera fin, que durara para siempre, pero era consciente de que sería una tontería desear semejante cosa porque nada, ni siquiera la carne de cangrejo, podía lograr que aquello se hiciera realidad. Mientras hincaba el diente a la comida, con mis amigos sentados a mi lado, pensé que no podía haber mayor felicidad en este mundo.

De repente, Arafat se acordó de que se había dejado una granada en uno de los agujeros que hicimos en el río.

Le dijimos a Ambika que volveríamos en un máximo de media hora. Tras desenterrar la granada e iniciar el camino de regreso, una moto se nos cruzó, dio la vuelta con rapidez y volvió a nuestro encuentro.

El conductor del camión conducía y, detrás, sentado en el sillín, había otra persona.

—Estos son los chicos —dijo a su acompañante nada más acercarse a nosotros. Y señalándome, añadió—: Y este es el jefe,

llamado Sandokan. Pero aquel otro —añadió apuntando el índice a Arafat— es el que lanzó una granada y a punto estuvo de volar por los aires los vehículos.

—Yo soy Sivakumar —dijo el desconocido bajándose de un salto de la moto.

Era un hombre de mediana edad. Llevaba una barba muy negra y poblada, su pelo largo hasta los hombros era negrísimo y ondulado. No dejaba de sonreír, haciéndome pensar en ciertas imágenes sagradas que había visto en la iglesia de Maboombu.

—¿Y qué? Yo soy Sandokan —le contesté.

—Sois unos desgraciados —dijo señalándonos con el índice—. Voy a hablar de vosotros al jefe de los tigres, Charlie Anna.

Con su fusil Arafat empujó a Sivakumar y lo tiró al suelo; con rapidez yo di un paso hacia delante y pegué una patada a la motocicleta, cuyo conductor también cayó al suelo.

—¡Corre, Sandokan! —me gritó Arafat.

Nos adentramos en la selva perdiéndolos de vista.

* * *

Acabábamos de llegar al campamento cuando desde nuestra radio de control se escuchó:

—*Cuba número siete. Aquí Siria catorce. Cierro*.

—*Aquí Cuba número siete* —contestó Bobby Darling—.*Cierro*.

—*Se ordena la presencia en el campamento central a dos guerrilleros: Sandokan y su compañero algo más alto y delgado. Corto y cierro.*

Bobby Darling nos preguntó qué habíamos hecho. Le contamos lo recientemente sucedido con Sivakumar, y la extracción de arena de la playa.

—El comandante del campamento central se llama Charlie Anna —dijo Bobby Darling—. Es muy amigo mío. Pase lo que pase, no debéis protestar ni llevarle la contraria, ¿me habéis oído? No repliquéis a lo que os impongan como castigo. Quizá aquel hombre de negocios es una persona muy importante e influyente.

Se me hizo un nudo en la garganta porque hablaba asumiendo que algo terrible fuera a sucedernos. Pero, por más que yo le preguntase qué veía de malo en lo que habíamos hecho, él no dijo nada y me pidió que no le insistiese.



Somos perseguidos como animales que huyen de ser cazados

La violencia es como un pedrusco al borde de un barranco. Lo mejor es dejarlo donde está, no tocarlo, de lo contrario tan solo con un leve empujón se puede caer arrastrando rocas mayores por su camino. Llega un momento en el que esa piedra, que en un principio parecía que no podía causar daño ni molestia, se ha convertido en una avalancha que destruye todo a su paso.

Por el camino, Arafat y yo acordamos que debíamos insistir en que no habíamos hecho nada malo. Tan solo habíamos seguido las normas defendiendo a los pescadores contra la extracción ilegal de arena, ya que podía tener una repercusión negativa en la vida de aquellos habitantes.

De las veces que habíamos ido anteriormente al campamento central para recoger víveres, ninguno de nosotros había visto nunca a Charlie Anna. Cuando llegamos, unos niños soldados nos llevaron a su tienda. Nada más vernos, nos dijo que nos habíamos metido en un problema y que este tenía que resolverse inmediatamente y sin demora alguna.

Tenía unos cuarenta años. Era alto, corpulento y caminaba un poco inclinado hacia adelante. Tenía los ojos muy negros, ligeramente entornados, y en ellos se anidaban cosas extrañas e inquietantes, por lo que era mejor no asomarse a su interior. Si sus ojos ya eran fríos, su sonrisa parecía una mueca sarcástica y cruel.

—Pero nosotros no hemos hecho nada malo. Nosotros estábamos… —dijo Arafat con cierto tono inocente, dispuesto a comenzar a explicar todo lo sucedido según lo que acordamos durante el camino.

Charlie Anna, sin esperar a que Arafat continuase, le metió un bofetón tan fuerte que cayó de espaldas al suelo. Sangraba de la nariz. Tan pronto me agaché para ayudarlo, unos guerrilleros se interpusieron y nos quitaron las armas y el cinturón de municiones.

Nos metieron en un camión. Estábamos decepcionados y al mismo tiempo incrédulos. Sin embargo, inocentemente pensábamos que nos pedirían perdón una vez que supiesen la verdad de lo ocurrido. Cuando se diesen cuenta de lo equivocados que estaban, tal vez nos condecorarían o nos promoverían a un cargo con mayor responsabilidad e importancia.

Después de una media hora conduciendo por el interior de la selva llegamos a una fábrica abandonada y medio derruida.

Caminamos por su interior. Cuando nuestra vista se estaba familiarizando con aquella oscuridad, una voz desconocida y tenebrosa que producía un eco en el interior de aquella siniestra nave industrial, del mismo modo que un cirujano reduce una fractura con una maniobra precisa y decidida, dijo:

—¡No se acerquen más!

Pude divisar aquella misteriosa sombra que había hablado sentada en una enorme silla; a su lado, sin duda, reconocí la figura de Sivakumar y en el otro lado se encontraba el conductor del camión. También había otras personas más atrás.

Charlie Anna, desde la distancia, preguntó al misterioso hombre si nosotros éramos los responsables del ataque a su hermano.

Yo miré a Arafat encogiéndome de hombros. ¿Quién sería esa persona? ¿Qué importancia tendría? Pensé ingenuamente que Charlie Anna le metería una paliza y les amenazaría con matarles si se acercaban a alguna playa cercana para extraer ilegalmente arena.

Pero ocurrió todo lo contrario.

El misterioso hombre, haciendo un gesto con la mano, ordenó a Sivakumar que se cerciorase. En aquel momento, tuve una sensación acerca de aquel hombre escondido en la oscuridad de aquella nave industrial abandonada, en medio de aquel lugar de la selva dejado de la mano de Dios, que me produjo miedo y al mismo tiempo frío.

—Mentir requiere mucha imaginación —dijo Sivakumar aproximándose—, y yo de eso tengo muy poco. Lo que sí tengo es una excelente memoria.

—¿Qué pasa?, ¿ahora quieres mostrarte valiente delante de tu amigo? —le dijo Arafat de modo sarcástico.

—Je, je, je… —rio entre dientes Sivakumar.

En cuanto se aproximó, agarró la oreja de Arafat y se la dobló tan fuerte que mi amigo acabó arrodillado en el suelo.

—Sí, estos dos son los granujas que intentaron volar el tractor y el camión —dijo dirigiéndose hacia el misterioso hombre—. Según me dijo mi empleado, les hicieron tirar la arena del remolque apuntándoles con sus armas e incluso les lanzaron una granada para asustarlos que casi alcanza los vehículos. No solo eso, sino que les obligaron a pagarles trescientas rupias.

Yo me adelanté con la intención de agarrarle el brazo para soltar a mi amigo, pero Charlie Anna me golpeó en las piernas e inmediatamente en la espalda. Caí de bruces contra el suelo.

—Y este, que se hace llamar con el nombre de Sandokan, por lo visto se comportaba como el líder —añadió Sivakumar señalándome con el dedo.

Los guerrilleros tigres me levantaron.

Charlie Anna me dijo que me disculpase ante el misterioso hombre.

—No, no le debo disculpas a nadie —resoplé entre dientes, muy seguro de mí mismo y meneando la cabeza sin disimular mi enojo—. Hicimos lo correcto para ayudar a los pescadores. Si continúan extrayendo la arena de aquella zona, el agua del mar…

No pude acabar.

—Cierra la boca, imbécil —me dijo con un tono siniestro—. He intentado ayudarte, pero te has sentenciado. Eres un perro y como tal morirás. No tienes ni idea de con quién estás hablando.

Me dejó petrificado. ¿Por qué me hablaba así? ¿Qué mayor importancia tenían los intereses de aquel hombre que el de los tigres protegiendo a los pescadores?

—¡No! ¡No me disculparé! —grité histérico—. ¡Nunca lo haré!

El misterioso hombre se levantó y dijo que no quería saber lo que sucediese con nosotros, pero que nuestra desaparición no tenía que estar relacionada con él ni con sus intereses.

Dar aquella consigna a guerrilleros tigres era como echarles carne sangrante a los perros.

Volvieron a meternos en el camión.

Cuando íbamos por el tortuoso camino de tierra y doblábamos una curva, Arafat me hizo un gesto con la cabeza. Aprovechando la reducción de la velocidad pegó un codazo en el estómago a uno de los guerrilleros que nos custodiaban y saltó fuera del vehículo. Acto seguido, instintivamente, yo hice lo mismo. Ambos nos adentramos en la selva.

El camión paró en seco. Un tigre saltó detrás de nosotros y disparó con su ametralladora, pero no sirvió de nada. Habíamos conseguido huir, lo cual ya de por sí era una sentencia de muerte, según las leyes de los tigres.

Existe solo una cosa que pueda volar más lejos que el miedo que se apodera de un niño abandonado a su suerte, y esa cosa es el miedo de dos niños que, sin querer decir palabra, se transmiten ese pánico con cada gesto y con cada mirada. Pero ¿por qué? ¿Qué delito habíamos cometido a nuestra edad para merecernos ser ejecutados con un tiro en la cabeza? ¡Tan solo éramos unos niños!

Al cabo de una hora corriendo por la selva, tuvimos que

renunciar a seguir, confiando en que, con la luz del nuevo día, las cosas fueran más fáciles.

Teníamos el cuerpo enfangado y los mosquitos comenzaron a picarnos de una forma como nunca habíamos experimentado. Nos dábamos bofetadas y no dejábamos de dar violentos aspavientos.

Nos planteamos, con la seriedad de dos adultos, un futuro en el que hasta aquel momento jamás habíamos pensado, probablemente porque nunca antes imaginamos que llegara a presentarse.

—Nos van a matar, Sandokan —me dijo Arafat jadeando.

Por primera vez vi miedo en su rostro.

—No, si antes conseguimos huir —dije tomando aliento.

—¿Huir? ¿Adónde? En un lado está el ejército —dijo señalando con el brazo hacia una dirección— y en aquel otro —añadió apuntando hacia el lado opuesto— están los tigres.

—No digo huir fuera de la isla, quiero decir salir de aquí, de esta parte de la selva, y explicar a Prabhakaram todo lo que ha sucedido. Contarle que Charlie Anna está actuando en contra de los tigres ayudando a un hombre de negocios a vender arena de las playas donde viven los pescadores. Quizá nadie sepa lo que está sucediendo.

—Sí, es una opción —dijo Arafat levantándose del suelo—. Pero antes tenemos que evitar que nos maten, Sandokan. La muerte nos persigue.

—Mira, haremos una cosa —añadí poniendo mi brazo sobre sus hombros—. Iremos al campamento base y le explicaremos lo sucedido a Bobby Darling. Él nos aconsejará y seguro que encontrará la mejor solución para resolver este malentendido. Al fin y al cabo estamos bajo su mando.

—No sé, Sandokan… —dijo Arafat en un tono que evidenciaba que de un momento a otro rompería a llorar—. Bobby Darling nos dijo que él y Charlie Anna eran muy amigos, ¿te acuerdas?

Oímos ladridos de un perro.

—¡Trotski! —grité mostrando alegría.

—Se habrá soltado de la cadena.

—Vamos a esperar aquí. Él nos encontrará y entonces se lo llevaremos a Bobby Darling y le explicaremos lo sucedido. Bobby Darling siempre ha sido muy bueno con nosotros. Él lo entenderá todo y nos ayudará a encontrar una solución.

Arafat se puso dos dedos dentro de la boca, tomó aire y produjo un silbido que retumbó por la espesa selva. A los pocos minutos Trotski apareció moviendo su pequeña cola y ladrando de alegría al haber dado con nosotros.

—¡Trotski, calla! —dije mientras le acariciaba.

El perro no paraba de saltar a mi alrededor.

—Vámonos, Sandokan —dijo con apremio Arafat.

Seguimos caminando por la selva en dirección a nuestro campamento base. Sin embargo, Trotski no dejaba de ladrar. Por mucho que continuaba llamándole la atención para que se callase, no me obedecía.

—Por Dios, Sandokan, haz que se calle el perro —dijo Arafat—. Sus ladridos se deben de oír a mucha distancia de aquí. Aún nos queda un largo camino.

—Se ha vuelto loco, no me hace caso…

Oímos gritos detrás de nosotros y otra vez sentimos pánico.

—Lástima que no tengamos trementina o amoniaco para hacer que el perro pierda la pista, como hice una vez con los pastores belgas del ejército… —comentó Arafat ciertamente preocupado e intentando buscar una solución—. Si tuviésemos una cuerda lo ataríamos… Sandokan, este perro nos va a delatar si no se calla.

—Pero podemos quitarnos nuestras camisas, y uniéndolas, lo podemos dejar bien atado en un árbol —dije con nerviosismo—. Ellos lo encontrarán y…

A nuestra espalda oímos voces de guerrilleros llamándose entre ellos.

—¡Maldita sea! ¡Corre! ¡Están detrás de nosotros, Sandokan!

Comenzamos a correr de nuevo, a saltar arbustos y troncos. Corríamos, saltábamos, subíamos colinas, las bajábamos... Nos quedamos sin aliento. Era una persecución, una cacería humana.

Nuestra única posibilidad de seguir vivos era alejarnos de allí todo lo posible, seguir hacia delante, porque nuestra muerte con una bala en la cabeza estaba atrás.

Nos detuvimos a descansar. Pero Trotski ladraba aún con más fuerza, agitaba su pequeño rabo cortado y correteaba a mi alrededor como si yo fuera su juguete nuevo. No entendía por qué razón seguía ladrando.

—Dile a Trotski que se marche, ¡por Dios, Sandokan!

—Está contento. Creo que se piensa que estamos jugando con él, ¿no?

De repente escuchamos a Bobby Darling llamar a su perro, y su nombre se multiplicó entre los arboles como gotas sobre una lámina de agua. «¡Trotski! ¡Trotski! ¡Trotski!». El perro se movía a nuestro alrededor y ladraba con un entusiasmo ensordecedor al escuchar las voces de su amo.

—¿Has oído? —dije a Arafat—. Es Bobby Darling, ha salido a buscarnos.

—¡Estamos aquí! —gritó Arafat hacia donde dedujo que procedían las voces—. ¡Estamos aquí!

Tras caminar en dirección opuesta entre la frondosa vegetación, a escasos metros vimos a Bobby Darling.

Trotski, con agitación, salió corriendo a su encuentro.

—Bobby Darling, no te puedes imaginar lo que nos ha sucedido… —comencé a decir a unos metros de distancia.

Me quedé mudo cuando, de repente, detrás de nuestro jefe, vi que surgía la figura de Charlie Anna con un rifle. Apostó el arma sobre el hombro de Bobby Darling y me apuntó. Me quedé paralizado.

Sonó un disparo y el proyectil alcanzó en el tronco de un árbol a muy escasos centímetros de mi cabeza.

Arafat, sin más dilación, me agarró del brazo. Corrimos de nuevo como animales que huyen de ser cazados. Yo me protegía el rostro de los latigazos que me daban las ramas de los árboles.

Trotski de nuevo se encontraba ladrando y corriendo a nuestro lado.

—¡Fuera Trotski, fuera! —gritaba yo con desesperación.

—¡Vete de aquí! —profería Arafat con terror en su rostro y llorando a raudales.

Pero no nos hacía caso, seguía corriendo y ladrando.

Una ráfaga de disparos sobrevoló nuestras cabezas rompiendo la maleza a nuestro alrededor.

—¡Por Dios, Sandokan, dile que se marche! —gritó Arafat mientras corría pegado a mí. Súbitamente me agarró del brazo y con un movimiento brusco cambió de dirección para internarnos en la frondosa maleza—. Conozco un atajo para llegar al otro lado de la selva. Salvaremos unos minutos.

Faltos de aire llegamos al río que cruzaba la selva. Nos tumbamos en el suelo intentando respirar.

Trotski ladraba y ladraba.

—¡Mátalo! —gritó Arafat con el rostro surcado de lágrimas—. Por favor, ¡mátalo!

—¿Qué dices? No podemos matarlo —repliqué deshaciéndome en lágrimas.

—Nos está delatando Sandokan, ¿es que no te das cuenta?

Cogió un tronco del suelo, lo levantó e hizo ademán de golpear al perro.

—¡No! No le pegues, por favor —dije sosteniéndole el brazo—. Él no tiene culpa alguna.

—Sandokan, el perro no tiene ninguna simpatía por ninguno de nosotros , solo por su amo.

Oímos gritos.

Estaban a escasa distancia.

Alertados por los ladridos de Trotski nos darían caza en cuestión de segundos.

—Tenemos que cruzar el río —dijo Arafat metiéndose de inmediato en el agua.

Me adentré en el agua, y los ladridos de Trotski se volvieron más violentos. Ahora me enseñaba los dientes. Era como si quisiese evitar que huyese. Cuando el agua me llegaba hasta la cadera sentí un tirón violento en la ropa. Me giré presa del pánico. Con toda la fuerza de su mordedura, me había agarrado la chaqueta y me empujaba de vuelta hacia la orilla. No podía continuar.

—¡Arafat, ayúdame! —grité a mi amigo, que ya se encontraba casi al otro lado.

—¡Pégale, pégale! —me ordenó, comenzando a nadar con desesperación hacia mi dirección.

Vi a lo lejos a un grupo de guerrilleros.

Estábamos cazados.

Me consideraba a mí mismo demasiado duro como para llorar delante de los demás. Para mí, el llanto era un signo de debilidad. Al ser nombrado miembro de los tigres había jurado que nadie conseguiría hacerme llorar. Pero en aquellos momentos comencé a llorar a lágrima viva, como jamás lo había hecho. El pánico había podido conmigo.

—¡Pégale, Sandokan! —gritó Arafat aproximándose con rapidez —. ¡Están aquí!

—¡Suéltame, Trotski! ¡Suéltame, por favor! —imploraba inútilmente mientras lloraba.

El perro no cesaba de gruñir, empeñado en arrastrarme de vuelta a la orilla.

—¡Sandokan, pégale, pégale! —seguía gritándome mi amigo mientras chapoteaba en el agua con frenesí para llegar cuanto antes a socorrerme.

Saber que iban a matarme me llenó la sangre de violencia para intentar evitarlo. Con el puño cerrado golpeé la cabeza de Trotski, pero él seguía agarrándome aún con más determinación. Volví a pegarle y a pegarle repetidamente, sin medida.

Nada hay que pese más que el miedo. Nada en absoluto. El miedo es como una cruz o una losa que te rompe el espinazo, y que te nubla las ideas impidiéndote reaccionar como siempre has esperado de ti mismo.

—¡Déjame, déjame! —gritaba al perro mientras seguía golpeándolo con el puño cerrado una y otra vez.

No era consciente de la brutalidad con la que le pegaba.

—Ahógalo, ahógalo —me dijo Arafat llegando junto a mí.

Con las dos manos lo agarré del cuello y lo hundí en el agua. El animal hacía fuerza por salir fuera aún sin soltar mi chaqueta. Pero con el peso de Arafat y el mío conseguimos hundirlo más abajo hasta que sentimos que su fuerza había cesado.

Su cuerpo salió a la superficie flotando inerte en el agua.

Lo habíamos matado.

Arafat me cogió del cuello de la chaqueta y comenzó a empujarme hacia adelante.

Cuando cruzamos a nado, me di la vuelta y vi el cuerpo flotante de Trotski siendo empujado por la corriente del río.

—Olvídate ya del perro, vámonos —dijo Arafat tomando aliento tras el esfuerzo físico.

Comenzamos a correr como si estuviésemos borrachos.

Los guerrilleros ya estaban cruzando el río, y a punto estaban de darnos alcance. Habrían decidido capturarnos con vida, porque estábamos en su alcance de tiro.

Nos movíamos a trompicones. Las pesadas y gruesas botas estaban completamente llenas de agua haciendo más arduo nuestro esfuerzo.

Oímos a nuestra espalda que Bobby Darling, de forma histérica, comenzaba a llamar a Trotski inútilmente.

Yo no podía continuar. Estaba inerte, alelado. Arafat tiraba de la manga de mi camisa. A su lado, yo me movía como un pelele. Él intento subirme a sus hombros, pero caímos los dos al suelo. Entonces, sentí que se me aflojaba el cuerpo, como una profunda debilidad. Mi visión se fue nublando y el sonido se fue desvaneciendo. Perdí el conocimiento.



Encuentro por mí mismo el estrellado carro de la Osa Mayor

Dicen que muerto el perro se acabó la rabia, pero en nuestro caso no fue así. Los tigres eran una rabia que sobrevive a todos los perros, porque aquellos adultos que en su día idolatrábamos la necesitaban. Bobby Darling jamás nos perdonaría lo que habíamos hecho.

Me desperté con la impresión de que un inmenso animal me devoraba, una sensación angustiosa. Sudaba frio, empapado de la humedad de la selva. Ya era de día y una luz verdosa daba a todo lo que había a mi alrededor un aspecto harto misterioso.

Una vez que recobré el sentido, supe que me encontraba en nuestro campamento base.

Me levanté de un salto, dispuesto a preguntar qué es lo que había pasado.

Me giré para ver dónde estaba Arafat, pero no lo vi.

Stalin se acercó y me escupió a la cara.

—Pagarás un día por lo que has hecho —me espetó de tal forma como nunca antes le había oído hablar—. Eres un traidor.

Me limpié la cara con la sucia manga de mi camisa. Me incliné y vi a Mao y Dominic en la distancia. No me prestaron ayuda. En sus caras estaba el rostro de la tristeza. Ellos habían sido mis camaradas y no comprendía por qué ahora estaban en mi contra.

Incrédulo ante lo que sucedía a mi alrededor, me acerqué a mis compañeros, pero estos me dieron la espalda. A un lado vi el radiocasete de Arafat, roto, hecho pedazos; todos sus casetes de música estaban tirados por el suelo, partidos en trozos; las cintas magnéticas las habían desgarrado y dejado allí, arremolinadas en el suelo.

Antes de que pudiese preguntar a mis compañeros sobre lo sucedido, Bobby Darling salió de su tienda tremendamente enfadado, me agarró el colgante que contenía la capsula de cianuro, tiró de ella y se la guardó en el bolsillo de su pechera. Luego me arrancó el

colgante que me regaló en su día Ambika; observó el pequeño catamarán de madera con una mirada de indiferencia.

—Sandokan —dijo con un tono de voz grave—. Quedas libre. Puedes irte a casa. Hemos encontrado a Arafat muerto, se ahogó en la playa intentando huir.

El silencio nos embargó a todos, se hizo eterno.

Me tiró sobre el pecho el colgante con la figura del catamarán, y añadió de forma tajante:

—Ya no eres parte de los tigres. Si te vemos en alguna base de vigilancia o en algún campo de entrenamiento o en algún lugar relacionado con los tigres o hablando sobre nosotros, te pegaremos un tiro —me señaló con el índice—. Esto no es oficial. Es una excepción. Lo hago por la amistad que nos unía. Si no hubiese sido así ya sabes que estarías muerto.

—¡Largo de aquí! —me gritó Stalin—. ¡Traidor!

Mientras corría huyendo de aquella escena alucinante, que nunca pensé que pudiera darse, lloraba a mares. Me movía por el interior de la selva, sin saber adónde iba, con los ojos arrasados en lágrimas. Los acontecimientos se habían descabalado.

Corría, me ponía a andar, volvía a correr hasta la extenuación, otra vez echaba a andar y era incapaz de pensar. Fue pasando el tiempo, los minutos y las horas. Cada dos por tres rompía a llorar desconsoladamente. Me dolía tanto la cabeza que ni sabía dónde estaba, solo me acordaba de que había estado corriendo durante mucho tiempo. Cuando por fin conseguí tranquilizarme era ya mediodía.

Cuando se es niño, el padre es aquel que te da seguridad y te protege. Aunque tan solo fuese unos cuantos años mayor que yo, a Bobby Darling lo había considerado mi protector, mi mentor. Había delegado en un adulto la obligación de protegerme y ahora me sentía huérfano de nuevo, o tal vez debiera decir que por primera vez me sentía huérfano porque había dejado de ser miembro de los tigres, de jugar con un AK-47, y me encontraba en aquel momento como un niño de verdad, inseguro, valiéndome por mí mismo.

Seguí vagando por la selva como una barca a la deriva, sin rumbo, espoleada por las olas. Renovaba en mi mente los primeros días de mi vida como un tigre tamil con el latente y no tan lejano sabor de la amistad de mis camaradas. De lo mucho que lloré me dolía tanto la cabeza que me tumbé a descansar. No era consciente del lugar donde me encontraba.

Me quedé acurrucado bajo un árbol. «¿Qué estoy haciendo yo aquí?», me preguntaba. Echaba de menos a Arafat. «¿Cómo habrían sido sus últimos momentos antes de encontrar la muerte?». En aquella difícil situación su ausencia parecía tomar cuerpo y me entristecía

pensar que yo iba a morir sin tenerlo a mi lado.

Oí que alguien se acercaba.

Me levanté de un salto, presa del pánico.

—Tranquilo, Sandokan —espetó de repente Dominic levantando su mano—. Soy yo, tu amigo Dominic.

Aun así, yo continuaba asustado, su arma la tenía colocada en bandolera, tal y como nos habían enseñado antes de posición de disparo, y el seguro, de un vistazo, supe que estaba quitado. Me iba a disparar.

—No me pongas esa cara.

—¿A qué has venido? —pregunté con cierto miedo en el rostro y dando unos pasos hacia atrás—. Me has estado siguiendo.

—Les he dicho que me iba al río a lavarme —comentó, sentándose en el suelo contra el tronco de un árbol y poniendo el arma en una extraña posición entre sus piernas—. Sabía que estarías por esta zona.

Aunque mostraba un aspecto triste, el tono de su voz sonaba como antes, cuando éramos verdaderos camaradas. De repente me entraron ganas de confesarle todo lo sucedido.

Me senté también yo en el suelo, pero a cierta distancia.

—Mira, Dominic. Nunca, jamás me había imaginado que todo esto fuera a suceder. No entiendo nada. No comprendo cómo las cosas se han torcido de tal manera, de un día para otro, contra nosotros. Hemos actuado según las normas que nos han enseñado. Seguro que te acuerdas de cuando Arafat y yo estábamos encargados de la seguridad del campamento, ¡cuando aquellos pescadores vinieron a pedirnos que les ayudáramos…! Bueno, allí había unos hombres que extraían la arena de la playa y estaban poniendo en peligro el pueblo de los pescadores porque el agua del mar cuando subiese la marea… Arafat y yo…

Miré a mi antiguo camarada y amigo, y lo noté absorto. No me estaba prestando atención a lo que le estaba diciendo. En aquel momento me di cuenta de que tenía los ojos enrojecidos de tal forma como un niño los tiene al acabar de llorar durante mucho tiempo.

—Dominic, ¿me estás escuchando?

—Matamos a Arafat —dijo en voz baja y mirando al suelo.

—¿Qué? ¿Quién?

—Nosotros, yo… —dijo mirándome a la cara—. Lo fusilamos en la selva, mientras tú estabas inconsciente en el campamento.

—¡No! —grité poniéndome de pie de un salto—. ¿Por qué?

—Nos lo ordenó Bobby Darling. Arafat le confesó que había matado a Trotski y él le metió una paliza que le destrozó la cara.

—No, no fue él, fui yo.

Dominic no se inmutó. Siguió con la mirada perdida.

—Eso qué más da ahora. Si lo hubieses visto no lo habrías reconocido. Charlie Anna y sus guerrilleros querían matarlo de un disparo y acabar de una vez, pero nuestro jefe dijo que no, que se merecía lo peor. Le arrancó la piel de la cara con su cuchillo. Arafat, atado a un árbol, no dejaba de gritar. Le caía sangre por todas partes, y él no dejaba de decir una y otra vez que había matado a Trotski. La piel le caía a tiras, estaba irreconocible, lleno de golpes, cuchilladas, huesos dislocados… Bobby Darling nos hizo formar a Stalin, a Mao y a mí, y nos ordenó dispararle.

Me puse de rodillas. Las lágrimas me cubrían el rostro. Era incapaz de decir nada. En cambio, Dominic se comportaba de una manera extraña. Hablaba con una serenidad inusual.

—No quiero volver al campamento base, Sandokan —me dijo con un tono abatido—. Por eso he querido buscarte y morir contigo.

Di unos pasos hacia atrás. «Ya está, me va a matar», pensé.

—Sí, este es mi sitio —dijo dando un respingo mientras observaba la vegetación a nuestro alrededor—, intercediendo junto a la persona con vida que verdaderamente quiero, tú. Cuando vea a Arafat le pediré perdón, y jugaremos juntos… Dios no puede ser malo y castigarme, me perdonará y seré feliz en el reino de los cielos.

—No sé qué estás diciendo. —Estaba totalmente apesadumbrado, sentí agitarse mi sangre y, alargando mi mano hacia él, dije—: No te entiendo Dominic, por Dios… ¡Dominic, no me mates!

—¿Sabes? Ahora mismo me acuerdo de lo que me dijo una vez Arafat cuando al volver de una misión observaba mi tobillo hinchado por haber corrido tanto: «Dominic, la suerte es verdaderamente caprichosa; te da una bofetada, te escupe en la cara y no sabes por qué». Tan solo yo le dije aprobando: «¡Ya!».

Alzó la vista y me miró fijamente; sus ojos, ya en absoluto infantiles, eran duros como el ónice. Un bufido de desesperación, o de fatalidad, salió de sus labios.

Alzó el arma. Cuando pensé que me disparaba, reculó con rapidez el fusil, poniéndose el cañón en la boca y disparó. Cayó al suelo.

Me quedé inmóvil, absorto. Un chorro de sangre le borboteaba por el cráneo. Sus ojos quedaron abiertos mirando hacia un lado.

Una arcada me retorció el vientre y vomité.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Quizá me quedé durante muchos minutos contemplando el cuerpo de mi amigo.

A gatas fui lentamente hacia él y palpé su cuerpo con mi mano.

Unas voces me volvieron a la realidad.

—¡Dominic!

—¡Dominic!

Eran las voces de Mao y Stalin.

Ambos surgieron de entre la maleza.

Stalin alzó su arma y me apuntó con su AK-47.

—¡No! —gritó Mao—. No le mates.

Los dos se giraron y vieron el cuerpo sin vida de Dominic.

—¡Oh, no…! —exclamó Mao agachándose de inmediato para mirarlo de cerca.

—¡Lárgate! —me gritó Stalin evitando ver a su camarada muerto —. Tú ya no eres de los nuestros. Ya no eres un tigre —su voz comenzó a quebrarse. Me pareció que iba a echarse a llorar, sin embargo, no dejaba de apuntarme con su arma.— ¡Largo! ¡Fuera de aquí!

Salí corriendo hasta llegar cerca de la cascada donde solíamos bañarnos. Me escondí entre unas grandes piedras. Estaba agotado. La imagen de Dominic suicidándose delante de mí no se me borraba. Había sido horrible, brutal; nunca había visto nada igual hasta entonces. Era incapaz de asimilar lo sucedido, sentí la necesidad de deshacerme en lágrimas. Miré al cielo y rompí a llorar como un san Sebastián en su martirio de saetas.

Hasta aquel momento mi desgracia la había visto como una simple circunstancia de la vida que me había tocado vivir, sin experimentar el más mínimo sentido de rebeldía por ello, pero creo que debió de ser aquel día cuando me di cuenta de que no debía dejar que los tigres sentenciaran tan fácilmente mi fin. Aunque tampoco iba a rendirme como había hecho Dominic.

Arafat era alegre, jovial y bueno; amigo de sus amigos. Lo quería como a un hermano. Nunca pretendí comparar a Michael con Arafat. Su presencia era como la que experimentaba con Ambika: el simple hecho de estar con ella, me llenaba de gozo. Su siempre buen estado de ánimo y su sonrisa que nunca perdía me hacían contagiarme de ese espíritu de vida. Como Ambika, Arafat nunca tuvo hacia mí una palabra que no fuera de cariño, de ánimo o de consuelo, no le oí un solo reproche por más que me equivocara.

Dominic debió de sentirse culpable por haber apretado el gatillo y haber asesinado, junto a Mao y Stalin, a Arafat. No tenía familia, y debió de encontrarse tremendamente solo, sin consuelo. Por eso tomó la decisión de suicidarse en vez de que le matasen los tigres si decidía escapar del campamento base.

Cuando parece que nos han quitado todo, el impulso más inmediato es el de desaparecer también. Yo lo vi en niños de mi edad. Me daba la impresión de que intentaban lanzar al mundo opresor una acusación: la de haberles forzado a quitarse la vida. Desde luego, yo había pensado que el suicidio era una opción, claro que lo pensé en su momento, pero no estaba tan psíquicamente dañado, porque era consciente de que el suicidio era una insensatez. Si lo cometía, ¿a

quién iba a acusar de haberme empujado a quitarme la vida? ¿A mi padre? ¿A Bobby Darling? ¿A Charlie Anna? ¿A los tigres, en general? Yo no me encontraba en la misma situación que Dominic; tenía una familia que podía sustentarme, y tenía a Ambika. Si Juana de Arco había sido capaz de triunfar, guerrear, ser capturada y posteriormente liberada de prisión y volver a lanzarse de lleno a la batalla para ahuyentar a los ingleses blandiendo en alto su espada y finalmente morir, siendo su cuerpo exaltado y llorado por quien la había seguido… Yo no iba a ser menos. Por tanto, tenía que ser yo quien, agarrando las riendas de mi destino, decidiera lo que debía hacer.

Pensando de tal manera, me invadió una sensación desusada de relajada placidez. En aquel momento pensé que había encontrado la razón suprema de mi pervivencia en el mundo: decir la verdad sobre lo acontecido, hablar sobre la injusticia cometida por unos elementos corruptos dentro de los tigres.

Me levanté de mi cobijo y comencé a andar durante horas, sin saber adónde iba. Después de haber caminado mucho, al anochecer, me detuve al margen de un campo. Me acordé de que yendo hacia la playa de Maboombu tenía el viento de cara, esto es, hacia el este, de manera que, cuanto más siguiese caminando con el viento a la espalda, más cercano al territorio del ejército cingalés estaría. Pero una sombra de duda me invadió: «¿Y si el viento hubiese cambiado de dirección?». La desesperación se apoderó de mí. Estaba perdido en aquel océano de oscuridad, cuyas oleadas parecían amenazarme por todas partes.

«Para sobrevivir, Sandokan, en la selva hay que ser cauteloso», recordé que una vez me aconsejó Arafat. «¿Qué quieres decir?», pregunté. «Que hay que evitar los riesgos», me contestó.

Creí escuchar ruidos de motores de vehículos. Sin duda, me había adentrado en territorio enemigo. Si seguía caminando por esa zona, recibiría una bala en el acto, o quizá algo mucho peor, me torturarían si me capturaban con vida.

Me acordé de lo que me dijo en su día Arafat sobre las estrellas. Me tumbé en el suelo y alcé los ojos al cielo. Desde aquel campo llano, sin árboles, vi los grandes nubarrones que lo cubrían casi por completo. Pero por arte de magia, entre ellos, en un espacio libre, vi el estrellado carro de la Osa Mayor. De súbito me levanté. Era precioso. Lo más maravilloso que jamás había visto. Unas palabras vinieron a mis labios: «¡Arafat, eres tú!». Y lloré de alegría, completamente convencido de que era mi amigo quien me guiaba. Él estaba allí arriba. Era real. Ahora los siete astros brillaban sobre el fondo oscuro del firmamento. Miré aquel espectáculo conteniendo la respiración con el improvisado gozo que parecía querer romperme el pecho. Durante minutos permanecí inmóvil, sumergido en la contemplación

de aquella constelación.

Comencé a caminar con cautela en la oscuridad sin hacer ruido. Dejé a mi izquierda las estrellas, y en el mismo instante sentí soplar el viento en la cara. Era, pues, exacto: iba de cara al este. Las palabras de Arafat volvían a mi mente claras y consoladoras: «Deberías aprender, Sandokan. Si alguna vez te pierdes en la selva, puedes salir a un campo al raso o subirte a un árbol, y mirando el cielo te orientarías para llegar a salvo a tu destino».

Iba alternando descansos y caminatas. Cuando presentía que iba por un lugar equivocado, levantaba la cabeza y clavaba los ojos en la Osa Mayor. Así, instintivamente, conseguí aproximarme a Maboombu.

Ya agotado, me tumbé a dormir debajo de un árbol; pero antes, sonreí a las estrellas y me pareció que sus resplandecientes ojos, maravillosamente irradiantes, me sonreían también.

Cuando desperté, ya había amanecido.

Comencé a vagabundear sin rumbo. Aún no era consciente de que la libertad implicaba soledad. Con el transcurso del tiempo supe que cuanto más libre era, más creciente era mi soledad, que se convertía en extravío.

Con frecuencia escuchaba a mis compañeros reclutas durante nuestro entrenamiento preguntar a nuestros superiores: «¿Por qué la vida es tan dura en Sri Lanka?». Y siempre daban la misma respuesta, que también le oí decir en su día a Bobby Darling: «Bueno… es *algo* difícil ahora, pero que no te quepa duda de que estamos luchando por un mañana mejor». Y los niños como yo nos lo creíamos, convencidos de que juntos estábamos construyendo un futuro mejor. En otras ocasiones algún adulto argumentaba: «Nos sacrificamos hoy por las victorias del mañana».

Había momentos en los que nos sentíamos algo preocupados, e incluso nos entraba el miedo, como al oír ciertas habladurías que corrían de boca en boca, por ejemplo cuando escuchábamos qué era lo que verdaderamente hacían nuestros propios superiores cuando sorprendían a un niño intentando escapar; o cuando veíamos a compañeros amputándose miembros de su cuerpo para que les diesen de baja y los llevasen de vuelta con sus familias; o cuando veíamos el cuerpo de un niño colgando de una tubería o de un árbol con la mirada ausente y la cara de color violáceo.

Muchos de los cuerpos los habían arrojado a grandes fosas comunes, cubriéndolos con el follaje de la selva. Lo habían hecho para tener la seguridad de que la fechoría no sería descubierta, porque los muertos no hablarían. «A vosotros no os corresponde pensar —recuerdo que nos dijo un instructor—. Ciertas personas toman las decisiones por vosotros. Obedecer las órdenes, es vuestro principal cometido».

Un día, el cocinero, mientras yo comía en la cantina, se me acercó y me dijo que el cien por cien de los niños que se ahorcaban, en el preciso momento en que no encontraban apoyo en sus pies, se arrepentían y morían agonizando intentando salvarse en vano moviendo los pies de una forma espantosamente violenta. Sobre todos estos aspectos negativos, nuestros superiores, conscientes de nuestro conocimiento, nos persuadían argumentando que se trataba de «desviaciones» o «decisiones erróneas individuales» por las que optaban los más débiles de mente, y que verdaderamente nosotros, los fuertes y astutos, estábamos en el camino correcto hacia días mejores. No poco tiempo después pude descubrir la hipocresía de todo esto.

Sumido en estos pensamientos, seguía sin decidir adónde ir, hasta que pensé en ir a casa de mi tía Renuka. Esa era la decisión más prudente, pensé.



La sonrisa de Ambika valía más que una vida

Tras contarle lo sucedido a mi tía Renuka, le dije que tenía pensado escribir una carta al líder supremo de los tigres, llamado Prabhakaram, y explicarle cómo me había tratado Charlie Anna, la injusticia con los pescadores, y cómo unos hombres de negocios estaban sacando arena de la playa, enriqueciéndose así a costa de pobres pescadores, con el consentimiento del campamento central de los tigres y de mi campamento base, liderado por Bobby Darling. Además, le narraría también los hechos dramáticos acontecidos con mis compañeros Arafat y Dominic. Todo lo ocurrido era una gran equivocación y un grave error por el que los culpables pagarían tarde o temprano.

Mi tía Renuka me escuchaba en silencio mientras me ponía una pasta hecha con cúrcuma sobre las heridas que tenía en los brazos y en el rostro. Cuando terminó su tratamiento, dijo:

—David, debes comprender que los tigres tan solo alcanzan el poder mediante violencia. Solo gracias a ella. Los empresarios la emplean, los pequeños dueños de las tiendas en nuestro pueblo de Maboombu la sufren; los abogados viven a su costa; los jueces y los periodistas en Colombo mueren por ella; los policías y los militares cingaleses la han convertido en su oficio contra nuestra comunidad tamil. Pero los jefes de los tigres, David, ten por seguro que ellos la adoran —me puso su brazo alrededor de los hombros. Yo me quedé mirándola. Había algo en sus ojos, una especie de ansiedad angustiosa que nunca había visto en ella—. David, estoy convencida de que el líder de los tigres, ese obeso Prabhakaram, no es menos que ese Charlie Anna o Bobby Darling. Él sabe lo que sucede. No es tonto. ¿Tú te crees que es tan ingenuo que no sabe lo que hacen y permiten los altos miembros de su guerrilla? Él mima a esas personas que explotan a los pescadores, porque si no, ¿de dónde te crees que sacan los tigres las armas rusas que os dan? —Se levantó, fue a la cocina, volvió con un vaso de té fuerte con jengibre para mí, y continuó—: Hombres de

negocios anónimos como esa persona misteriosa, en aquella nave industrial abandonada en medio de la selva que me has contado, son los que financian a los tigres. ¿Tú te crees que la lucha armada de los tigres beneficia a esos pescadores a los que un misterioso hombre de negocios les quita la arena? ¡Un cuerno! Aquí cada uno va a lo suyo, querido sobrino. *Beee, beee, beee*. —Comenzó a lanzar balidos como una oveja mientras caminaba cómicamente por la habitación—. Esto es lo que quieren hacer con los niños soldados como tú, ¡borregos!

»¡Escúchame! —me ordenó con aspereza—.Yo he conocido a hombres de todas partes, no solo de aquí de Sri Lanka. Por ejemplo, un indio cristiano se ríe y se burla de las prácticas religiosas de un indio hindú; este último se mofa de los indios musulmanes por no ser vegetarianos y tener muchos hijos. El indio del norte se burla de los del sur porque según él son más negros de piel y sucios. El indio del oeste se ríe de la forma de comer con las manos de los del este. En Chennai, desprecian a los inmigrantes de Kerala porque argumentan que hacen negocios por la ciudad mediante artimañas porque allí, en Kerala, llueve todo el día y no crecen más que palmeras. Y según mi experiencia, querido David, el del norte ves que te va a timar, que te engaña de un momento a otro, pero los del sur, al igual que aquí, en Sri Lanka, todos muestran una cara buena…, simpática… y ni ves ni predices que el engaño va a suceder de un momento a otro, y a la menor oportunidad que les brindas, ¡zas!, te han clavado un puñal, te han timado, engañado, burlado, mentido, estafado, robado…

»Esto es lo que ha pasado contigo con los tigres tamiles. Aquí no hay futuro para ti. ¡Dios mío! Es que aquí, como en la India, nadie quiere ser lo que pretende ser: tamiles o cingaleses. Parece que nacer con la piel oscura es una maldición que nos ha dado Dios. Que a más de un hombre he conocido que se lava la cara con pastillas de jabón diez veces al día con el pleno convencimiento de que dejará de ser tan negro de piel. ¡Valiente imbécil! Pon esto en tu cabecita, sobrino: alguien le da la oportunidad de emigrar fuera de aquí a ese Prabhakaram o a cualquier otro líder de menor categoría, como ese Charlie Anna o ese Bobby Darling, con sacos de dinero procedente de la venta de arena robada a los pescadores, y se marchan sin pensárselo dos veces dejando esta patata caliente de guerra civil a otro subalterno. ¿Qué te has creído? ¿Que han creado aquí el grupo guerrillero de los tigres por ti o por mí o por los pescadores tamiles? ¡Un cuerno! Tienes que irte lejos, pero no a la India o Indonesia, tienes que irte a América o a Europa. ¡Lejos de aquí!

Se me caían las lágrimas de la sinceridad con la que me había hablado. Se hizo un profundo silencio en la estancia. No podía apartar la mirada del suelo. Me sentía demasiado perplejo como para poder hablar.

Ella se levantó, fue hasta la despensa y sacó de un armario una tableta de chocolate .

—Toma, David —dijo riéndose con su forma peculiar—. Esto calmará el dolor.

Me reí con ella e hinqué los dientes en aquel delicioso chocolate de cacao puro.

Su franqueza al hablar siempre me había cohibido y ahora por primera vez la escuché aconsejándome que me marchara no a la India, sino a Europa o América. Aun así, yo seguía terco. Le dije que aunque Bobby Darling me hubiese echado, él no tenía la decisión final, y que yo quería continuar luchando por un estado tamil independiente. Además, se lo debía a Arafat, injustamente asesinado como si fuese un criminal o un enemigo. Por él debía continuar. También le dije que estaba convencido de que el supremo líder implementaría justicia una vez que supiese la verdad de lo sucedido.

Un cliente vestido elegantemente entró en la estancia. Ella lo estudió con la mirada de arriba abajo mientras cruzaba los brazos detrás de la cabeza, combando su pecho robusto y ajustándose el pañuelo que llevaba atado a la cabeza. Pude observar que aquel hombre la miraba ávidamente.

Mi tía Renuka me besó en la cabeza y, mascullando, me dio unas monedas para que saliese al pueblo a comprarme algo de comer.

Frente a la tienda donde se echaba el correo escribí la carta.

Las cartas se entregaban al vendedor de comestibles situado a las afueras de Maboombu. Por las mañanas, el cartero que pasaba por las aldeas costeras las recogía y las metía en un saco, y en autobús el correo era transportado hasta la ciudad de Jaffna.

—Buenos días, David —dijo el obeso vendedor; su apretada y grisácea camisa de tirantes estaba bañada en sudor y con un trozo de tela espantaba aquí y allá un revoltoso moscardón que no dejaba de zumbar. Aquel hombre tenía vello por todo el cuerpo; hasta en las orejas le salían pelos negruzcos de diez centímetros de largo. Tan pronto me acerqué con la carta en la mano, estiró un velludo brazo y me alborotó el cabello como si estuviese acariciando el lomo de un perro; me dieron ganas de golpearle la barriga—. Pobrecito bicharraco, ¿qué te trae por aquí? Ah, quieres sellos para una carta…

Vi que puso cara extraña al ver el nombre del destinatario. Así pues, tras pagar los sellos y pegarlos en el sobre, lo oculté entre un montón de cartas que estaban en una caja de madera, sobre un rincón del mostrador, a la espera de ser recogidas por el cartero y salí corriendo.

Me agaché detrás de un arbusto a esperar si oía la presencia de mi padre en mi casa. Después de un rato, me aproximé a una palmera cercana y permanecí en silencio, prestando atención. Oí a mi hermana

cantando y por tanto deduje que mi padre no estaba.

Mi hermana y mi madre corrieron a abrazarme. Mi hermana me dijo que en el pueblo estaban extendiendo el rumor de que yo había sido expulsado de los tigres por haber intentado robar dinero de la organización. Yo les dije que todo eran mentiras y que había escrito una carta al líder supremo explicándole con todo detalle lo sucedido.

Nandita, con cierto temor, me comunicó que habían encontrado a Arafat con balas por todo el cuerpo y su rostro desfigurado entre las rocas de la playa donde solíamos ir a coger cangrejos. Incluso me dijo que Ambika había visto e identificado el cuerpo; ya que el alcalde Raj Kakodya estuvo preguntando a los pescadores quién podía reconocer el cuerpo de aquel niño.

Me quedé inerte. No solo lo habían matado sino que lo habían tirado a las rocas. Estaba totalmente abatido.

Mi madre me dijo que durmiera en la caseta de atrás, que nadie sabría mi paradero, que ni mi padre ni Michael se enterarían.

Por la noche vino mi hermana y me informó de que Ambika estaba fuera esperando; quería hablar conmigo, tenía que comunicarme algo importante, y quería saber si le daba permiso. El corazón me empezó a latir con fuerza. Le dije que sí. Esperé, conteniendo la respiración.

Ambika me comentó que había supuesto que nos había pasado algo cuando no volvimos. Estuvo esperándonos durante horas, y cuando finalmente entendió que no regresaríamos llevó los cangrejos cocinados a Nandita. Me dijo que su abuela estaba reuniéndose con familias hindúes que habían adoptado a niños huérfanos, debido a la muerte de sus padres por la guerra civil, con el propósito de casarla pronto. Su abuela se estaba haciendo muy mayor y temía dejarla sola en el mundo, ya que aún sería más difícil para ella contraer un matrimonio decente de entre su misma comunidad religiosa.

Al escucharla, garganta abajo me corrió un reguero de lágrimas tan ácidas que acabaron enronqueciéndome la voz. Sin embargo, no me atreví a decir nada, me quedé callado como un estúpido.

Yo la quería, la quería mucho. Sin poder evitarlo, comencé a llorar, porque era consciente de que estaba perdiendo su sonrisa para siempre. Todo por mi culpa. La sonrisa de Ambika valía más que una vida. Más que la mía.

Después de un largo silencio me aconsejó irme muy lejos de aquel lugar. Me comentó que había oído de mis problemas con los tigres. Entre lágrimas, yo le quise explicar todo lo que me había pasado, pero ella me detuvo levantando su mano. Me dijo que aquel lugar no era para un chico como yo, que conseguiría un futuro lejos de nuestro pueblo, que allí sería alguien, y que de lo contrario más tarde o más temprano acabaría como Arafat.

Hay algo que parece no funcionar bien en la justicia universal, y el destino se encarniza demasiado a menudo contra quien menos se lo merece. Nosotros dos lo queríamos mucho; Arafat no dejó a nadie más que lo llorase, pero su recuerdo permanecería vivo entre nosotros.

—Reconocí su cuerpo delante de las autoridades —dijo sin apartar sus ojos de mí—. Tenía la piel de un color azulado... No creo que nadie hubiese podido identificarlo. Era un amasijo de carne. Estaba desnudo. Todo el cuerpo destrozado… mutilado… Yo busqué sus ojos, miré detenidamente y me acordé de su dulce sonrisa, de sus bailes y de sus canciones en idioma extranjero. Parecía que me estuviera sonriendo, tal vez haciéndome comprender que allí donde ahora se encuentra las cosas son bastante mejores que aquí en la tierra… —Después de una prolongada pausa, añadió—: Si no volvemos a vernos y esto es una despedida, sé que nos reencontraremos en la otra vida. Aunque las estrellas hayan cambiado.

Durante los siguientes años, aquella predicción me ayudó a superar muchos momentos difíciles; pero la falta de su presencia, con el paso del tiempo, me confirmó la teoría de que estábamos predestinados a vivir separados.

Cuando Ambika se despidió de mí, la soledad y el silencio eran absolutos. Cerré los ojos y volví a verla marchar en mi mente, llevándose consigo mi corazón. Me quité, entre grandes dolores las botas, me cubrí con un trozo de tela, agarré con una mano el catamarán del colgante que llevaba puesto alrededor de mi cuello y lloré. Al acto me hundí en el sueño como en un baño tibio.

A la mañana siguiente, antes que amaneciese, encontré a mi lado una camisa nueva doblada y un pantalón vaquero sin estrenar.

Nandita vino con mi desayuno, y me dijo que por la noche nuestro padre me había cubierto con la manta y había puesto a un lado aquella ropa.

Alguna vez había abrigado la esperanza de que ocurriera algo así. Pero ahora que estaba ocurriendo, me sentía demasiado aturdido para poder aceptarlo.

Me enfadé. Arrojé la manta y le dije que no llevaría puesta ninguna ropa comprada con dinero robado mediante extorsiones.

Mi padre apareció en la puerta de la caseta.

—¿Por qué no quieres ponerte la ropa nueva? ¿Por qué diablos continúas llevando ese sucio y roto uniforme de tela gruesa?

Yo estaba con los ojos llorosos. Me mordí el labio inferior y por unos segundos no dije nada. Era la primera vez que mi padre me había regalado algo en toda mi vida. Quería correr a abrazarle, y decirle: «Te quiero, papá», pero hice lo contrario.

—Te odio —mascullé, al borde del llanto: me incliné, entorné los ojos y haciendo una mueca de rabia con los labios, repetí con

convicción—: Te odio. Te odio. Te odio.

De un salto me levanté del suelo, salí fuera y le grité:

—¡Me puedes poner tú mismo esa ropa en mi cuerpo cuando muera luchando!

Salí corriendo y me adentré en la selva.

Cuando vislumbré el cielo, asomándose entre las manchas blancas, el sol seguía oculto, pero reaparecería pronto. Sería un día maravilloso, de esos que me hubiera gustado pasar con Arafat, y al pensar en él, me hundí en la tristeza. Por un momento deduje que la naturaleza entristece la vida, porque estaba asociada a mi felicidad junto con mis amigos Arafat y Ambika. Pensamientos injustos a la edad que tenía. La naturaleza da sentido a la vida tanto como yo debería haber estado disfrutando de otras cosas durante mi juventud en Maboombu.

Debido a todos los últimos sucesos que habían pasado en mi corta vida, no me encontraba bien, no podía controlar mis acciones. En aquellos momentos, lo que me merecía era un buen bofetón y entrar en la realidad. ¿Luchar contra quién y por qué? Cuando el cuerpo no responde como deseas, tampoco lo hace la mente.



El padre Thomas me da mi merecido y me aconseja viajar

En aquellos tiempos imperaba la ley del terrorismo, de la bala, nadie cuestionaba a los tigres o se atrevía a exigirles explicación alguna de sus actos. Más de alguna vez me pregunté dónde estarían enterrados los niños soldados. ¿Dónde habrían arrojado tantísimos cuerpos? Cadáveres sin nombre de niños quizá enterrados en fosas comunes. Hoy en día no estoy seguro de si existe algún monumento dedicado a esos chicos a los que los tigres arrebataron la inocencia, la juventud y la vida.

Me sentía desgraciado. No sabía adónde ir. Estuve caminando por la selva durante todo el día sumido en el miedo y la incertidumbre. A medida que anochecía, el cielo se oscurecía y la luna se elevaba. Entonces, casi sin darme cuenta, comencé a sentirme solo y angustiado.

Las palabras de Bobby Darling resonaban en mis oídos: «Eres todavía muy joven, Sandokan. Tienes mucho que aprender. Esos cingaleses budistas y los indios hindúes no son nuestros hermanos. Ellos son asesinos. Que sepas que las creencias ponzoñas destrozan a las gentes. La religión mata el espíritu de los jóvenes tamiles. No creas en nada, más que en nuestro líder supremo, Prabhakaram. Tenemos que limpiar todo este territorio no solo de creyentes, como el padre Thomas, sino también de budistas que perturban a nuestra comunidad tamil y la soliviantan. Nunca debes de sentir piedad si tienes que matar a alguien. No confíes en las personas que prediquen una religión…».

Ya supe dónde ir. Decidí ir a hablar con el padre Thomas.

El sacerdote vivía en una pequeña casa exactamente igual que la de cualquier humilde pescador de Maboombu. Solía venir a diario al colegio y nos daba clases de religión y matemáticas. El padre Thomas opinaba que la puntualidad era tan importante y necesaria como la escritura, la lectura y la aritmética. Todos los niños le guardaban un

profundo respeto. Su vivienda estaba al lado de las ruinas de un antiguo castillo y fortificación construido muchos años atrás por los holandeses. Sobre el torreón alguien había colocado la figura de Jesús, que bendecía los alrededores con dos dedos unidos. Para llegar hasta allí había que cruzar el cementerio.

Mientras caminaba por aquel terreno lleno de cruces, iluminado por la luz de la luna, no pude dejar de pensar en mi amigo Arafat. Tenía una risa desbordante, espontánea, llena de vida, de esas que consiguen que las personas a tu alrededor no puedan evitar sonreír también. «¿Dónde estaría su cuerpo? Quizá, tras haber sido identificado por Ambika, el alcalde Raj Kakodya se habría apiadado de él, y habría decidido enterrarlo en el cementerio de los musulmanes a las afueras de Maboombu…» Me da la impresión de que cuando una persona va al cementerio, a rezar ante la tumba de una persona querida, la sigue viendo tal como la viera en vida, y cuando le habla, escucha sus respuestas haciéndose la ilusión de que le contesta desde un lugar muy lejano. ¡Cuánto me hubiese gustado saber en aquel momento que mi amigo tuviese una tumba decente con su lápida y nombre inscrito para poder hablarle!

Miré al cielo, la noche estaba estrellada, había luna llena en la bóveda celestial, podía verse todo con gran claridad. Sin embargo, el tiempo presagiaba tormenta. Sentí una ligera brisa en la nuca. Me giré. Más allá, las nubes, muy grises y voluminosas, cubrían la playa de Maboombu.

Arafat me había enseñado en el cielo siete estrellas que me habían ayudado ya una vez. Les había tomado cariño. Cuando el cielo estaba despejado, las observaba con la misma ternura que hubiera experimentado mirando los ojos de mi amigo desaparecido. Por el contrario, cuando el cielo estaba cubierto, me sentía inquieto, y no podía dominar ni ocultar aquella tristeza.

Caminando entre aquellas lápidas recordé que había leído sus inscripciones muchas veces cuando salía de la iglesia con mis compañeros de colegio. Aquellas personas habían sido enterradas allí hacía mucho tiempo. Algunas fechas correspondían al siglo xviii.

Alcé la mirada y divisé las estrellas refulgentes. Sonreí.

Al aproximarme a la vivienda del padre Thomas, escuché a lo lejos el ruido de un trueno de prematura tormenta. Desde el mar el cielo parecía llegar con rumores de lluvia. Algo en ese fenómeno me perturbó enormemente.

* * *

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó el padre Thomas después de invitarme a sentarme encima de un tronco de madera como

improvisado asiento dentro de su vivienda.

—Doce, recién cumplidos —contesté yo en tono sumiso.

Desde donde estaba sentado, observaba cómo se movía por la estrecha vivienda de una sola habitación, tal cual lo recordaba cuando en el momento de la misa volvía al altar después de haber dado la comunión. En un cazo metálico lleno de agua, vertió leche de búfala, puso dentro hojas secas de té y añadió azúcar de un tarro oxidado con tal parsimonia como si apilase sobre el cáliz el corporal, la patena, el purificador y la llave del sagrario.

—Conque doce años, ¿eh? Bueno, creo que ha llegado el momento de que alguien te hable con sentido común —dijo, asintiendo con la cabeza.

Después de una breve pausa, y poniéndome el vaso de té en la mano, añadió:

—Pero veamos primero el motivo que te ha traído aquí. Dime, David, ¿qué puedo hacer por ti?

—Padre Thomas, no encuentro nada en mi vida que me ayude a seguir viviendo excepto una cosa, el odio —dije sintiendo que la bilis se me escapaba a borbotones—. Tengo sed de venganza. Si en este instante el mismísimo Jesucristo se me apareciese, lo más probable es que le pegaría cinco tiros en el pecho.

Pronuncié aquellas palabras sin pensar antes si eran sensatas o no. Había vivido tanto tiempo en la selva con los tigres que no era consciente de la barbaridad y la falta de respeto que acababa de cometer.

El sacerdote se quedó quieto, callado, como si fuera la mujer de Lot viendo arder Sodoma. Yo tragué saliva con nerviosismo y, tras un breve silencio, le miré de nuevo, me observaba fijamente, imperturbable. Me mordí el labio inferior y desvié la vista. No me pareció buena idea sostenerle la mirada.

Tan pronto como terminó de musitar unas palabras, me arreó tal bofetón que caí de espaldas. El vaso se hizo añicos nada más chocar contra el suelo, y todo el té se desparramó sobre la colcha de su cama y parte de la pared. Pero aquel golpe de lleno con la palma de su mano bien abierta me devolvió a la realidad, y la realidad, por muy dura que fuera, estaba acostumbrado a afrontarla.

Me ayudó a levantarme, y con un trapo limpió todo el líquido vertido sobre la pared. Yo me agaché para recoger los trozos del vaso, pero él, con una rama seca de palmera a modo de escoba, lo barrió todo enseguida.

El padre Thomas miró por la ventana para comprobar que no me había seguido nadie y estuviese vigilante fuera. Entonces, exhaló un suspiro, se giró y señaló el grueso tronco de madera cortado sobre el suelo.

—Siéntate —me ordenó queriendo recuperar la calma—. Nunca más quiero que menciones de tal manera al hijo del ser supremo que ha creado el universo y controla todo lo existente.

—Le pido perdón, padre Thomas —dije suspirando hondo y parpadeando muy deprisa para que se me secaran las lágrimas.

—Muchacho, doce años es una edad muy seria —afirmó, exasperado—. Se supone que al alcanzar estos años has llegado a la edad de la razón y empiezas a ser una persona responsable. Por ese motivo, aquí en Maboombu, precisamente a esa edad los padres llevan a sus hijos varones por primera vez a alta mar para que se inicien en la pesca. De ahora en adelante, ya no puedes consentir ciertas niñerías que hasta ahora han podido tener su gracia porque eras un chiquillo… Como eso de hacerte llamar Sandokan y no estar viviendo con tus padres, por ejemplo.

—Pero… si soy un tigre —repuse con fastidio.

—David, escucha —se apresuró a aclarar—. Eso ya me lo dijiste la última vez que nos vimos. No me vengas ahora con los mismos argumentos. Los tigres, querido hijo, no son tipos con los que uno puede estar cambiando de opinión como de sandalias. Una vez que estás dentro, no hay forma de salir excepto muerto, bien durante una batalla contra el ejército cingalés, bien con un tiro en la nuca en mitad de la selva. Te lo habrás pasado bien mientras has estado jugando a ser actor de cine en una película de acción, pero ahora me doy cuenta de que quieres terminar con todo esto. Por eso has venido a verme, sin que yo te haya llamado ni nadie te lo haya dicho —se acercó a mí como si pretendiese dar apoyo a sus palabras—. El líder de los tigres, ese *gordinflón* llamado Prabhakaram, conoce muy bien la naturaleza humana. Por eso ha instruido a guerrilleros como *ese* chico joven que me mencionaste, Bobby Darling, para ser expertos en estudiar al ser humano y su conducta, lo que se denomina *psi-co-lo-gí-a*. Emplean ese arte, esos métodos con vosotros, los niños… No dejan pasar una oportunidad de elogiaros calurosamente, pero por otro lado, están afianzando vuestra dependencia al grupo hasta tal punto que no podéis escaparos, no podéis marcharos de ese entorno. En tu situación actual no hay salida. Suerte que tienes que en estos momentos estás vivo, porque jamás he oído que un niño soldado haya vuelto a la vida civil. Hay que tomar de inmediato una solución.

Estaba tan atontado y sin saber qué decir que se me olvidó respirar. Y, de repente, sentí que me ahogaba y tuve que tomar aire con todas mis fuerzas. Di un gran suspiro y otra vez se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Deberías hacer un viaje —continuó poniendo una mano sobre mi hombro; con una voz muy cariñosa y musical—. No hay nada como vivir en otros ambientes. Mírame a mí —añadió señalándose a sí

mismo con las manos—. Yo vine aquí desde la India. Al principio me costó mucho adaptarme a vuestras costumbres, bueno… más que por mí… la verdad es que me costó ser aceptado por vuestra comunidad hindú. Además, el alcalde Raj Kakodya por entonces tampoco me lo puso muy fácil, pero bueno…, quiero decir que oír otras opiniones y compararse con otras gentes ayuda mucho para llegar a conocerse uno mismo. Si yo fuera tú, me iría por ahí a ver mundo… ¿Qué me dices?

Otra vez alguien me aconsejaba marcharme de Sri Lanka. Sentí frio de repente. Era como si me hubiera tragado un pedazote enorme de helado y lo tuviera allí, sobre el estómago. «¡Dejar Maboombu y los tigres! ¡Irme solo por el mundo…!», pensaba.

Alcé la mirada y el padre Thomas me miraba en silencio fijamente, como si estuviese leyendo mis pensamientos. Añadió:

—Sí, David, mira, se trata de algo muy sencillo, y desde luego, muy antiguo. Tienes que hacer uso de tu instinto de supervivencia; aferrarte a la vida para no caer. Agarrarse a una rama como hacen los monos en los árboles. Es decir, salir de tu rutina diaria, conocer gentes distintas, aprender, ver cosas nuevas, curiosear, ¡preguntar!…

Yo le miraba hipnotizado. Empecé a encontrarle sentido a la idea. Pero cuando volví a pensarlo me asusté bastante. Aquel pensamiento bajó del cerebro al corazón para ensartarlo como un alfiler. De nuevo volví a escuchar el ruido de un trueno.

Me levanté, y sin darle tiempo a que pudiese reaccionar reteniéndome por la fuerza, salí corriendo de su casa, crucé el cementerio como un vendaval y me adentré de nuevo en la selva con la respiración entrecortada. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Escuché el rugido de un fuerte viento y el rumor de lluvias que se aproximaban. Se avecinaba una tormenta. Ni un perro saldría con semejante tiempo… a menos que no tuviera más remedio. En cuestión de minutos el cielo se tiñó de plata, y comenzó a llover con mucha fuerza.

En el momento menos pensado podía abatirse un árbol sobre mí, sobre todo una de las muchas palmeras que se inclinaban temerariamente a causa del fuerte viento; pero yo gozaba de aquel desencadenamiento de las fuerzas naturales, en medio de las cuales fingía sentirme fuerte e indestructible, y nada asustado. Sin embargo, acto seguido, comenzaron a invadirme sentimientos negativos; ser un niño desdichado era una cosa, pero pasar a convertirme en un miserable era otra muy distinta. Me había quedado sin amigos…, sin familia… y sentía ahora que el propio Dios me castigaba; que no era suficiente con mis penas sino que quería que me hundiese, que me ahogase, que muriese como un insecto en el agua.

Debajo de un frondoso árbol encontré cobijo de aquella maldición del cielo que caía sobre mí. La lluvia, que caía

oblicuamente, me atacaba con violencia y no parecía que fuera a remitir.

Comencé a preocuparme. Si los tigres me veían en aquellos parajes, cerca de Maboombu, podían hacer conmigo lo que quisieran.

Me preguntaba dónde podría ir a dormir sin miedo a ser asesinado. Estaba tan desesperanzado y abatido como jamás lo debió de estar ningún niño anteriormente.

Solo los árboles de la selva serían testigos de mi muerte. Necesitaba dar con un lugar en la selva para esperar a que la lluvia perdiera fuerza.

Conforme continuaba mi andadura, mis botas chapoteaban por el barro; con dificultad conseguía mantener el equilibrio, ya que a cada paso presentía que al mínimo descuido me tropezaría y caería. Pero eso no llegó a suceder. Me encontré con las ruinas de una vieja construcción de adobe que el sol y la humedad habían erosionado hasta convertir sus muros en un reguero de arcilla sobre el suelo. En pie quedaba un muro de escasos metros. Con apremio recogí varias cortezas de palmera y me guarecí de la lluvia como pude.

Hacía memoria de todo lo que me había dicho el padre Thomas. Conseguía entender algunas cosas e incluso creía que debía darle la razón. Existía algo en lo más profundo de mí mismo; un rescoldo de sentido común seguía con vida en mi interior; la vida que llevaba no era la vida que había esperado llevar. Pero, inmediatamente, de nuevo todo se me hacía confuso e incomprensible.

No había pasado un día peor. De aquel guardo un pésimo recuerdo debido al hecho de que me sentía tan indefenso como un niño en una cuna. Me encontraba resignado ante el hecho de que la muerte me acechara. ¿Pero qué hacer? ¿Dónde ir?

Me sentía como estando en una playa, en medio de un torbellino de nubes, tratando de asirme a lo que fuera. Era consciente que había algo más allá, que había algo en alguna parte, que podía asirlo, que podía conocerlo, pero que se me escapaba. No veía más que el torbellino de nubes.

Tan pronto dejó de llover, decidí ir a dormir a la estatua de san Antonio.

El suelo estaba húmedo del fuerte chaparrón que había caído, pero las nubes se alejaban y miré más allá de ellas, a las estrellas, preguntándome qué decisión sería la más acertada que debería tomar.

Hubiera tenido que asustarme un poco por el hecho de quedarme de nuevo solo allí, temiendo que la imagen de san Antonio bajara de su pedestal y me dijera lo mal que me había portado con mi familia y el hecho de encontrarme en aquella situación tan deprimente. «¿Y si la estatua del santo cobrara vida y me castigase?» Ya nada me sorprendería.

Poco a poco, mis ojos fueron sintiéndose cansados, los párpados me pesaban cada vez que pestañeaba. Adormilado a los pies de la estatua, veía diversas visiones y formas pasar delante de mí: las siete magníficas estrellas de la Osa Mayor; a Dominic sonriendo alegremente; a Arafat bailando cómicamente y cantando en inglés; a mi padre arreándome un bofetón; a mi hermano aplaudiendo; a mi hermana consolando a mi madre, que no dejaba de llorar… Pero Ambika lo oscureció todo. Veía sus cabellos negrísimos atados con dos trenzas, su sonrisa contagiosa, sus bellos ojos, el color de su piel… ¡Y me sonreía!

Me entregué al sueño como quien deja que el viento airee su cara frente al mar. Mientras, el cielo quedaba despejado, estrellado, y unos cometas lo atravesaron rápidamente.

Capítulo 18

Descubro quién fue de verdad «el fantasma del diente de Buda»

Nada más salir el alba, noté cerca de mí unas hojas agitándose. Dentro de mi cabeza somnolienta se produjo una circunvolución que despertó y la alerta cobró una forma embrionaria. Pero por el sonido pensé que sería algún roedor olisqueando el suelo. Todavía con los ojos cerrados creí oír la voz de Charlie Anna y noté cómo mi corazón se aceleraba y sentía embestidas sanguíneas percutiéndome por dentro. La voluntad de querer despertarme se abría camino dentro de mí como un Laocoonte a través de la penumbra húmeda de mi cerebro. Alguien dentro de mí activó mis órganos, y abrió espitas para que mi sangre volviese a fluir a través de conductos y me ordenó abrir los ojos.

Sentí que alguien me movía el cuerpo. Aun así, estaba tan cansado que me costó elevar los párpados. Abrí los ojos pausadamente y vi la figura de un tigre zarandeándome con su bota militar sobre mí.

Me quise mover pero inmediatamente me dio una patada en las costillas. Me incliné con el brazo cubriéndome el estómago del dolor que me produjo.

Era Charlie Anna quien estaba de pie frente a mí.

—¡Eres un hijo de puta!

Levantó su pistola VZ 52 y me golpeó en la cabeza. Grité de dolor. Me hizo un corte profundo cerca de la sien. La sangre me salía sin cesar.

Hizo un movimiento con la cabeza, y varios niños soldados, que yo nunca había visto, me maniataron y me tiraron dentro de un camión.

Quedé inmovilizado sobre el suelo del vehículo. Sentados en los asientos laterales pusieron sus pesadas botas sobre mí.

Nada más llegar al campamento central, Charlie Anna ordenó a un niño traer café en polvo.

—Toma, Sandokan —me ordenó—. Ponte esto sobre la herida.

Así dejarás de sangrar —y respondiendo a las preguntas que se reflejaban en mi rostro, dijo—. Que sepas que has sido acusado del robo de dos botellas de butano cargadas de explosivos que eran propiedad de los tigres.

No creía lo que estaba escuchando.

—¿Qué? —pregunté incrédulo y medio llorando—. Es imposible.

Bobby Darling apareció conduciendo una moto a alta velocidad. Se bajó con rapidez y, corriendo hacia donde yo estaba, me agarró del cuello con muchísima fuerza.

—Maldito bastardo hijo de perra. Cuando encontremos las dos botellas de butano te colgaremos un cartel al cuello que ponga «traidor» —su nariz casi rozaba la mía y me agarraba con tanta fuerza del cuello que casi no podía respirar—. Cometí un error al dejarte marchar con vida. Pero ahora te meteré una bala en la cabeza y te dejaremos atado en la carretera principal de tu pueblo para que todos vean en lo que te has convertido.

Hicieron un juicio público con todos los miembros de la guerrilla del campamento central y dijeron que yo era culpable del robo porque solo yo sabía la localización de las botellas. No me dejaron hablar.

Por lo visto, Stalin y Mao fueron quienes dieron la voz de alarma. Fueron a las inmediaciones del campamento del ejército cingalés donde Arafat y yo, en su día, las habíamos enterrado, y se encontraron con los agujeros abiertos al aire libre y nada en su interior. Llamaron a Bobby Darling, y dedujeron que la tierra, al estar aún húmeda, había sido excavada recientemente. De inmediato concluyeron que solo yo podía haber cogido las botellas como represalia hacia ellos, los tigres, por haberme expulsado.

Yo no sabía cómo era posible que a aquellas alturas desapareciesen las dos botellas. ¿Cómo iba a robarlas yo? ¿Cómo iba a ser tan temerario para infiltrarme en territorio del ejército? Era lo último que podía haber en mi mente. Además, no tenía lógica alguna, porque yo solo hubiese tardado un mínimo de dos días en transportar aquellas botellas desde territorio cingalés a un lugar a salvo.

Charlie Anna sacó de su bolsillo una carta, la que yo había mandado por correo al líder supremo de los tigres. Dijo que yo era muy inocente pensando que el vendedor de la tienda de Maboombu no le informaría, y mirando a Bobby Darling con seriedad, añadió:

—Vamos a acabar de una vez con todo esto. Si lo prolongamos, la noticia de que hemos perdido los explosivos llegarán al alto mando y seremos nosotros dos a los que pedirán responsabilidades. Además, ya se han producido dos muertes de dos de tus guerrilleros y no precisamente por fuego enemigo…

Bobby Darling no dejaba de estar enfurecido. Sin duda quería seguir desahogándose conmigo por la muerte de Trotski, como ya lo

hizo mandando asesinar a Arafat. Se dirigió hacia mí y me agarró del cuello de la camisa con tanta fuerza que me mantenía casi en el aire.

—Escúchame bien, Sandokan —me dijo silbando las palabras entre los dientes—. Hay dos caminos. Uno es el fácil y el otro el difícil. El fácil es que me cuentes lo que queremos saber, y te meto un tiro en la cabeza sin causarte dolor. Morirás al instante, te lo prometo, sin sufrimiento. Tal y como hizo Dominic consigo mismo. El difícil será torturarte durante días, hasta que seas un amasijo de carne destrozada, como Arafat. Tú decides.

En aquel momento pensé que nunca saldría con vida de aquel lugar. Que me matasen ya no me importaba. Cuando me uní al grupo guerrillero asumí la responsabilidad que conlleva el tener una cápsula de cianuro colgando en el cuello. En aquellos días estaba preparado para morir, y sabía que tarde o temprano lo haría luchando por el futuro de nuestro pueblo tamil, pero desde luego jamás pude pensar que acabaría siendo sacrificado por las personas a las que yo me consideraba unido.

Lo miraba fijamente. Estaba aturdido. Pensaba que todo estaba escenificado. A esas alturas hablándome de aquellas botellas de butano… lo veía absurdo. Hasta yo mismo tendría dificultad en recordar en qué preciso lugar las habíamos enterrado.

A medida que transcurría el tiempo, yo seguía guardando silencio. Bobby Darling estaba inquieto, quizá por el hecho de pensar que el alto mando le pudiese pedir responsabilidades. Me pegó un puñetazo con tal fuerza que mi ojo no tardó en inflamarse como una pelota. Tras caer al suelo grité de dolor llevándome las manos al ojo. Acto seguido cogió una vara de jazmín y empezó a golpearme con fiereza.

—¡Por favor, no me pegues! —grité llorando mientras yacía en el suelo moviéndome de un lado a otro e intentando protegerme de sus golpes alzando los brazos—. ¡Por favor, no me pegues!

Me cruzó la cara haciéndome un prominente corte desde la frente hasta la barbilla. La sangre me cubría todo el rostro.

Ordenó a un guerrillero atarme al tronco de un árbol y quitarme la camisa. Yo me debatía tratando de esquivar los golpes, pero me habían atado las muñecas tan fuerte que mis esfuerzos no servían de nada. Dondequiera que me pegaba tenía la impresión de que se me rompía un hueso.

—No, no, por favor —imploré inútilmente, ya con mi cuerpo completamente lacerado—. No me pegues más, por favor, por favor…

Todos los guerrilleros de aquel campamento central presenciaban en silencio aquella brutalidad, sin duda pensando hacia sus adentros: «Se lo merece», «Se lo ha ganado por traidor». Ya no lloraba. Miraba fijamente el suelo con la esperanza de que mi muerte fuese rápida.

Esperaba que mi alma saliera de mi cuerpo, flotara y se elevara sobre los árboles, hacia el cielo, a través de las nubes. Pero no, no me iba lejos de allí. Siguió golpeándome sin mirar siquiera dónde me daba hasta que la vara se rompió.

Las marcas asomaban por mis costados como nuevas costillas dibujadas. Bobby Darling estaba tan extenuado que apenas si conseguía mantenerse de pie.

Casi sin aliento, yo seguía suplicándole:

—Por favor, no me pegues más…

Cuando se disponía a coger una nueva vara, Charlie Anna le dijo que parase, que encontrarían otro método más efectivo para hacerme hablar. Le recordó que anteriormente un niño soldado había muerto de una parada cardiorrespiratoria tras ser linchado de aquel modo.

Un guerrillero volvió a ponerme la camisa. La tela no tardó en pegarse a mi cuerpo ensangrentado y amoratado a lo largo de los varazos más fuertes. Parpadeé y abrí la boca para decir algo, pero no conseguí emitir ningún sonido. Jamás había recibido una paliza tan brutal.

Bobby Darling, a quien yo había admirado y ensalzado como ejemplo a seguir en la guerrilla de los tigres, era un hombre cruel. Bajo aquella mascara bondadosa había estado ocultando la maldad.

Me encerraron en una celda muy pequeña junto con un gigante llamado Seis Meses. Me dijo que se llamaba así porque ese era el tiempo que, de momento, llevaba encerrado en aquella celda. No tardé en darme cuenta de que estaba mal de la cabeza. Su físico era extraordinario. Un día puede escuchar a dos tigres hablar acerca de él; lo habían puesto entre rejas en aquella improvisada celda porque, debido a su inusual físico, sospecharon que era un espía cuando lo vieron robar en un almacén de comestibles. Más tarde se dieron cuenta de su error y ya no lo interrogaban. Yo pienso que lo habían olvidado ahí y lo seguían alimentando como si fuese un animal cautivo.

Con unas esposas me ataron la muñeca izquierda a la muñeca derecha de aquel gigante. Si teníamos que hacer nuestras necesidades teníamos que hacerlas uno al lado del otro. La suciedad que rodeaba la celda donde estábamos era indescriptible. Todo era fangoso y repugnante. Los barrotes estaban viscosos allá donde los tocases. El aire hediondo estaba impregnado de la humedad de la selva. El suelo estaba formado de charcos de orina que transportábamos con los pies por todas partes. Las heces las cogía yo con las manos agarrando tierra por debajo en forma de cuchara y las tiraba fuera a través de los gruesos barrotes.

Durante la primera noche como prisionero, levanté instintivamente los ojos al cielo. Aquí y allá, por las rendijas de las

nubes alguna estrella curioseaba. Pero la Osa Mayor no se veía. De pronto sentí que me invadía una profunda tristeza. Un sentimiento fugitivo de nostalgia me oprimió el corazón; era la nostalgia de la libertad que me atormentaba.

De madrugada se escuchó el tintineo de una campanilla. Seis Meses me tiró del brazo y con toda su fuerza me puso de pie a su lado.

En posición militar, recitó:

—Mi nombre es Seis Meses. Tengo cuarenta y cinco años. Soy un gigante con cerebro de niño. Estoy hecho prisionero por los tigres por haber hecho cosas malas. Confieso que soy culpable de robar comida.

Después de recitarlo sin pausa volvió a tumbarse en el suelo empujándome de las esposas con las que estábamos unidos. Cuando pensaba que tan solo había sido un pronto durante una pesadilla que había tenido, otra vez sonó la campanilla.

Seis Meses súbitamente volvió a levantarme del suelo.

—Mi nombre es Seis Meses… —continuó repitiendo como un autómata.

Durante la siguiente noche se volvió a repetir el mismo escenario.

—No sé qué me puede estar pasando —rezongó después de pronunciar toda su diatriba.

Al escuchar unas risas en la oscuridad, supe que los niños soldados se estaban burlando de él.

—¡Eh! —grité enfadado—. Dejad en paz al prisionero.

—Está bien —se oyó en la oscuridad la voz de Charlie Anna ordenando a los niños soldados—. Todos a dormir.

—Hace seis meses que repito lo mismo —dijo el gigante con tono apesadumbrado, sentado en el suelo.

Miré el rostro de aquel hombre que tenía puesta la mirada en el suelo y no pude sino sentir de nuevo pena por él. Solo conocía a otra persona que fuese tan grande, mi padre. Pero él no estaba mal de la cabeza.

Aquellos niños soldados eran nuevos reclutas y se comportaban como yo y mis antiguos compañeros habíamos hecho cuando nos convertimos en tigres; cuando pensábamos que el mundo giraba a nuestro alrededor y estábamos firmemente convencidos de que podíamos pararlo con el poder que sentíamos al poseer armas de fuego y pavonearnos de lo viriles que éramos al tener una píldora de cianuro colgada del cuello.

Durante los primeros días, después de la paliza que recibí, se me hincharon los brazos, las manos y las piernas. Pero más tarde, en el cuello y en la nuca, comenzaron a salirme verdaderas llagas a costa de los piojos. De madrugada podía oír a las ratas entrar y morder las húmedas telas de sacos sobre las que dormíamos. Pero eran los

chinches los que mordían rabiosamente, irritando la piel como ortigas.

Pensé que el infierno que me esperaba al ser llamado en cualquier momento no debía de ser muy diferente al sufrimiento en el que estaba viviendo. No cesaba de repetir hacia mis adentros: «¿Por qué? ¿Por qué?». Más que una pregunta era un grito de agonía que brotaba desde el fondo de mi alma: «¿Por qué? ¿Por qué?».

El líder supremo de los tigres, Prabhakaram, había sido más que un ídolo para mí, una figura a reverenciar, como un dios. Y dos de sus guerrilleros más importantes se habían comportado conmigo carentes de compasión y humanidad. Pero ahora, al final de mi vida, mi espíritu se volvía hacia el verdadero Dios que había ignorado durante tanto tiempo. Ante el imperturbable rostro de aquel gigante que acompañaba mi desdicha, cerré los ojos, completamente convencido de que de un día para otro me matarían, y rogué en lo más profundo de mi alma: «Dios, no he sido feliz en esta tierra. Ahora que moriré, no reniegues de mí y acógeme, si te place, mi alma en el paraíso para que pueda reunirme con mi amigo Arafat y con Dominic; allí seré feliz. Solo te pido esto, que salves mi alma, no mi cuerpo. Que hagan con esta carne lo que quieran, pero salva mi alma acogiéndola en el cielo, por favor, Dios».

Durante aquellos días presencié el verdadero carácter de Charlie Anna: era violento y se encolerizaba por el menor motivo. Las represalias que se tomaba y los castigos que le vi infligir a más de un niño soldado con su fuerza fenomenal eran con frecuencia terribles. Pero los niños soldados no eran menos crueles. Ellos se acercaban y se burlaban de Seis Meses. Entonces el gigante se ponía a llorar como un niño pequeño y yo lo consolaba. Pronto comenzaron a cansarse de nosotros, y las bromas fueron dejando paso al lanzamiento de piedras y a los golpes con ramas sin razón aparente. Tan pronto como asomaban nuestros nudillos fuera de la jaula al agarrar los barrotes, recibíamos de improviso golpes terribles con palos o incluso patadas que nos dejaban los nudillos en tal estado de dolor como si estuviesen dislocados. Descargaban sobre nosotros sus frustraciones.

—¿Para qué tantas contemplaciones? —dijo un niño soldado a sus camaradas dirigiéndose hacia mí—. Démosle su merecido.

—Sí, ese traidor se lo merece.

Al momento llovieron piedras contra la celda. El gigante me abrazó de tal forma que mi cara la tenía pegada contra su maloliente camisa a la altura de su vientre. Su ancha espalda, como escudo protector, recibió todas las pedradas.

—¡Canalla! —gritaba uno de ellos.

Solo cuando se cansaron, cesaron de lanzar proyectiles.

Uno de ellos se aproximó a las rejas con los puños apretados. De sus labios semiabiertos salían unos dientes echados a perder y

amarillentos. Dirigiéndose hacia mí, dijo:

—Sandokan, eres un traidor. Un día de estos cantarás, y nos dirás dónde has escondido los explosivos, si antes no acabas podrido en esta celda…

Más tarde, sin que me viesen, con la tierra mojada de barro y demás porquerías, hice una pasta y se la extendí en la espalda a Seis Meses. La tenía toda sangrante y llena de moratones.

Comencé a sentir que me iban faltando las fuerzas. Por las noches ya no podía dormir, encendido por la fiebre, torturado por los piojos y chinches. Los pies me dolían y pensaba que se me iban hinchando cada vez más. En aquella celda atroz, me sentía morir a cada minuto.

Por las tardes, los niños soldados solían darnos arroz. Con sorpresa, un día añadieron carne. Seis Meses devoraba el cuenco con ansia inusitada. Yo, precavido, la toqué con la yema de los dedos. Conocía muy bien la comida que se servía en los campamentos de los tigres y no tardé en darme cuenta de que aquella carne no era lo que aparentaba: era carne de rata.

Estuve encerrado en aquella celda un mes. Para entonces, ya pude darme cuenta de que los tigres eran una organización armada como una especie de serpiente que se muerde la cola, y que va creciendo y engordando a costa de devorarse a sí misma. Durante esos días, en mi cabeza solo había sitio para la idea de la muerte. La había esquivado anteriormente, como cuando escondí junto con Arafat aquellas botellas de butano rellenas de explosivos, pero también durante mi tiempo en el colegio, siempre a través de los sermones del padre Thomas: los egipcios perecieron a miles bajo las aguas del mar Rojo, Herodes descuartizó a los santos inocentes y el propio Jesús se desangró camino del Gólgota. Sin embargo, esto era otra cosa y di por hecho el tormento al que pronto sería sometido. «Pero ¿cuándo?», me preguntaba.

Empezaron a surgir en mí dudas y cuestiones que me laceraban. Tanto aquel hombre llamado Seis Meses como yo éramos tamiles, y ¡así éramos tratados! Algo no iba bien. «Si este es el concepto de justicia que aplican los tigres cuyo objetivo principal es la creación de un estado Tamil, yo no acepto esta justicia. Yo no puedo aceptar a los tigres», me dije.

Las orejeras de mi incomprensión, que habían sido como vendas en mis ojos, iban desapareciendo.

Mi única ocupación consistía en sentarme al lado del gigante, mirando durante horas la infinidad azul del cielo.

—¡Eh! Tú, traidor, deja ya de pensar mirando al cielo continuamente; de lo contrario te volverás loco —me dijo un día un tigre adulto que pasaba por delante cargado de una caja de munición.

¿En qué pensaba entonces? No lo sé. Yo creo que en nada. En aquellos momentos daba al olvido todo lo que me rodeaba. Algún gemido del gigante me solía volver a la realidad.

Una noche descubrí en el cielo la Osa Mayor. Hacía mucho tiempo que no la había visto. Estaba conmovido. Me recordó muchas cosas tristes y alegres. Quise pensar que era un mensaje de Arafat para inspirarme a seguir aguantando, a no decaer. Me lo creí, y aquel pensamiento de saber que no estaba solo, de que allí arriba mi amigo guardaba por mi seguridad, me fortaleció psicológicamente para seguir vivo.

* * *

—¡Ladrón de explosivos! —me gritó al día siguiente un niño soldado —. ¡Inmundicia! Quiero que sepas que esta es tu última comida. Come y prepárate a morir.

Después de darle la comida a Seis Meses, esperaron a que tuviese la boca llena para decirle que tan pronto como se terminase el plato, lo fusilarían en la selva por orden de Charlie Anna. Seis Meses comenzó a llorar. La comida se le caía de la boca. Los niños se reían de aquel aspecto tan lastimoso. Una vez más lo consolé.

Charlie Anna, al oír todo el alboroto, se acercó, despidió a los niños y ordenó a un guerrillero adulto sacar al gigante. Sacó de su bolsillo veinte rupias. Le dijo a Seis Meses que quedaba libre, que se marchase. Lo amenazó con matarle si lo volvía a ver por las inmediaciones. El gigante, en silencio, desde el otro lado de los barrotes, me echó una mirada de cariño.

Nunca podré olvidar aquella escena. Pude darme cuenta de que, con discreción, varios niños cargaban sus armas y otros las examinaban: iban a matarlo una vez que se internara en la selva. En cuanto desapareció del campamento, el grupo de niños soldados lo siguió. Al cabo de unos minutos, desde la lejanía, oí una veintena de disparos. Lo habían asesinado.

A mí me metieron en un camión. Dentro estaba Bobby Darling. Tenía un aspecto avejentado y descuidado. No parecía el mismo. Además, noté que olía a alcohol, algo totalmente inusual en él.

Tras ponerse en marcha el vehículo y adentrarnos en el camino, me dijo que no me iban a matar ese día, que me cogerían en cualquier momento de improviso cuando me vieran por la selva o por la playa, y tirarían mi cuerpo con una bala en la cabeza a las rocas de la playa, como hicieron en su momento con Arafat.

—Tu querido amigo murió como se merecía —dijo acercando su cara a la mía—. Quizá, si no hubiese matado a Trotski, lo habríamos ejecutado más limpiamente, sin dolor alguno. Pero sufrió mucho antes

de morir. Sí, sufrió mucho. Lo mismo haremos contigo, porque tú no saldrás nunca con vida de Maboombu.

—¿Y por qué no lo haces tú ahora? ¿No eres capaz? ¿Tienes que ordenar a niños como yo que fusilen a otros niños? ¿Tú no eres capaz? ¡Venga!

Una bola de rabia explotó en su interior. Me golpeó tan brutalmente la cara con su bota que pensé que me mataría ahí mismo. Pero no le volví a dar la satisfacción de que me viese sufrir como hice semanas antes. Conseguí no llorar. Ese animal, esa bestia, ese ser cruel no me vería echar ni una lágrima.

—Sigue dándome más razones, Sandokan —dijo entre dientes con los ojos encendidos en sangre—. Desde luego que lo haré. Pero ahora mismo ya son dos muertes seguidas de dos guerrilleros de mi campamento base. Tú serás el tercero por haber cometido la estupidez de robar las botellas, pero quiero dejar pasar un tiempo breve. Pueden ser horas o incluso días. Te mataré en cuanto se produzca un momento propicio, no lo dudes. Sobre las botellas, me importa poco dónde las has podido esconder. Seguro que los explosivos ya no están en condiciones de ser usados debido al agua de lluvia.

El vehículo frenó al comienzo de la carretera que llegaba a Maboombu. Me lanzaron desde arriba del camión. Fue tan doloroso el impacto al chocar mi cuerpo contra el suelo que me quedé inmovilizado. Tan pronto como se fueron, con sorpresa, al levantar ligeramente la cabeza, vi a mi hermano Michael. Nos había estado siguiendo en bicicleta.

A duras penas me ayudó a sentarme en la cuneta del camino. Quedé con los codos sobre las rodillas. Me tapé la cara con las manos y comencé a llorar. Me temblaba todo el cuerpo. Me dio la impresión de que mi hermano Michael me entendía, de que comprendía mi situación. Se sentó a mi lado y comenzó también a llorar.

Tenía el cuerpo tan dolorido por los golpes que había recibido que me estremecía la posibilidad de seguir el camino solo. Sin decir nada, mi hermano me agarró por detrás, de los sobacos, y de un tirón me puso de pie. Sentí, de pronto, que alguien en el pasado me había agarrado de aquel modo tan extraño. «Cuando caí de bruces al suelo, en aquella oscuridad de la selva, mientras éramos perseguidos por el ejército…», recordé.

—¡Tú! —exclamé con asombro dando unos pasos hacia atrás.

Mi hermano rio a carcajadas y aplaudió sonoramente.

—¿Tú has sido «el fantasma del diente de Buda»? ¿Fuiste tú quien me ayudó a levantarme aquel día?

Al observarme desconcertado, dejó de reírse y su semblante cambió. Le miré a los ojos y vi el rostro de una persona nueva. ¿Cómo no me había dado cuenta anteriormente? Sus ojos eran



extraordinarios; atentos y profundos. Por primera vez, vi en él, cariño y amor.



Si la vida está hecha así, tal y como la he vivido a base de golpes, yo saldré adelante luchando

Mi estado era penoso. Mi ropa, hecha jirones, estaba manchada de sangre ya seca, y desprendía un olor pestilente.

Nandita me dijo que nuestro padre y Michael habían robado a los tigres dos botellas de butano rellenas de explosivos, y que las habían vendido a pescadores que utilizaban dinamita para la pesca.

Nada más oírlo me cubrí la cara con las manos. Me alarmé, dije que los tigres no lo dejarían pasar. El ruido de la detonación de un explosivo no pasaría desapercibido para la gente del pueblo afín a los tigres, que cuestionarían la procedencia, y que aunque hubiesen sido ellos dos, irían a por mí de un momento a otro. Por otro lado, le comenté a mi hermana que cabía la posibilidad de que los explosivos no funcionasen debido a que no se habrían guardado correctamente y la humedad y el agua los hubiesen echado a perder.

Nandita me comentó que, tras mi enfado en el cobertizo, nuestro padre entró en la casa y estuvo llorando durante horas para luego pedir perdón a todos por el comportamiento que había estado teniendo durante los últimos años. Michael, mediante dibujos en un papel, le dio a conocer las dos botellas de butano que él mismo había visto en su día que enterré yo con Arafat. Entonces fue cuando decidió dar su merecido a los tigres por haberme causado daño.

Michael aplaudía escuchando a nuestra hermana cómo narraba los hechos. Yo le conté la historia del «fantasma del diente de Buda». Ella no quiso ni pensar qué hubiese ocurrido a nuestro hermano si hubiese sido capturado por el ejército cingalés.

En aquellos momentos me sentí orgulloso de Michael y de mi padre.

Nandita me dijo una cosa más:

—Nuestra madre está de nuevo embarazada.

Michael comenzó a reírse.

—Un nuevo «Gorila» está de camino… —comenté

apesadumbrado.

—Nada de eso —me espetó Nandita—. He prometido a nuestra madre que la ayudaré. Sea niño o niña le inculcaremos una educación para ser alguien con un futuro próspero y digno.

Mi padre y mi tía Renuka entraron juntos en la casa. Se hizo el silencio.

En ese mismo momento el centro de fuego habilitado tanto para cocinar como para dar iluminación al hogar, se vino abajo y arrojó una lluvia de chispas sobre la habitación.

Nandita rápidamente tomó el atizador y se arrodilló para reavivar el fuego. Tenía el rostro muy colorado y, como los demás, no podía ocultar su asombro.

Nunca los habíamos visto uno al lado del otro armoniosamente bajo el mismo techo. Como tampoco habíamos visto nunca a la tía Renuka dentro de nuestra casa. Sin embargo, debido al siniestro aspecto físico que mostraba yo con mi pérdida de peso y mi rostro lleno de cicatrices, ellos eran los petrificados.

Mi padre se acercó con paso lento y me acarició la cabeza con la mano. Mi tía Renuka hacía un esfuerzo por mantener una sonrisa.

—El gran problema de Sri Lanka con el bien y el mal es que duermen juntos —dijo—. He estado hablando con vuestro padre. A partir de hoy mismo viviré en vuestra casa. Trabajaré ayudando a la profesora del colegio y cuidaré de vuestra madre.

Mi tía Renuka siempre decía que el mundo no podía tener arreglo si aquellos a quienes amamos y en quienes más confiamos no son capaces de hacer nada por mejorarlo cuando pueden hacerlo.

Mi padre me dio una bolsa de plástico. Dentro vi una cantidad enorme de dinero. Había conseguido mucho dinero por la venta de las botellas.

—Te vas a ir muy lejos de aquí —añadió mi padre con lágrimas en los ojos—, Tendrás presencia, distinción, clase, pero sobre todo, preparación suficiente para ser alguien en la sociedad y aspirar a lo que tú quieras, porque ante todo tienes que hacer una vida nueva fuera de este país.

—Así es —dijo mi hermana—. Muy bien dicho, papá.

—No sé de verdad qué me está pasando —dijo mi padre abrazándose a Nandita—. Es como si Dios me estuviese iluminando un camino que antes desconocía.

—Lo que te está pasando, papá —repuso Nandita con ternura y con su rostro pegado al enorme pecho de mi padre, al mismo tiempo que me esbozaba una cómplice sonrisa—, es que estas empezando a ser feliz. Todavía lo haces muy mal porque no tienes práctica, pero no te preocupes, dentro de nada habrás aprendido a reírte incluso de tus errores pasados. ¡Nos vamos a divertir mucho siendo felices!

Michael, blandiendo una sonrisa de oreja a oreja, aplaudía sonoramente.

—Los tigres, David —dijo mi tía Renuka abrazada a mi madre, que no cesaba de llorar—, te han demostrado que quienes más intereses demuestran en hacer creer que libran una guerra a muerte por un estado tamil son quienes menos intereses tienen en que este conflicto se acabe. Por eso, una y otra vez realizan actos terroristas, fuera de estas playas, allá en las ciudades, y desesperados utilizan mujeres, niñas y niños como escudos humanos, y en la batalla, cobardemente, no dudan en ponerlos en primera línea para ser los primeros en morir, y en morir ¿para qué? Ellos han tejido tal tela de araña entre sus intereses de dinero, terrorismo y guerra civil que no existe ya fuerza humana para acabar con toda esta sinrazón y locura.

—¡David, vete! ¡Vete! —gritó mi madre histérica, entre lloros; ahora que parecía más vulnerable le quería más que nunca.

En ese mismo momento el padre Thomas entró resollando en la casa. Me dio un abrazo tan fuerte que casi me ahogué estrujado en su pecho. Eché un bufido de dolor. Cogiéndome de los brazos me dio la vuelta, me abrió los harapos, y vio mi espalda amoratada. Abrió de un tirón las espesas cortinas, y con la escasa luz del atardecer, observó las heridas profundas entre los huesos de las caderas, mi torso y las múltiples cicatrices entre las costillas. Debió de quedarse pensando que algo así parecido debió de sufrir tanto san Esteban como Cristo en el Calvario, cuyas estampas impresas y colgadas en la pared no eran sino testigos mudos de aquella atmósfera que jamás llegué a pensar que pudiera existir.

—El infierno ya tiene sus puertas abiertas para ellos —dijo con mucha seguridad, dirigiéndome una severa mirada.

Siguió inspeccionando mis heridas de arriba abajo mientras movía los labios, musitando unas oraciones como si pretendiese curarlas por mera intervención divina. Hizo una mueca de desagrado y, mirándome fijamente, dijo:

—El peor pecado de los guerrilleros tamiles es que su ansia de poder y dinero no conoce límites, y cuando ese tipo de ambición no se controla, acaba por convertirse en una bomba retardada. —Poniendo su ancha mano sobre mi cabeza musitó de nuevo una breve oración antes de santiguarse con rapidez y añadir—: Vete antes de que sea demasiado tarde, David William Guiness.

Por precaución, por si estuviese alguien acechando la casa, mi padre mandó a Michael a dar un rodeo y vigilar el camino que conducía a la playa.

—Venga, rápido, rápido… —dijo el padre Thomas.— No hay tiempo que perder. A esta hora todo el pueblo me habrá visto entrar aquí corriendo y pueden informar a los tigres de que algo extraño

sucede en casa de Gorila. Para impedir que puedas escaparte de Maboombu pueden hacer cualquier cosa en cualquier momento.

Con ayuda de mi hermana, me aseé. Mi tía Renuka me aplicó con rapidez unos ungüentos sobre las heridas y me puso una tela a modo de vendaje alrededor del torso, con el fin de que me aliviase el dolor que sentía. Aunque me quedaba algo holgada, me puse ropa limpia de mi hermano.

—Estoy listo —dije con aseveración.

Me acerqué al padre Thomas y le dije en voz baja, moviendo la cabeza en dirección a mi hermano Michael:

—Padre Thomas, le pido que no lo pierda de vista, porque no solo los tigres sino hasta un chiquillo puede perjudicarlo si se lo propone. El mundo es malo y él es bueno.

—Descuida, David. Lo pondré a cuidar de la iglesia, allí estará todo el día ocupado.

Mi padre me puso sus enormes manos sobre los hombros y me dijo que él y el padre Thomas habían alquilado una barca en una zona determinada de la playa. Dos pescadores, parroquianos de la iglesia del pueblo, la conducirían hasta la India. Me dijo que la bolsa con dinero en metálico se la diese al pescador de mayor edad solo cuando hubiésemos llegado a la costa india.

—Una vez allí —añadió el padre Thomas, comprimiéndome la mano— tienes que conseguir un trabajo, ahorrar el dinero suficiente e irte aún más lejos, a un país extranjero. —Sonriendo y señalando a mi padre, añadió—: Por cierto…, que sepas que tu padre ya tiene una ocupación: trabajará en la reconstrucción del antiguo castillo holandés que transformaremos en un colegio para niñas y niños. Los reyes de antaño solían expiar sus pecados haciendo donaciones a iglesias y monasterios. Tu padre es como un rey del pasado. Él expiará sus pecados echándome una mano. Además, como me faltan monaguillos, me ayudará en los quehaceres de la capilla. —Miró a mi padre con severidad—: Ni una gota más de alcohol probará durante el resto de sus días. —Se volvió hacia mí y su semblante se puso serio—: Dirígete a Dios a menudo…, puede darte fuerza psicológica, y esa gran fuerza, junto con la de tu voluntad, serán los factores que harán posible que triunfes en la vida. No te olvidarás, ¿verdad? Y tampoco te olvides de esto que te voy a decir: no debes volver la cabeza hacia atrás. Solamente los imbéciles se anclan en problemas del pasado, y tú no lo eres. Siempre debes seguir hacia delante, y nunca, nunca, volver a Maboombu. ¿Lo has entendido? Tendrás que afrontar esta decisión durante el resto de tu vida. Para siempre. Sigue adelante, sin mirar atrás.

Como es natural, hoy miro hacia atrás a través de los años y no me es muy fácil recordar todos los pormenores y detalles de lo que

ocurrió. Creo que las escenas se desfiguran un poco y que se olvidan muchas cosas; pero de lo que sí estoy completamente seguro es que en aquel momento me sentía invadido por una tremenda emoción y que no lamentaba en absoluto abandonar Maboombu en ese preciso instante.

Cuando salí de casa tras despedirme de todos y adentrarme en la oscuridad de la noche junto con mi hermano Michael, que me indicaría el lugar preciso donde los pescadores me estaban esperando, por el camino luché contra las lágrimas y me prometí una cosa: «Si la vida está hecha así, tal y como la he vivido a base de golpes, yo saldré adelante luchando. No importa el número de golpes que vaya a recibir, porque seré más duro y fuerte, me levantaré y seguiré adelante, como me ha dicho el padre Thomas».

Pocos meses después, cuando me encontraba trabajando sin descanso, empleado en los trabajos más bajos en el estado de Tamil Nadu, al sur de la India, comprendí que resultaba inútil implorar compasión a nadie, no porque me considerase en aquel momento un hombre prematuro, sino porque había llegado a la conclusión de que quienes permitían que, nosotros, los tamiles de Sri Lanka, tuviéramos que vivir como las ratas en la India o en cualquier otro país extranjero no conocían el significado del término compasión, ni yo la necesitaba.

Toda la zona meridional del cielo estaba cubierta de nubes.

La noche era muy oscura.

Yo seguía a mi hermano.

De repente, a nuestra espalda se pudo escuchar el motor de un vehículo; el inconfundible sonido de un camión de los tigres. Acto seguido sonaron unos disparos hechos al aire. Supe que indicaban a otros guerrilleros que quizás estaríamos en las inmediaciones de la playa; que «la presa» había huido. La voz del padre Thomas y la de mi padre discutiendo con los tigres, sin duda para ganar tiempo, resquebrajaron aquella oscuridad de la noche. Michael, caminando delante de mí, se giró y me sonrió.

El viento con arenisca que soplaba del este nos daba de lleno en el rostro. El tiempo corría; aquellos pocos minutos que me quedaban en Maboombu eran como la arena de mi vida, que iba derramándose ante mis ojos.

Al llegar a la playa, Michael se sacó del cinto una larga y gruesa linterna e hizo un signo moviéndola en círculos en el aire y apagándola y encendiéndola varias veces; fue respondido de igual modo desde la orilla por los pescadores que nos aguardaban junto a una modesta barca a remo.

Cuando me disponía a saltar a la embarcación, quise abrazar por última vez a mi hermano, pero antes de que me diera cuenta él ya había salido corriendo por la playa débilmente iluminada por la luna.

Entendí que le dolía mucho despedirse de mí, y no sabiendo cómo hacerlo obró de tal forma.



Cruzando «el puente Adam» con destino a la India

Nuestra barca tuvo que luchar para abrirse camino entre las cadenas de arrecifes que separan la India de Sri Lanka, lo que se denomina «el puente Adam». El temporal había comenzado nada más alejarnos de la costa. Un ventarrón procedente del este desató los vientos y levantó las olas. Aunque nuestra barca estaba concebida para resistir las más violentas tempestades, danzó durante horas sobre aquel mar endemoniado como si fuese una simple hoja caída en el agua. Podía oír cómo la barca chirriaba y gemía extenuada, cómo se derrengaba, cómo luchaba. A duras penas los curtidos pescadores de Maboombu conseguían hacerla avanzar.

Escuché a los dos hombres comentar con aprensión la oscuridad de esa noche. Las nubes comenzaron a descargar grandes gotas. Gotas de tempestad. Los pescadores gritaban para oírse uno al otro entre el ulular del viento. Uno de ellos se dio cuenta de mi preocupación.

—¡Tranquilo, David! ¡Te dejaremos en tierra a salvo! —me gritó el más veterano con la intención de animarme.

La noche ya era de por sí oscura, pero las tremendas nubes negras hacían que la oscuridad fuese todavía más profunda. La distancia entre una costa y la otra, de casi treinta kilómetros, se nos hizo eterna. Siempre he creído en Dios y en el poder de la oración, pero tras el transcurso de mi vida, mi fe me ha llevado a plantearme una serie de interrogantes para los que exigiré respuestas después de la muerte.

Cada vez que la barca chocaba con una ola, toda la embarcación temblaba. Estaba el peligro de las rocas, pero los dos hombres ya tenían suficiente experiencia en recorrer aquel trayecto y conseguían eludirlas con maestría. Agarré con el puño cerrado el colgante en forma de catamarán. Aquel objeto, precioso para mí, sería el único que pasaría conmigo de la vida antigua a la nueva, con excepción de cicatrices, afectivas y físicas, y de numerosos recuerdos.

Cesó de llover; pero el mar, violentamente agitado, presentaba

un aspecto terrorífico. Sentí convulsiones en mi estómago, pero los gritos de los pescadores, dándose órdenes el uno al otro, me sacaron de mi estupor. En más de una ocasión pensé que seríamos enterrados vivos. Las sacudidas de las olas contra la barca eran brutales. «¡Señor, ten piedad de mí!», supliqué en más de una ocasión.

En determinados puntos, los dos hombres saltaban al agua y, tocando pie en la superficie de los bancos de arena, empujaban la barca atada con gruesas cuerdas embreadas.

Cuenta la epopeya india Ramayana, que aquel puente de tierra, ahora en parte sumergido, fue construido por Hanuman y su ejército, compuesto de hombres mono, para servir a Rama, héroe legendario hindú, de medio por el que poder cruzar las aguas hasta llegar a la isla de Sri Lanka y rescatar a su mujer de las garras del rey demonio Ravanna, que la había secuestrado.

Durante un tiempo nos quedamos en un arrecife para esperar que el temporal amainase.

—¡Allí está la India! —exclamó el más joven a su veterano compañero señalando unas luces apenas visibles a través de aquel temporal.

Allí estaba una enorme masa negra que dominaba las aguas tumultuosas. ¡Una roca enorme! ¡Tierra! ¡La India! ¡Mi nueva vida! Nunca, en toda mi vida, había deseado tan impacientemente una cosa como la vista de ese espolón rocoso.

Pero mi entusiasmo se apagó inmediatamente al sentir la preocupación de los dos pescadores. Supe que íbamos a dar contra unos territorios rompientes. Cualquier ola podría arrastrarnos y estrellarnos contra las rocas. Volví a agarrar con fuerza el colgante de Ambika como quien se aferra a un talismán protector: «Dios, ten misericordia de mí, apiádate de mí, no me dejes en estos momentos. Después de todo lo que he pasado, no permitas que muera tan cerca de alcanzar la libertad. ¡No lo permitas, por favor!».

Después de una lucha encarnizada contra la furia del viento y contra los azotes de las olas, nos aproximamos a la costa.

Un grupo de personas se nos acercaron nadando y ataron cuerdas en nuestra barca para evitar acercarse demasiado y encallar en las rocas recortadas que formaban un cerco delante del litoral. Por supuesto, habría otros lugares más accesibles para llegar a territorio de la India, sin embargo, por motivos de seguridad, para no ser interceptados por los guardacostas que patrullaban, se utilizaban esas rutas peligrosas.

Mientras que unos mantenían la barca sujeta, otros ayudaban a los pescadores a sacar grandes fardos que estaban cubiertos bajo una lona de plástico. Años después, recordando aquel viaje, entendí que aquellos pescadores realizaban contrabando, quizás de tabaco o

posiblemente de té. Si nos hubiesen interceptado, yo hubiese corrido la misma suerte que ellos: la cárcel.

Tan pronto como descargaron, aquel hombre me cogió y me llevó en brazos hasta la orilla. Una vez en tierra, saqué la bolsa de plástico con el dinero y se la tendí. El pescador, sin mirar el contenido, me sonrió y se la guardó dentro de la camisa.

—David, tenemos que correr sin descanso toda esta playa. No te sueltes de mi mano. Si oyeses disparos o si, por cualquier motivo, tuviera que soltarte, tú sigue corriendo en línea recta, sin mirar hacia atrás ni a los lados. Recto, ¿me oyes?

Me cogió de la mano con fuerza y cruzamos corriendo la enorme playa que teníamos frente a nosotros.

Tras el manillar de una desvencijada moto, nos estaba esperando un chico joven de unos veinte años. Sin intercambiar palabra alguna, me puse con apremio la ropa que el desconocido me tendía, ropa de lo más sencilla, propia de un niño de mi edad de la comarca; chanclas de plástico, pantalón corto y una camiseta estampada con el dibujo de Mickey Mouse. Me senté en el sillín y, antes de poder despedirme del pescador de mi pueblo, el conductor aceleró por un camino de tierra. No miré hacia atrás.

Llegamos a la vecina estación de tren. El chico, sin mediar palabra, me dio rupias indias, un billete de tren con destino a la ciudad de Chennai y un papel donde estaba la dirección escrita del lugar al que tenía que dirigirme.

Una gran muchedumbre hormigueaba entrando y saliendo de la estación, en medio de un enorme ruido. A cada momento salían largos trenes hacia las direcciones más dispersas. No sabía en qué ciudad estaba y me daba miedo preguntar, así pues, no lo hice. A un vendedor de fruta le mostré mi billete y este me señaló el andén donde debía esperar.

La diferencia que noté con respecto a mi lugar de origen fue que en la India las calles siempre estaban no solo muy sucias sino también llenas de gente. También hacía más calor y la humedad era mayor. Quizá el agravante estaba en la alta cantidad de polución que producían los vehículos y las fábricas. Como tenía bastante tiempo antes de que hiciese su aparición por el andén el tren que tenía que tomar, durante un rato me paseé por allí fascinado por todo lo que veía y olía, y más concretamente por los atuendos de colores de las gentes y por las diferentes lenguas en las que hablaban.

Una vez en el conglomerado y ruidoso vagón, con los ojos entreabiertos, no pude menos que pensar en la noche, en las estrellas, el silencio solemne de la jungla de Maboombu, el olor de la vegetación, el agua pura del río que desembocaba en la playa, en la magnífica cascada donde nos bañábamos. El chirriante ruido del tren

me despertó de todo aquello. Cruzábamos los campos a gran velocidad. El pitido ensordecedor de la locomotora traspasaba la noche como punzadas en el corazón…

Recuerdo que el tren avanzaba interminablemente a través de la oscuridad y que de vez en cuando aparecían luces de pueblos y las ruedas cambiaban de ritmo. Me estaba alejando. Me estaba yendo. Me estaba yendo hacia adelante.

La ciudad de Chennai, capital del estado de Tamil Nadu, anteriormente denominada Madrás, me causó una gran impresión. Estaba aturdido. Nunca había estado en un lugar como aquel, en un gran conglomerado urbano, con gente y vehículos por todas partes; las calles rugían y escupían aire caliente como el dragón de un cuento. Los efluvios de toda aquella materia viva me producía un ligero mareo.

Años más tarde estaría en otras grandes ciudades, cada cual con sus distintas características, como Bombay y París. Pero la ciudad de Chennai, con un pasado histórico de siglos, poblada por millones y millones de habitantes y anclada en sus tradiciones locales, la encontré totalmente caótica… El ruido, el estrépito de los autobuses, me ensordecían.

Yo había vivido en la jungla, en la playa; había experimentado aventuras, noches en blanco; la continua lucha contra los hombres y los elementos. Me había convertido en otro ser humano, hasta había cambiado físicamente tras haber pertenecido al grupo terrorista de los tigres. Pero ¿qué sería de mí en aquel lugar? ¿Qué tendría el destino esperándome en aquella superpoblada ciudad? No había allí el susurro de las hojas; los árboles frutales; faltaba el silencio, el soplo del viento que murmuraba extrañas canciones, el hálito de los campos… Por el contrario, todo lo que me rodeaba eran edificios fríos, sucios y de color oscuro que aprisionaban a hombres igualmente fríos, sucios y de color muy oscuro.

Pronto comprobé cuánta razón tenía mi tía Renuka en cuanto a las divisiones sociales en la India y sus castas. Los peores que me trataron fueron los hindúes brahmanes. Su egoísmo, cinismo y egocentrismo eran verdaderamente apabullantes. Al notar mi procedencia, debido a mi acento tamil —pronto supe cómo disimularlo—, se incomodaban y gritaban. Todos amaban el dinero y eran viles. A cada paso intentaban engañarme, aunque solo fuese para conseguir unos céntimos.

Nada más salir de la estación de tren, con ayuda de un *autorickshaw* compartido junto con una gorda mujer que no dejaba de hablar al conductor, llegué a la dirección que tenía escrita en el trocito de papel.

El dueño del pequeño restaurante donde empecé a trabajar por

recomendación del amigo indio de los pescadores de mi pueblo, se llamaba Hariharam.

Desde el mismo momento de mi aparición, Hariharam se mostró tremendamente hospitalario conmigo, y así fue durante los primeros días. Hasta me ofrecía té con mucha leche y azúcar por las mañanas. Aquello para mí era un lujo. Me hizo infinidad de preguntas primero sobre mi lugar de origen, Maboombu y después sobre mi familia. Su interés iba en aumento cada vez que hablábamos. Me mostré abierto con él. Antes de que pudiera darme cuenta, hice mención, sin entrar en muchos detalles, a mi pasado como niño soldado.

Al cabo de aproximadamente una semana, cuando ya supo todo lo que él quería saber, su semblante y su trato hacia mí cambiaron. Me tenía cogido… Sabía que no tenía a ningún familiar ni amigo en la India que pudiera asistirme y quiso utilizarlo en su favor. Enseguida me pude dar cuenta del verdadero carácter de aquel hombre. De estar sirviendo las comidas como un camarero más, sin razón aparente me puso a hacer el cometido más bajo.

Todos los días, como forma de imponer su casta alta hindú sobre mí —un ser inferior, según él—, me decía bien alto y claro para que retumbase en mis tímpanos: «¡Ram, Ram!», como saludo invocando a su venerado Dios Rama.

—Si no haces lo que te digo —me amenazó Hariharam, mirándome con sus grandes ojos llenos de odio—, te denunciaré a la policía y te meterán en la cárcel por ser un inmigrante ilegal.

Cuando escuché aquellas palabras lo miré con estupor e incredulidad. Él sabía lo que me podía pasar si me denunciaba como inmigrante ilegal, y se sintió muy satisfecho al ver reflejados en mi rostro la sorpresa y el miedo.

Me puso a limpiar no solo su viejo restaurante de arriba abajo, sino también los baños públicos situados fuera de su local y que frecuentaban sus clientes. No hace falta decir la suciedad que acumulaban. Durante días me arrastraba de rodillas fregando aquellos suelos con un simple trozo de tela de saco mojado, que escurría con mis propias manos sin protección alguna en un cubo metálico, en cuyo interior escupían tabaco de mascar los hombres que entraban a orinar y defecar.

Por las noches, en el interior del restaurante, cuando me tumbaba en un rincón del suelo para poder dormir, contemplaba el techo, con la pintura blanca desconchada y agrietada, y hacía esfuerzos por recordar el tenue aroma de la vegetación en Maboombu. Cosas insignificantes a las que en el pasado no presté atención y ahora echaba de menos; como el susurro de las hojas de los árboles producido por la brisa procedente del mar. Pero sobre todo era Ambika quien volvía a mis recuerdos, siempre sonriendo, con su

cabello negro y sus bellos ojos, la imaginaba a mi lado, escuchando en silencio sus recetas de cocina. En los peores días, aparecía en mis sueños y me decía: «Si has sido capaz de llegar hasta aquí, no te rindas ahora. Sigue adelante, David. Sigue adelante, David». No solo pensaba en ella, sino que la revivía, la veía, la escuchaba. Las escenas más emotivas de mi vida en Maboombu pasaban en cámara lenta. Cuando me despertaba estaba tan convencido que realmente me había hablado durante la noche, que tan solo con rememorarlo me infundía ánimos para emprender con energías renovadas una nueva jornada de trabajo.

Capítulo 21

Las ruedas del tren empezaron a hablarme con su clic-clac

A diario veía un peculiar personaje en el restaurante, siempre en silencio, tomando su té y escribiendo anotaciones en un cuaderno. Aunque no era alto, todo lo demás era en él grande; tenía la frente despejada; el poco pelo que le quedaba estaba teñido de negro tizón, lo mismo que su poblado bigote; la nariz era ancha y más negra que el resto del color de su piel; la boca mucho más grande de lo normal, con unos labios de color violeta debido a los cigarrillos que no dejaba de fumar, y unas grandes bolsas lívidas bajo los ojos le daban un aspecto de estar muy cansado.

Oí en la cocina que su nombre era Prapanyam, un escritor que había acabado en la pobreza e ignominia social más profunda a causa de su afición al alcohol, y que actualmente para sobrevivir se dedicaba a escribir relatos cortos para un periódico local. Pero anteriormente fue uno de los escritores más celebres y populares de la India. Hasta productores de cine llevaban a la gran pantalla sus novelas. El éxito le había arruinado y había caído en la adicción. Durante su declive personal, los productores, directores y guionistas de la industria cinematográfica de Tamil Nadu aprovecharon para robarle diálogos de sus escritos en revistas literarias, de sus novelas y de sus relatos cortos, sin pagarle un céntimo en concepto de derechos de autor.

Había veces que sentía unas ganas locas de contarle mis problemas. Echaba de menos una sonrisa, una muestra de amistad, un consejo o gesto de aliento.

Un día, Prapanyam notó que yo le observaba mientras él escribía en su cuaderno, y me llamó.

Al notar que mi acento tamil procedía de Sri Lanka, me preguntó con cierta curiosidad sobre mi vida pasada. Abrí la boca, pero me contuve, temeroso de todas las cosas que podría decir si me decidía a empezar. Pero él me animó ofreciéndome su vaso de té masala. A medida que iba narrándole los hechos, me invitó a sentarme y me

convidó a una tostada con tortilla. Su rostro, de cerca, ofrecía un aspecto impresionante; su tono de voz, en cambio, emanaba tranquilidad, daba alivio, como cuando has perdido algo importante y, de pronto, al meter la mano en el bolsillo o al abrir un cajón de un mueble, encuentras lo allí olvidado.

Visiblemente enfadado, Hariharam, nos miraba desde la distancia, pero no se atrevió a interrumpirnos.

Le conté la vida que había estado llevando en Maboombu, sobre los pescadores, el padre Thomas, cómo a mi padre le apodaban Gorila, la desdicha de mi madre, mi amistad con Ambika, y terminé mencionando mi pasado como tigre soldado. Prapanyam parecía fascinado por lo que yo le iba narrando. Me escuchaba con toda atención y comenzó a preguntarme un montón de detalles. Conforme le respondía, él tomaba rápidas y breves notas en las páginas de su cuaderno.

Cuando terminé mi relato, él se levantó y, sin decirme ni una sola palabra, pagó la factura y se fue. Al día siguiente volvió a la misma hora de siempre.

Mientras limpiaba el suelo, él no dejaba de observarme. Haciendo un gesto con el dedo, me dijo que me aproximase.

—David —me dijo—, ayer cuando regresé a mi casa estuve dando vueltas a todo cuanto me contaste. Estoy francamente seguro de que tu historia y tu experiencia como niño soldado pueden dar para un libro fascinante y no menos que apasionante.

Nunca había pensado que todo cuanto me había ocurrido en mi pasado pudiese ser tema de un libro. Estaba sorprendidísimo.

—Sería como una versión moderna de Oliver Twist —se tocó el mentón, y añadió—: ¿Qué digo? Sería la versión tamil de Tom Sawyer.

Cuando se hubo ido. Hariharam me cogió con fuerza del lóbulo de la oreja y tiró de mí hacia arriba, haciendo que me pusiese de puntillas sobre el suelo.

—Eres un niño estúpido, torpe e imbécil —rugió dándome un empujón que hizo que me cayese al suelo—. Tan pronto ese vagabundo muerto de hambre publique tu historia, la policía india te arrestará, te encerrará en la cárcel indefinidamente y quizá te manden de vuelta a Sri Lanka, donde el gobierno cingalés también te meterá entre rejas por haber sido un terrorista. Allí, el trato que recibirás será peor que si estuvieses muerto. ¿Y qué te crees que pasará conmigo y mi establecimiento por haber dado cobijo a un terrorista, eh?

Desde aquel día ya no volví a ver más a aquel escritor. Seguramente Hariharam, con amenazas, le habría prohibido su presencia en el restaurante. Para que le pagase el tiempo que había empleado yo con el escritor, me mandó sentarme frente a la entrada

de los urinarios con un bote metálico.

—Como no recaudes más de cien rupias en limosna, hoy no te doy de comer ni de beber.

Tenía tanto miedo de la policía india y de que me deportasen que hacía todo cuanto me decía. Hasta le masajeaba todas las tardes los pies con aceite de mostaza porque padecía de artritis.

Pero llegó el día en que me escapé. Ocurrió un suceso que nunca llegué a pensar que me pudiese ocurrir; el hecho de recordarlo me da escalofríos. En el urinario público, estando de rodillas limpiando el suelo, un hombre que tenía los ojos húmedos y ligeramente entrecerrados, me agarró de la cintura y me pegó junto a él. Olía a alcohol. No supe qué pretendía hacer conmigo, pensé que yo le bloqueaba el paso para ir al baño que acababa de limpiar e intentaba levantarme del suelo para dejarme a un lado. Pero al girar ligeramente la cabeza, vi que tenía su ropa bajada. Violentamente me empujó dentro de uno de los baños y sujetaba la puerta para cerrarla detrás de él. Me sobresalté. Instintivamente le pegué con tanta fuerza una patada en la rodilla que cayó hacia atrás y, debido a que estaban húmedas las baldosas que acaba de fregar, se resbaló. Al caer de espaldas con todo su peso, se golpeó la cabeza contra un grifo. Al escuchar el sonido de un hueso roto, supe que quizá se habría matado. Salí corriendo del lugar como un vendaval. Desde lejos escuché unos gritos. No miré hacia atrás.

Sin recoger ninguna de mis pocas pertenencias, me fui a la estación de tren. Me subí al primer vagón que estaba a punto de salir de un andén. Después supe que se dirigía a la ciudad de Coimbatore. Me situé tan pegado a una familia numerosa que tenía a todos sus niños tumbados por todas partes que el revisor ni me prestó atención.

Cuando el tren comenzó a salir lentamente de la estación, miré por la ventana y fui consciente, con cierta estupefacción, de que una gran línea divisoria de mi vida acababa allí. Con la mirada fija distraídamente en el monótono paisaje, las ruedas del tren empezaron a hablarme con su clic-clac: «clic-clac, sé fuerte, David», «clic-clac, sé fuerte, David».

* * *

En la ciudad de Coimbatore, conocida como la Manchester de la India, conseguí enseguida trabajo en la cocina de un restaurante cercano a la estación. Tras hacer amistad con empleados locales, mediante recomendaciones fui cambiando sucesivamente de trabajo. Empecé de lavaplatos, luego pasé a trabajar como ayudante de cocina y después fui camarero en un hotel de dos estrellas. Esto me sirvió para obtener documentación y abrirme una cuenta en un banco.

La muerte de mi amigo Arafat, y el suicidio de Dominic ante mis ojos, fueron unos golpes tan duros que, de todas las cosas que me sucedieron durante mi vida en Maboombu, estas fueron las que más hicieron que cambiara la concepción que tenía de la vida y mi postura ante ella. Pero sobre todo, a partir de la muerte de Dominic, me pude dar cuenta de muchas cosas. En primer lugar, que en la vida solo sobreviven los más fuertes. Los débiles pierden o mueren. Es como en la jungla, donde solo los fuertes conservan la vida. Los duros, los astutos, son los que ganan.

Durante esa época fue cuando decidí cambiar mi identidad por la de Jacob Anthony Thasan, originario de un pequeño pueblo de pescadores al sur de la India. Absolutamente nadie lo podía negar; tenía el mismo color de piel chocolate, me hacía pasar por cristiano, algo completamente normal en el sur del país, y encima hablaba perfectamente el idioma tamil, evitando el peculiar acento de los tamiles de Sri Lanka. Más a mi favor estaba el hecho de que los dueños de restaurantes se quedaban admirados de mis conocimientos sobre el pescado y las innumerables formas de cocinarlo. Así, pronto supe sacar partido de las cosas positivas que había aprendido en Maboombu; sin haber sido nunca consciente de que la gastronomía se convertiría en la fuente de mi supervivencia.

Pasaron cuatro años hasta que fui empleado en un restaurante de mayor categoría como ayudante del chef, y cuando este consiguió trabajo en un hotel de cinco estrellas en Bombay, estaba tan contento conmigo que me propuso ir a trabajar con él. Esta persona se había sentido atraída hacía mí como consecuencia de la singularidad de mis insólitos antecedentes y había escuchado con avidez mis relatos en la India como inmigrante. A pesar de no tener ninguna cualificación, él realizó por mí un *curriculum vitae* alegando que había estudiado en ciertas academias de hostelería, y así fue como fui empleado en el prestigioso hotel Marriott. Al poco tiempo perdí a este amigo, ya que consiguió una plaza de trabajo en Sudáfrica.

Cuando el tren salió de la estación de Coimbatore con destino a Bombay, miré por la ventanilla abismado en mis pensamientos. Una vez que fue cogiendo velocidad, el clic-clac de las ruedas comenzó a enviarme mensajes: «clic-clac, estás triunfando». «Clic-clac, sigue así, no te rindas». «Clic-clac, adelante David, adelante».

Pasaron los meses y los años. De recomendación en recomendación fui subiendo de escalafón porque siempre fui un gran trabajador, honesto y sincero. Me dolió tener que despedirme de los amigos que dejaba por el camino, pero mi única preocupación era seguir hacia delante y no mirar atrás. Me había costado no poco trabajo encajar todos esos duros golpes que recibí en el pasado y el rudo aprendizaje de mi independencia. Pero de todo ello había salido

enreciado y endurecido.

Cuando vi la cantidad de dinero que había conseguido ahorrar en el banco, fue el momento en el que decidí conseguir un pasaporte indio y viajar al extranjero.

Después de mandar mi *curriculum* a los hoteles Marriott en distintos lugares de Europa, me contestaron desde París para ocupar una plaza en la cocina. Sin dudarlo, y después de obtener un visado, cogí un vuelo para Francia.

En el avión, miré por la pequeña ventanilla. Yo mismo me decía: «David William Guinness, has triunfado. Viajas a Europa, pero ¿qué ha sido de aquellos que conociste y que no han triunfado?». Quise mirar hacia atrás en el tiempo y los rostros de las personas que había dejado atrás atravesaron mi mente como un relámpago.

Tenía claro que había logrado el milagro de sobrevivir como niño, tigre y soldado, y eso era ya en sí mismo todo un triunfo tanto mayor cuanto más inesperado. Mi vida y mi carrera se abrían delante de mí y tenía la seguridad de que estaba preparado. Las duras lecciones que había recibido en mi niñez me dieron una importante ventaja sobre quienes habían disfrutado de una infancia y una juventud más fáciles o protegidas por unos padres que se ocuparan de ellos. En el juego de las rivalidades, estaba convencido de que el futuro era mío.



¡Lo que voy a aprender de los cocineros franceses!

—¿Motivo de la estancia? —me preguntó en francés el funcionario de inmigración.

Yo no entendía el idioma. Así pues, fruncí el entrecejo, me encogí de hombros y le mostré el papel donde tenía escrita la dirección del hotel Marriott en París. Tras leerlo, el oficial me lo devolvió y me hizo un ligero movimiento con la mano para que continuase.

A pesar de ser las cuatro de la mañana, iba yo tan pulcramente vestido y acicalado que creo que esta fue la razón por la cual en inmigración no se molestaron en mirar más puntillosamente mi pasaporte y cuestionarme sobre mi estancia. Aún no era consciente de que no tenía visado de trabajo.

Nada más salir del aeropuerto, un empleado de limpieza africano me indicó qué autobús debía coger para llegar al hotel. Aquel hombre me atendió con tal cordialidad que debió de pensar que era un huésped.

Yo había leído mucho acerca de la ciudad de París. En el hotel Marriott de Bombay había una biblioteca en el bar exclusivo para clientes hospedados en suites y, además, otra en el *business centre*. Cuando uno ha sido seducido por el encanto del París literario, que es un mundo paralelo al París real, es inevitable no querer que la vida de todos los días se parezca a lo que cuentan en sus aventureros o melancólicos relatos Baudelaire, Hemingway, Sartre o Henry Miller. En algunas novelitas cursis que pude leer, había parejas de enamorados que se despertaban una mañana soleada en una suite de hotel cuyo balcón daba hacia la Place Vendôme; desayunaban *pain au chocolat* con café en una panadería atendida por su anciano y jovial propietario; luego salían a caminar cogidos de la mano por el Sena en dirección hacia la Torre Eiffel y, después, almorzaban *une soupe à l'oignon* y *une crêpe sucrée* en una terraza bajo las arcadas de la Place des Vosges, donde los atendía un apuesto, servicial y simpático

camarero de silueta esbelta, pelo negro engominado hacia atrás y bigotito fino. Pero lo que yo iba a experimentar en aquella ciudad iba a ser algo muy distinto...

Cuando llegué al hotel Marriott a primera hora de la mañana, el conserje, con cara de desagrado y malos modos, al comprobar que no era un rico huésped de origen asiático, me señaló una puerta en un lateral del vestíbulo.

Quise cerciorarme de que entraba en la puerta correcta, ya que había tres y sin ninguna indicación de departamento mencionado. Me giré y vi que el conserje de manera despectiva realizaba una broma a un recepcionista sobre el modo en el que iba yo vestido. Ambos se rieron.

Toqué a una puerta, no obtuve respuesta y la abrí. Dentro había un pasillo estrecho y largo. Oí detrás de mí el tintineo de una campanilla. Me di la vuelta. El conserje, desde la distancia, me señalaba con el índice la otra puerta de al lado, y con un movimiento de cabeza mostró de nuevo su desagrado al recepcionista, como diciendo «Este es un caso perdido». Ambos volvieron a reírse.

—Buenos días —dije en inglés a una joven y muy atractiva señorita detrás de un escritorio lleno de papeles—. Mi nombre es Jacob Anthony Thasan, y vengo para ocupar una plaza de cocina, como ayudante de chef.

Le tendí mi carta de recomendación del director del hotel Marriott de Bombay.

Sin decirme nada, cogió el documento que le ofrecía y se quedó leyéndolo por encima rígidamente.

—No, no. Aquí usted no puede trabajar —exclamó quedamente en inglés con un fuerte acento francés, dándome el papel de vuelta.

Aún seguía yo de pie, sujetando mi maleta en el aire con una mano, y con la mochila colgada a la espalda.

—No entiendo cuál es el problema —repliqué con frustración, incrédulo respecto a lo que me había dicho y esperándome lo peor—. Estoy aquí para ocupar una plaza como ayudante de chef. Acabo de llegar a Francia. Llegué esta mañana temprano. Vengo directamente desde el aeropuerto. He sido empleado del Marriott de Bombay durante casi cuatro años. Incluso mi chef me comentó que era apto para este trabajo y se lo confirmamos a ustedes por fax. —Comencé a rebuscar documentos en mi mochila de mano y le enseñé una copia de un fax—. Como puede ver en este otro documento, una señorita de este hotel me contestó dándome el trabajo y la bienvenida y diciéndome que me presentase hoy mismo aquí. No solo eso, sino que desde la India el director del hotel Marriott, el señor Gaurav Jain, se puso en contacto con ustedes para confirmar que ocupaba yo la vacante. —Noté que la señorita parecía molesta por mi insistencia;

con nerviosismo le mostré otro documento—. Y esta es la carta de recomendación que el director en la India me dio para que la presentase a ustedes nada más llegar. Todo se recoge aquí, hasta el número de código del puesto de trabajo…

—Muy rápido ha venido usted a Francia. En el documento, no hay mención de su permiso de trabajo. —Después de una pausa tableteando con los dedos la mesa, añadió—: Déjeme ver su pasaporte.

Se lo tendí.

—Mire —me dijo categóricamente la joven—, usted no puede trabajar aquí por el mero hecho de que no ha cumplido las normativas de inmigración. Usted es asiático, no europeo, por tanto, tiene que obtener los documentos correspondientes para poder acceder a esta plaza en la cocina de nuestro hotel. De acuerdo, desde aquí le dieron la plaza, pero usted no tiene permiso de trabajo. Seríamos nosotros quienes estaríamos incumpliendo las leyes y sancionarían a este hotel y a su dirección, por su culpa. Debería de haberse asesorado por un profesional, y no dejarse llevar por un entusiasmo pasajero.

Me quedé petrificado. Sin esperar a que me invitaran a tomar asiento, me dejé caer en una silla.

—Bueno… ¿y dónde tengo que ir? —pregunté completamente desalentado—. ¿Dónde puedo obtener esos documentos?

—Tiene que dirigirse a la oficina de inmigración.

Con rapidez escribió en una pequeña octavilla, con el membrete del hotel, la dirección, y me la tendió en el aire con la esperanza de que me fuese lo antes posible de su despacho.

—Pero ¿dónde voy a dormir?

—*Eso* es problema de usted —contestó muy rápidamente, y se quedó muy satisfecha con su respuesta.

—Soy empleado de la cadena Marriott desde hace años… —dije intentando agarrarme a cualquier posibilidad para obtener una ayuda por su parte.

—Usted no es empleado nuestro e incumple las leyes de inmigración francesas, si lo que quiere es trabajar. —Se levantó con la intención de que yo hiciese lo mismo y sin duda invitándome a marcharme de una vez por todas—. Usted solo tiene visado de turista. No tiene ningún documento oficial que le permita estar empleado legalmente. —Antes de que pudiese yo decir nada, sentenció la entrevista de manera tajante—: *Buenos días*.

Quise preguntarle al conserje de qué modo podía llegar a la oficina de inmigración, pero nada más ver que me aproximaba, se giró fingiendo con descaro que atendía una llamada al teléfono fijo del vestíbulo.

Estuve deambulando por las inmediaciones del hotel toda la mañana. Me encontraba desesperado, desilusionado, maltrecho por

dentro. Comencé a sentir un hambre terrible. En una esquina, vi un McDonald's y decidí entrar. Estaba lleno de gente.

Un empleado, con aspecto de ser asiático, se me quedó mirando mientras limpiaba unas bandejas acumuladas, una encima de las otras, sobre un mueble con una ancha portezuela para tirar los desechos.

—Mi nombre es Thabinayagam —se presentó ante mi sorpresa.

Era la primera vez que oía hablar a alguien en mi propio acento tamil desde hacía mucho tiempo.

—¿Cómo has sabido que soy tamil de Sri Lanka?

—La experiencia, hermano, la experiencia… —contestó mirándome con una sonrisa irónica de arriba abajo.

Pensé que, sin duda, me delataban mis facciones y, de algún modo, la forma en que iba vestido, pero yo creo que tuvo suerte y tan solo quiso averiguar si era tamil indio o tamil de Sri Lanka.

—Mi nombre es Jacob Anthony —dije de manera impulsiva—. Venía con una carta de recomendación para un puesto de trabajo en el hotel Marriott, aquí enfrente, pero han visto que no tengo permiso de trabajo…

—Sal fuera y espérame en la puerta de servicio que hay al otro lado del edificio —dijo interrumpiéndome.

Thabinayagam era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Llevaba en Francia más de seis años. De Rusia viajó a Italia junto con un grupo de tamiles a quienes engañó un agente de viajes de la India prometiéndoles documentación, como visados de trabajo y de residencia. Tras desembarcar en Italia, en inmigración del aeropuerto fueron cuestionados y posteriormente detenidos. Los mandaron a un centro para inmigrantes y les comunicaron que serían deportados. Él consiguió escapar junto con unos africanos y finalmente llegó a Francia, donde estuvo empleado en el campo recogiendo uvas, para más tarde viajar a París. Era de un pueblo cercano a Maboombu. Cuando lo mencionó, una sombra cubrió mi rostro. Había intentado borrar mi pasado y no quería darlo a conocer a nadie. Yo le mentí y le dije que era de un pueblo cercano a Jaffna, la capital de la provincia norteña de Sri Lanka.

Aquel día me ofreció un montón de hamburguesas y Coca Cola. Más tarde me dijo que podía pasar la noche en su apartamento.

Era un edificio de clase obrera a las afueras de la ciudad. Tenía un aspecto cochambroso. Se oían gritos, peleas, televisores con el volumen alto, música, risas, lloros, golpes…, de todo. Me contó que había sido edificado tras la segunda guerra mundial para albergar mano de obra argelina.

Al día siguiente me acompañó a la oficina de inmigración. Él se conocía todo acerca de los procesos para obtener permisos, trabajos temporales y dónde hospedarse. Como todo estaba en francés, me

rellenó la documentación él mismo y fue conmigo al albergue de inmigrantes.

La gorda señora francesa sentada en la recepción nos dijo que no se permitían visitas en los apartamentos, pero que hacía una excepción con mi amigo, teniendo en cuenta que yo no hablaba francés. Además, comentó a Thabinayagam, que si el guardia de seguridad encontraba a un visitante, con la llave maestra sacarían todas mis pertenencias a la calle y no me dejarían volver, a no ser que pagara una cuantiosa multa. Thabinayagam le dio una breve descripción de lo buena persona que era y le prometió que yo no causaría problema alguno.

Aquel edificio estaba en tan mal estado que, en comparación, el suyo era el Marriott. Yo era el único tamil. Estaba lleno de musulmanes del norte de África. Mi habitación tenía que compartirla con dos indios hindúes.

—¡Ah! Qué bonito —dijo Thabinayagam sarcásticamente nada más entrar en el apartamento.

Desprendía una peste a incienso impresionante y estaba muy sucio. Las paredes estaban cubiertas de pósteres pictóricos muy grandes y coloridos de dioses hindúes, como Laksmi; diosa de la fortuna, y Ganesha; el dios elefante de la buena suerte contra los obstáculos, de la inteligencia y de la sabiduría.

—Jacob —me susurró Thabinayagam tras echar un vistazo, con cierto desprecio, de arriba abajo a los dos indios—, mantén tu documentación escondida y ten mucho cuidado, que esta gente te puede robar. —Y alzando el índice, añadió—: Los indios no son como nosotros…

Antes de despedirse, me dijo que no creía que el hotel Marriott me fuese a guardar la plaza de trabajo, y me recomendó ir a verlo una vez que recibiese la carta de la oficina de inmigración.

—Ya sabes dónde estoy —me dijo al despedirse—. Tan pronto tengas tus papeles, vienes a verme, que yo me ocuparé de encontrarte un trabajo.

Después de mi larga experiencia con la cadena hotelera en la India, yo estaba convencido que la plaza la tendría reservada. Además, mi director de entonces me lo confirmaba en una carta de recomendación. Me despedí muy formalmente de Thabinayagam, y le expresé mi sincera gratitud por su ayuda desinteresada.

Durante los siguientes días no hice otra cosa más que caminar y caminar por la ciudad. Por la noche, cuando volvía al albergue, mis compañeros indios me invitaban a compartir la comida que preparaban en la cocina comunitaria.

Recibí por correo certificado los documentos y tuve que personarme en ciertos departamentos oficiales para firmar y poner mi

huella dactilar. Cuando finalmente tuve todos los papeles en regla, me dirigí de inmediato al hotel Marriott.

Durante el trayecto en autobús veía la ciudad de distinto modo e incluso sonreía tontamente a la gente. «¡Lo que voy a aprender de los cocineros franceses! Lo primero que haré será ganarme la confianza del chef respondiendo excelentemente a mi cometido en la cocina. Aprenderé mucho de él». Ya me imaginaba viviendo en los cómodos apartamentos de los empleados de la cadena de hoteles americana. «Quizá incluso tenga mi propio baño dentro. Y podré comer como un verdadero *gourmet* en la cocina».

Cuando el conserje me vio aparecer, volvió a ignorarme haciendo ver que estaba ocupado atendiendo a dos huéspedes.

Fui directamente al despacho de la directora. Abrí la puerta en cuanto oí que me daba permiso para entrar.

Cuando me vio aparecer por el umbral, disimuló, dando a entender que estaba muy atareada, poniendo su miraba en muchos documentos que tenía sobre la mesa. Un papel salía con parsimoniosa lentitud de la máquina del fax.

—Lo siento —me dijo categóricamente la señora, sin saludarme y sin mirarme a la cara—, llega tarde.

—Pe… pero…—balbuceé—. Usted me dijo que viniese tan pronto como tuviese el permiso de trabajo. Estoy legalmente en Francia, y puedo trabajar…, mire —añadí tendiéndole un documento de la oficina de extranjería—, lo pone aquí, en francés.

El teléfono sonó.

—No hay vacantes —sentenció al mismo tiempo que atendía la llamada. Cuando colgó, añadió—: Aquella plaza en la cocina ya ha sido ocupada. Deje sus datos y, la próxima vez, no dudaremos en llamarle cuando surja algo. Buenos días.

Me dirigí al McDonald’s y le conté lo sucedido a Thabinayagam.

—¡Ay!, lo siento —dijo, dándome unas palmadas en el hombro —. Espérame aquí. Dentro de una hora tengo un descanso y te diré lo que vamos a hacer. Igual puedo conseguirte un puesto aquí en la cocina.

De estar trabajando de asistente de chef en un hotel de cinco estrellas del prestigioso grupo Marriott con célebres y acreditados cocineros, codo con codo con jefes de cocina indios y extranjeros que se iban rotando por los numerosos hoteles de la cadena, veía caer en picado mi carrera profesional trabajando nada menos que en una cadena de comida rápida. Pero ¿qué otra opción me quedaba?

Al cabo de una hora, Thabinayagam salió por la puerta de servicio.

—Mira, Jacob —dijo—. Un antiguo empleado bangladesí dejó el trabajo sin avisar. Entonces, he hablado con el director y me dice que

está dispuesto a emplearte hoy mismo si le suplantas durante su ausencia. Yo no creo que vuelva.

—No sé…

—Mira, es muy sencillo, solo tienes que trabajar por temas… digamos… burocráticos, hasta final de mes, que por lo visto el contrato con el bangladesí terminaba. Luego te emplearán fijo oficialmente con tu verdadero nombre.

—No sé… —seguí diciendo.

—*No sé… No sé…* —replicó pretendiendo estar enfadado—. Pero, hermano tamil, ¿tienes en estos momentos algo mejor entre manos? El poco dinero que has traído no te va a dar para sobrevivir durante los próximos días. Si te pones a buscar trabajo en hoteles y esperar respuestas ¿cómo vas a pagar el alquiler en el albergue el mes que viene? Aquí tienes trabajo y al menos puedes comer durante el día todo cuanto se te antoje.

Esa misma tarde comencé a trabajar en el McDonald's. Me dieron mi uniforme y me explicaron mi cometido; tenía que limpiar los suelos, los frigoríficos, recoger la basura y ayudar a freír las patatas durante las horas punta. Normalmente cuando había una avalancha de clientes era a mediodía, pero en cualquier momento podía presentarse inesperadamente un grupo de estudiantes o de amigos y de inmediato nos ponían a todos en movimiento con sus pedidos.

Capítulo 23

Era la esperanza lo que me impulsaba a seguir, aunque no tuviese garantías

Mi horario era doble. Era el único empleado que entraba por la mañana a primera hora y salía por la noche justo antes de cerrar, de lunes a domingo. En la pechera de mi uniforme tenía que llevar colgando la placa con el nombre del anterior empleado llamado Abbudin, que por el motivo que fuera no se había vuelto a presentar en el trabajo. Yo, tamil cristiano de Sri Lanka, haciéndome pasar por un bangladesí musulmán...

Thabinayagam me recomendó no decir a los demás empleados franceses mi nombre verdadero y mi origen.

—Tú diles que te llamen Abbu —dijo—. Así es como llamaban al anterior empleado. Abbudin es un nombre muy común en toda Asia, así pues, no des explicaciones a nadie, porque cualquiera pudiera denunciarte al sindicato y entonces estarías metido en un problema muy serio. No entables amistad con nadie y no confíes en nadie. Solo en mí, por supuesto, ¿de acuerdo? Y si algún empleado te pregunta algo o quiere darte conversación, tú di: *Je ne parle pas français*, y ni caso, tú a lo tuyo.

—Vaya… —repliqué mostrando mi enfado—. Eso no me gusta. Ahora resulta que corro peligro trabajando ilegalmente y si me descubren me pueden, como mínimo, extraditar, eso si no me meten en la cárcel.

—Mira, Jacob —me dijo dándome golpecitos en el pecho con el índice—, no tienes ningún trabajo con el que puedas subsistir. Esto es mejor que estar mendigando en las calles de París. Además, ten en cuenta que el director corre más peligro que tú por haberte empleado. —Cambiando su semblante y poniendo la mano sobre mi hombro, añadió—: Solo un mes, hermano, luego te harán fijo, tendrás tu día libre y horario laboral como todos los demás, y mientras, podrás seguir buscando plazas de trabajo en el Marriott.

Los empleados del McDonald’s comenzaron a llamarme Abbu.

Pronto me gané la amistad de todos ellos. Si me daban conversación, yo me limitaba a sonreír y seguir las instrucciones de Thabinayagam, es decir, hacerme el tonto. Todos ellos estaban muy contentos conmigo, porque hacia mi cometido muy bien y muy rápido, y tan pronto terminaba, me extra limitaba en mis labores ayudándoles a hacer las hamburguesas, envolverlas y organizar las bandejas siguiendo las facturas de compra de los clientes.

Mi propósito era cumplir ese mes y, nada más cobrar, viajar a Marsella.

No le comenté mis planes a Thabinayagam. Había cambiado la opinión que tenía sobre él desde los primeros días cuando empecé a trabajar. Sin duda, él pensaba que yo era muy ingenuo y algo despistado. Le estuve observando cautelosamente y encontré algo siniestro en la camaradería que tenía con el gerente. Cuando el restaurante estaba lleno, él se dedicaba a tomar los pedidos de los clientes en el ordenador e intuí que debía de estar haciendo algún tipo de engaño con el dinero recaudado a lo largo del día, ya que por las noches solo él hacia el inventario. Pero cuando había visitas inesperadas de inspectores, se dedicaba a dar vueltas por las mesas recogiendo las bandejas y vaciándolas en el cubo de la basura haciendo ver que su cometido allí era más servicial. En uno de esos momentos fue cuando me di cuenta de su estatus en el local. Además, ningún empleado francés le cuestionaba nada, esto me hizo pensar que Thabinayagam era el más veterano y que todos le tenían cierto respeto por el mero hecho de tener una relación tan cómplice y estrecha con el gerente.

La idea de ir a Marsella me la dieron los indios del albergue de inmigrantes.

—Jacob —me dijo uno de ellos mientras cenábamos sentados en el suelo del apartamento, con papeles de periódicos como platos y con los dedos de nuestra mano derecha como cubierto—, no te quedes en París. Esto está lleno de mafias. Conseguirás mejores oportunidades en la hostelería yéndote a Marsella. Allí hay muchos restaurantes de baja, media y alta categoría. Una vez que estés allí, consigue trabajo en cualquiera de ellos, y poco a poco iras conociendo los tejemanejes de este mundillo. Llegará el momento en que, tras obtener la experiencia necesaria, sabrás decidir por ti mismo cuál es el mejor paso que puedas dar.

Desde entonces, aquella idea me fue dando vueltas en la cabeza. La verdad es que los indios se portaron muy bien conmigo. A menudo, cuando llegaba de madrugada, me encontraba sobre la cama comida que me habían guardado de su cena, envuelta cuidadosamente en papel de periódico. La mayoría de las veces no me gustaba la comida india que compartían conmigo, y sin que me viesen se la daba a los

gatos que rondaban por el edificio, pero lo importante era el detalle. Los fines de semana, antes de salir para mi trabajo, me despertaba muy temprano y les preparaba un exquisito desayuno. ¡Ah, eso sí que les gustaba…!

Conseguí un mapa de Francia y poco a poco me fui informando de aspectos interesantes sobre la ciudad de Marsella. El hecho de que estuviese ubicada cerca del mar era un motivo más para decidirme. Yo había crecido en un pueblo junto a la playa y la cercanía del mar me tonificaba, me alegraba. París, me estaba convirtiendo en una persona triste y apagada.

Llegó el último día de mes, el de la paga.

A mediodía me di cuenta de que el gerente fue llamando a cada uno de los empleados a su pequeño despacho para entregarles el sobre con el salario correspondiente. Pero a mí, sorprendentemente, no me llamó.

Después de terminar de fregar los suelos, el encargado del área de la cocina me mandó limpiar el frigorífico. Cuando iba a hacerlo, me acerqué a Thabinayagam.

—¿Por qué no me llama?

—Está muy ocupado —dijo—. Comprende que tiene que hacer el inventario del mes. Te lo dará luego, a la noche.

Supe que era mentira, ya que había visto anteriormente que era él quien hacía el inventario.

—Sí, pero yo también soy su empleado —contesté algo inquieto— Soy el único que trabaja todo el día. No hay nadie que haga doble jornada. Soy el que más horas trabaja y ¿me trata así?

—Vamos a ver… —dijo soltando teatralmente un largo bufido—. ¿Qué te pasa hoy, Jacob? Tranquilo, hermano tamil. Ya verás cómo te llama al final del día, cuando cerremos… Ten paciencia. Estoy seguro de que recibirás dentro del sobre el doble de dinero que cualquier otro empleado, ya verás. Hazme caso y sigue con tu trabajo.

Pasaron las horas y se acercó el momento del cierre. Solo quedaba una pareja de jóvenes haciéndose carantoñas en una mesa cercana a la ventana. Ya había limpiado la planta de arriba y me disponía a fregar la escalera cuando vi entrar en el local a dos hombres con una peculiar gabardina oscura. Mi intuición me dijo que no eran clientes, parecían oficiales de paisano por la forma en la que iban vestidos y por su movimiento corporal. «Quizá sean del sindicato de trabajadores y vienen a hacer una inspección», pensé. Aun así no parecían ser los inspectores de sanidad que anteriormente había visto. Noté que cruzaron miradas con el gerente y este a su vez con Thabinayagam, que hizo un gesto con la cabeza a los dos desconocidos hacia mi dirección. Yo di a entender que no había notado nada. Los dos hombres se quedaron de pie haciendo como que miraban el menú.

Los últimos clientes se marcharon. Todo estaba en silencio, a medida que terminaba de fregar los escalones uno a uno y bajaba gradualmente despacio con el cubo y la fregona a la planta principal.

Thabinayagam puso el cartel de cerrado y apagó las luces de neón de afuera. Me quedé inquieto, ya que los dos desconocidos seguían de pie, sin intercambiar palabra.

Estaba situado cerca de la puerta, escurriendo el mocho de la fregona, después de haber limpiado toda la escalera, cuando oí que el gerente, con su libro de contabilidad encima del mostrador, comenzaba a decir cosas en voz alta como que las cuentas no cuadraban.

Aunque había aprendido muchas palabras en francés, no conseguí entender al pie de la letra lo que decía, pero si lo que pasaba: faltaba dinero.

—¡Algo ha pasado aquí! —exclamó con enfado, a la vez que pegaba un manotazo sobre el mostrador.

Thabinayagam se encogía teatralmente los hombros y movía las manos como diciendo no saber ni comprender por qué en el libro de contabilidad se mostraba que faltaba dinero.

—¡Has sido tú, judío! —gritó el gerente, dirigiéndose a mí; mostrando un semblante como yo no le había visto anteriormente.

Me quedé petrificado sujetando el palo de la fregona. Ingenuamente, hasta me giré pensando que se dirigía a alguien detrás de mí. Pero no había nadie más, excepto yo. Miré a Thabinayagam buscando una explicación. La palabra *judío* la había entendido perfectamente.

—Cristiano —contesté golpeándome el pecho—. Cristiano católico.

—¡Mentira!—dijo el gerente cambiando bruscamente de aspecto. Dirigiéndose hacia los dos hombres altos con gabardinas, añadió—: Es un cerdo inmigrante judío que nos ha engañado. Dice que es cristiano, pero en el albergue de inmigrantes donde vive está registrado como Jacob, y aquí lleva nombre musulmán. Es un inmigrante ilegal que se hace pasar por otra persona —extendió en alto los brazos con las palmas de las manos abiertas hacia arriba—. Le ayudamos, le dimos un trabajo, comida gratis, nuestra amistad… ¡y encima nos roba!

Yo no daba crédito a lo que sucedía.

—¡Corre! —gritó Thabinayagam en nuestro idioma tamil al tiempo que me lanzaba al aire la chaqueta—. ¡Lárgate de aquí! ¡Fuera!

Sin pensarlo dos veces, solté la fregona, agarré mi chaqueta y salí corriendo por la puerta.

Después de cruzar la calle y mezclarme entre los viandantes de aquella noche, me senté en un banco a tomar aire.

Pensé en lo sucedido y caí en la cuenta de que me habían

engañado, todo se había escenificado, y Thabinayagam había sido parte de aquella conspiración. Recordé los movimientos faciales de cada uno de ellos. Mi experiencia vivida me había dado el don de leer rostros. Ahora comprendía la razón por la cual todos ellos se habían situado de pie en la planta principal, de un modo tan poco natural, y la razón era la cámara de seguridad. Querían que mi huida quedase grabada, justificando así mi culpabilidad. Igual irían a reclamar al seguro, o recibir una indemnización por robo. Así es como comprendí los movimientos tan grotescos y teatrales del gerente. Además, el aspecto que mostraban aquellos hombres no era de oficiales del gobierno. Había visto cierto temor en sus rostros, quizá por no estar seguros de cuál iba a ser mi reacción. Thabinayagam tenía mi chaqueta preparada; habría tardado más tiempo si en aquel momento hubiera tenido que ir a la habitación de la parte de atrás del local, donde estaban las perchas. Entonces, él sabía lo que iba a ocurrir. Nadie me había perseguido. Si pensaban que era culpable, ¿por qué habían dejado que me escapase y no habían intentado impedírmelo?

Decidí acercarme y esperar a que saliese Thabinayagam para acecharlo.

—Me has engañado —le dije a su espalda.

Se dio la vuelta y me miró a la cara con seriedad.

No esperé a que dijese nada. Lo agarré del cuello y lo empotré contra el portal de un edificio. La gente que pasaba por la acera nos miraba perplejos, pero pasaban de largo con el andar precipitado.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres pegarme? Adelante. Hazlo.

—¿Cómo has podido…? —dije furioso con el puño en alto.

—No estás en tu pueblo de Sri Lanka, Jacob. Si me tocas, te denuncio a la policía e irán a por ti al albergue y te deportarán.

—Esto es lo que hicisteis también con el bangladesí, ¿no es así? —grité furioso soltándole del cuello—. Te has metido dinero en el bolsillo junto al gerente y vuestros cómplices a mi costa. Estuve trabajando durante un mes todo el día sin parar.

Thabinayagam se ajustó la camisa.

—Sí. ¿Y qué vas a hacer? —dijo con los brazos en jarras—. A ver si te enteras, Jacob. Esto es la jungla, cada uno se vale por sí mismo. Tú cometiste la equivocación de todo recién llegado, que es la de confiar mucho en un desconocido.

—Eres un desgraciado —dije entre dientes y con los puños cerrados intentando controlar mi ira—. Quiero que me des lo que me pertenece o te juro que te mato con mis manos aquí, en medio de la calle. No serías el primero —dije pegándole tal puñetazo en el estómago que lo dejé doblado y sin poder respirar.

Le empujé dentro de un callejón, donde nadie pudiera vernos. Le

agarré del pelo con fuerza y, acercándome a su rostro, le susurré:

—Para tu información, no he confiado en ti lo suficiente como para decirte que yo he sido un tigre. Ahora, tienes un problema muy serio conmigo. Te voy a decir esto bien claro y breve: o me das la solución ahora mismo o no dudaré en matarte.

Nunca llegué a matar a una persona. Aunque alguna vez llegué a pensar en la posibilidad de si las balas que salían de mi fusil al disparar en la selva contra el ejército cingalés habrían impactado en alguien.

Al escuchar lo último que le dije, Thabinayagam cambió totalmente el semblante; de chulesco como era al principio, me mostró un aspecto de persona muerta de miedo. Se puso blanco. De verdad pensó que iba a matarle; lo pude leer en su rostro.

—To… to… toma —me dijo tartamudeando mientras sacaba un sobre de uno de sus bolsillos—. Y… y… aquí tengo un montón más —añadió sacando un fajo de billetes de su cartera.

Cuando volví a mi habitación del albergue saqué del bolsillo todo lo que me había dado y lo puse sobre la cama. Me di cuenta de que no solo tenía lo que Thabinayagam habría obtenido por mi trabajo tras compartirlo con el gerente y sus dos amigos que se hacían pasar por inspectores, sino que también me dio todo su sueldo del mes, incluidos los extras de propinas. No quería quedarme con un dinero que no me correspondía, y por un momento pensé en ir cuanto antes a su residencia a devolvérselo. Sin embargo, reaccioné de la forma más prudente. Mi instinto me decía que cuanto más tiempo permaneciese en el albergue, más peligro correría.

Thabinayagam no dejaría tan fácilmente que alguien se llevase su dinero. En cualquier momento podrían hacer acto de presencia aquellos dos hombres con las gabardinas o, incluso, la misma policía.

Sin demora, recogí mis pertenencias. Dejé una nota de despedida a mis compañeros hindúes y mencioné que me iba a Lyon en autobús, por si acaso alguien les interrogaba acerca de mi desaparición.

Me fui a la estación a aguardar la salida del primer tren con destino a Marsella. Salía en dos horas. Mientras esperaba, salí un momento del edificio. Miré hacia el cielo. No se veía ninguna estrella, sin duda por la polución de la ciudad y el alumbrado.

Apoyado en una pared sentí que un pesado y triste suspiro me henchía el pecho. Dejé que una lágrima cayese por mi rostro. Un grupo de chicas jóvenes, vestidas con ropa de fiesta, salían en ese mismo momento de la estación. Una de ellas me miró, se dirigió hacia mí y me tendió su mano. Instintivamente, le ofrecí la mía, y ella depósito en mi palma un puñado de monedas y se alejó corriendo a dar alcance a sus amigas, que ya bajaban por la vecina boca del metro.

Por un instante me quedé absorto mirando las monedas. En

aquel momento me pareció estar solo y abandonado, pero acto seguido supe que existía la esperanza, que podía conseguir mis metas, podía triunfar, sí, porque no todo estaba perdido.

Cerré la mano. Supe que tenía que continuar. Con el puño cerrado pronunciaron mis labios «¡*Merci*!» en dirección hacia el lugar donde había desaparecido aquella joven.

Era la esperanza lo que me impulsaba a seguir, aunque no tuviese garantías.

Durante el recorrido en tren, miré por la ventana el paisaje; sin embargo, estaba absorto en mis pensamientos. Hacía esfuerzos por expulsar aquellos recuerdos pasados que me causaban un daño atroz y despertaban en mí la sensación del fracaso. «Sigue adelante». «Deja todo lo sucedido atrás». «Sigue adelante». «Tú puedes, David»; me decía a mí mismo.

Capítulo 24

No ayudan en nada al pueblo tamil; engañan a la sociedad internacional

Al llegar a Marsella, realicé muchos trabajos temporales. Estaba convencido de que todo era posible, aunque mis probabilidades fuesen mínimas. La experiencia me lo había demostrado. No había garantías porque no se trataba de una apuesta, solo el trabajo duro, continuo.

Modifiqué mi anterior nombre y me hice llamar Anthony Thasan, como medida de precaución por si alguien relacionado con Thabinayagam o sus amigos, decidiesen realizar pesquisas sobre mi paradero entre el sector de la hostelería. Además, porque temía que tras haber dado a conocer por primera vez, en suelo extranjero, mi pasado como miembro del grupo terrorista de los tigres, pudiese ser extraditado por las autoridades. También comencé a utilizar el seudónimo de Shobasakthi al iniciar una colaboración literaria con una revista local asociada a un grupo de inmigrantes tamiles de Sri Lanka. Aun sin retribución alguna, me satisfacía hacer memoria de leyendas e historias populares relacionadas con mi país de origen, que de pequeño había oído y leído, y ponerlas por escrito periódicamente para su publicación.

Mi primer trabajo importante fue como ayudante de chef en un restaurante indio regentado por pakistaníes. Después, en un restaurante francés también asistiendo al chef, y casi dos años después de haber llegado a Marsella, conseguí el puesto de chef en un restaurante italiano; donde estuve trabajando durante tres años. El dueño se llamaba Pascualle. Era un señor muy mayor. Se había divorciado de su esposa hacía muchos años, y sus hijos, ya adultos, residían en Miami. Nos unió una gran amistad, como paterno-filial.

El día menos inesperado, Pascualle me anunció que había decidido marcharse a Israel, ya que era judío y deseaba vivir sus últimos años allí, donde tenía muchos amigos. Me quiso ceder el restaurante casi regalado, pero le convencí para que hiciéramos las cosas bien. Auditamos el local y nos dieron un presupuesto.

Había ahorrado mucho dinero, pero además conseguí un préstamo bancario y, tras la insistencia de Pascualle, para complacerle, consentí en que me redujese muchísimo la suma por la compra. Firmamos ante notario los documentos, y así fue cómo transformé aquel restaurante italiano en un restaurante *multi cousine*, con una propuesta de cocina francesa revisitada a base de productos de primera calidad. Desde luego, incluí en el menú recetas de Sri Lanka, y con un nombre tan llamativo como Kattamaram.

El restaurante se fue diferenciando de otros publicitados en Marsella únicamente como indios, pakistaníes o solo de comida francesa, por ofrecer una cocina de estilo francés creativo, inspirado en los sabores del mundo.

Me parecía que mi porvenir se presentaba optimista. Iba a ganar un gran sueldo regentando el negocio; podría comprarme un coche, dejar de vivir en alquiler y pensar en adquirir una vivienda. En fin, todo esto resultaba muy alentador para mí.

Durante aquella época, salí con varias chicas, pero no había conocido a ninguna que me atrajera en lo más mínimo. Desde luego algo se interponía entre mí y las mujeres, algo que no estaba seguro de poder cambiar aunque quisiera. Muchas veces llegué a pensar si estaría condenado a vivir solo hasta el final de mis días.

Los primeros meses no fueron nada fáciles. Pero poco tiempo después se fue consiguiendo una clientela fiel y ganando no solo el gusto del público, sino el aprecio de críticos de revistas de viajes que fueron publicitando el negocio. Poco a poco el establecimiento fue siendo conocido por la cocina original de sus hornillos y por sus especialidades, apuntadas en la carta o como sugerencia del día, en función del mercado y de las llegadas de productos frescos. Este ha sido el secreto de su éxito.

Pero el día más inesperado vino a verme un grupo de exiliados tamiles de Sri Lanka que vivían en París.

Trabajaban para una ONG, habían leído mis escritos literarios y a través de mi editor supieron dónde vivía; durante su estancia en Marsella por motivos de negocios, no querían perder la oportunidad de conocerme en persona. Me animaron a asistir a una manifestación en la capital, que a la semana siguiente iban a celebrar en protesta por los crímenes de guerra cometidos por el ejército cingalés durante la guerra civil. Yo me mostré esquivo, ya que no quería mezclarme en política.

Intentando persuadirme, me dijeron que al ser yo de origen tamil de la India, mi éxito en el extranjero podía ser un ejemplo para jóvenes emprendedores tamiles que habían emigrado a Francia, así como una plataforma para compartir mis experiencias. Aun desconociendo ellos mi pasado como niño soldado y verdadero origen,

me comprometí a viajar a París.

Me dijeron que preparase un discurso, y en una plaza ante cientos de personas me puse a hablar por el micrófono sobre la necesidad de buscar la paz y sobre el error de creer que los tigres, mediante el terrorismo, fuesen a hacer algún bien por los tamiles. Al notar el interés del público por lo que contaba, me fui animando.

Improvisando sobre el estrado me explayé de lo lindo sobre los niños soldados. Sin hacer referencia a mi pasado, hablé acerca de mis conocimientos sobre las técnicas y los métodos del lavado de cerebro; sobre la crueldad, el cinismo, la dureza y la incapacidad de los tigres para creer en la democracia y la libertad de expresión tal como la disfrutábamos en ese preciso momento en París.

La gente me escuchaba con atención, yo perdí la noción del tiempo y, con entusiasmo, seguí hablando. Conté cómo lo tigres utilizaban a niños durante enfrentamientos armados como escudos humanos; cómo desplazaban a la población civil de un pueblo entero hacia cierto territorio para que cayesen en fuego de morteros del ejército cingalés, y así ellos poder avanzar a salvo, a costa de cientos de vidas humanas. Al finalizar recibí un caluroso aplauso.

Sin embargo, a quienes no les gustó fue a los propios organizadores de la manifestación. No creían que yo pudiese tener tales conocimientos sobre los tigres. Tan solo habían pensado en ponerme de cara al público como ejemplo de éxito en los negocios, como emprendedor inmigrante tamil y como persona que difunde la cultura tamil a través de escritos literarios.

Cuando iniciamos el programado recorrido por las calles de París, vi con asombro que varios jóvenes distribuían banderas con el logo de los tigres. Había muchos parisinos que ingenuamente comenzaron a ondearlas frente a las cámaras como si fuese algo propio de nuestra cultura tamil. Me giré, di la vuelta y me enfrenté con una de las personas que me habían invitado a participar.

Cuando comencé a mostrarle mi desaprobación, tres musculosos hombres hinchados de esteroides anabolizantes, me agarraron por los brazos.

—Si sabes lo que te conviene, Shobasakthi, procura mantener la boca cerrada sobre los tigres y no hablar más en público —me dijo uno de los organizadores que habían viajado a Marsella para invitarme—. Has sido muy torpe.

—¡Sois unos bastardos! —le grité llamando la atención de la gente—. Me habéis utilizado para generar atención pública y de este modo que vengan medios de comunicación y hagan visibles vuestras banderas. No estáis ayudando en nada al pueblo tamil. Estáis engañando a la sociedad internacional. Conmigo no contéis. ¡Me marcho!

—Si abres la boca otra vez hablando negativamente de los tigres, sufrirás un *accidente*.

—Vete a la mierda.

—Recuérdalo, ya has sido advertido —sentenció haciendo un movimiento con la cabeza a sus esbirros para que me soltasen.

Aunque recibí cartas invitándome a colaborar o para dar conferencias, tomé la decisión de no reunirme más con organizaciones, asociaciones o grupos de inmigrantes tamiles de ningún tipo.

Hay momentos en la vida en que te sientes como el ciclista que se queda rezagado del pelotón al principio de la carrera, pero que con perseverancia logra sobreponerse a medida que discurre la etapa e incluso, o al menos, en la parte final del recorrido, alcanza al grueso del pelotón. Con los años, conseguí salvar los obstáculos que se me interpusieron en el camino, con entereza y con la decisión de seguir continuando hacia delante, tal y como me dijo en su momento el padre Thomas.

No me amilané por las amenazas recibidas, mis críticas políticas siguieron estando expuestas en mis trabajos literarios, y en más de una ocasión he colaborado económicamente con alguna ONG cuyo trabajo en el sudeste asiático me ha parecido genuino y honesto.



Debemos dedicar cada día a vivir al máximo, a disfrutar de la vida, porque si nos despistamos se nos escapa

Jocelyne, desprendiendo su habitual simpatía, acompañaba a nuestros clientes, que no dejaban de llegar, a sus mesas reservadas. Miriam entraba y salía de la cocina al comedor, controlando todo el ensamblaje de nuestra organización, incluso en el supuesto de que se produjeran imprevistos.

Miriam dio sentido a una vida que de otro modo habría carecido totalmente de él. Yo la observaba con discreción y pensé que ya era hora de que, al igual que le había recomendado a Majid que se asentara en la vida contrayendo matrimonio con Jocelyne, yo hiciese lo mismo con Miriam, asumiendo así las responsabilidades que conlleva. Ella nunca me había presionado en ese sentido, pero yo era consciente de que deseaba que se lo propusiese.

Recuerdo el día que la conocí, con su natural encanto vi en ella exactamente lo que necesitaba, unos atributos que carecían las mujeres que anteriormente había conocido: una mujer con fe en el futuro y unas características que yo deseaba para mí mismo, como inteligencia, seguridad, fortaleza de espíritu, y ante todo, una personalidad capaz de ahuyentar todos mis temores.

Una vez más quedaba sorprendido de sus dotes de sensibilidad, buena atención y preocupación por nuestra clientela. «¿Qué haría yo sin ella?», pensaba mientras la observaba caminando con el paso decidido hacia donde me encontraba.

—Vaya una historia —me dijo Miriam, pasando rápido por mi lado; llevando en cada mano humeantes platos para servir.

En las mesas más alejadas, vi a Majid entablando una discurrida y alegre conversación con los accionistas de la empresa privada de telecomunicaciones. «La gran característica que tiene este restaurante es, la actitud. Hay que tener ganas de querer atender bien y de

informar al cliente. A la hora de recomendar platos o bebidas, hay que conocer el producto perfectamente. No solo el estilo y la forma en que están cocinados los alimentos por el chef, sino los ingredientes… Así debes enseñárselo a tus ayudantes», recordaba que le dije en su día a Majid cuando le hice la entrevista de trabajo para el puesto.

En breve Majid pasó a mi lado esbozando una sonrisa, y cruzaba velozmente la cocina, llevando las comandas. Los camareros iban y venían trayendo y llevando platos; otros avanzaban entre las mesas limpiándolas y reponiendo la mantelería y cubertería para los próximos clientes.

El día que firmamos el contrato, Pascualle y yo nos tomamos un excelente vino que él tenía reservado para la ocasión. Con los ojos acuosos por la nostalgia del pasado, me dijo unas palabras que vinieron a mi mente aquel sábado por la noche: «Anthony, según mi experiencia en la hostelería, llega un momento en la vida de todo empleado, ya sea gerente, cocinero o chef, en la cual nos sentamos a meditar qué hemos hecho en nuestras vidas. A lo largo del camino, aprendemos de superiores, de ayudantes, de clientes y todo quien gire a nuestro alrededor; tomamos las conclusiones necesarias que nos determinarán si vamos por buen camino o no; pensamos si estamos destinados a estar en el mismo puesto o queremos ir más allá y proponernos grandes retos ambiciosos. Yo comencé desde el eslabón más bajo, siendo un lavaplatos… ¡Cuántos sabores y saberes he recorrido! ¡Cuántas buenas experiencias! ¡Cuántas decepciones; alegrías, desencantos y euforias típicas del servicio! Todo esto y más es parte fundamental de la vida gastronómica de toda aquella persona que trabaja en este sector. A lo largo de la travesía culinaria he aprendido ciertas verdades que me han abierto los ojos y me han permitido seguir con más optimismo el camino de la vida, que según veo en estos momentos, pronto se me acabará, porque nada es permanente… Recuerda, la vida es una colección de pequeñas vidas, y cada una de ellas dura solo veinticuatro horas. Debemos dedicar cada día a vivir al máximo, a disfrutar de la vida, porque si nos despistamos se nos escapa, a ser felices con los que te rodean y con uno mismo».

A medianoche, los clientes que se habían quedado inicialmente tomando unas copas en el bar, estaban sentados en el comedor terminando el segundo plato. El teléfono no dejaba de sonar, si bien llamaban para hacer reservas para los días siguientes o era la empresa privada de taxis para informar de que el coche para determinada persona esperaba fuera.

Después de haber inspeccionado unos platos elaborados por el chef Jean-Marie y dar mi visto bueno a varios postres, me había quitado la chaqueta y me encontraba remangado y con un delantal de plástico ayudando a mis dos nuevos empleados de lavaplatos para

aligerar la montaña de utensilios que había que limpiar.

—Entiendo que el motivo de llamar a este local Kattamaram es por el recuerdo de Ambika, ¿no es así? —me dijo Miriam, dejando lentamente una serie de platos sobre la mesa metálica; entre el ruido de los cocineros voceando a los *commis chef* los ingredientes a utilizar, el ruido de cacerolas y sartenes, y el vozarrón del chef Jean-Marie cantando las comandas.

—Efectivamente —asentí al mismo tiempo que cerraba de un golpe la puerta del lavavajillas, después de echar con la manguera un chorro de agua a presión a los platos—. Cuando pensé en un nombre, me vino de inmediato a la cabeza el regalo que me hizo Ambika, que desgraciadamente no conservo, pero que simboliza la pesca en el lugar donde nací. Cuando veo el logo de nuestro restaurante me recuerda a la playa de Maboombu, y todo cuanto dejé en ese lugar. —Respiré hondo y contuve el aire un momento, relajé los músculos de los hombros mientras exhalaba, y añadí mirando a Miriam—: Quizá sea ahora el momento de viajar allí y hacer una visita, ¿qué te parece? ¿Vendrías conmigo?

—Claro que sí —contestó esbozando una complaciente sonrisa, y sin apartar su mirada de mi rostro preguntó—: ¿Alguna vez has sentido cierto remordimiento sobre lo sucedido en tu pasado? El haber dejado atrás a tu familia…, haber sido un niño soldado…

—No. Jamás me ha remordido la conciencia, te lo aseguro. Supongo que la conciencia molesta cuando creemos haber obrado en desacuerdo con los principios que nos inculcaron en nuestra juventud, y a estas alturas, como ya te he estado contando, en mi infancia no me inculcaron nada. No tuve a nadie que por las mañanas me dijera: «Tómate el desayuno, hijo, y a ver si te portas bien en el colegio». Cualquiera, estoy seguro, comprende la importancia y necesidad que esas palabras tan sencillas tienen para un niño, tanto como las caricias y los besos de una madre y de un padre. Yo ese vacío lo he sentido durante toda mi vida en el corazón.

—Querido —dijo Miriam poniendo con suavidad sus dos manos sobre mi cara y mirándome fijamente a los ojos—, estoy muy orgullosa de ti y te agradezco que me hayas contado tu pasado. Te quiero, te quiero mucho más de lo que te imaginas. Tú has representado la perseverancia que no cede al desaliento y sabe cómo sobrevivir.

En aquel momento, cuando nuestros ojos se encontraron, volví a pensar que estaba ante una mujer muy especial. Sus palabras sonaron en mis oídos de una forma tan sincera que supe que no las había pronunciado por simple empatía.

—Y tú eres lo mejor de mi vida —le susurré dándole un beso en la mejilla.

Majid entró en la cocina y vino hacia nosotros con los brazos extendidos.

—Anthony, la mesa de los italianos está lista, es el momento justo para poner la música.

—¡Tarta! —gritó el *pastry chef* desde el fondo de la cocina.

—Venga, vamos allá —ordené quitándome el delantal.

Majid y yo, entramos juntos al comedor dispuestos a seguir cumpliendo con nuestro trabajo aquel sábado por la noche.

—Jocelyne, ¿tienes la música preparada?

—Tal y como me dijiste, jefe —contestó guiñándome un ojo.

Apagué las luces. Majid encendió las pequeñas de colores reservadas para las celebraciones. Levantando el brazo le hice la señal a Jocelyne, y tras comenzar la canción, los camareros y yo formamos una cadena bailando la conga.

Azzurro,
il pomeriggio è troppo azzurro
e lungo per me.

Así fuimos pasando por las mesas de los comensales cantando en voz alta, mientras los cocineros, y poco a poco los clientes, sin importar que no fuesen de la mesa de la agasajada, se iban uniendo divertidos a la cadena, agarrándose unos a otros de las caderas.

Mi accorgo
di non avere più risorse,
senza di te.

En fila entramos a la cocina, donde estaba Miriam terminando de encender una última vela de decoración sobre la tarta. Me agarré a su cintura y, siguiéndola, toda la comitiva de empleados y clientes dimos la vuelta.

E allora
io quasi quasi prendo il treno
e vengo, vengo da te,
ma il treno dei desideri
nei miei pensieri all'incontrario va. […]

Serpenteando salimos de la cocina para entrar en el comedor en dirección hacia a la mesa de la joven italiana que celebraba su Bat Mitzvah y que no daba crédito a lo que veía; las lágrimas le caían por las mejillas sonrojadas. Amigos y parientes no dejaban de sacar fotos y grabar vídeos con sus móviles.

Acabó siendo un sábado por la noche maravilloso, lleno de vida, alegría y diversión.

En ocasiones, desplazarte hacia el pasado puede fracturar el presente. Quieres mirar al pasado como si fuera un nuevo año. Quizá quieres sentir que el tiempo no ha transcurrido, quizá quieres olvidar el daño que causaste. Supone olvidar en varias direcciones. Aquella llamada telefónica sin duda me despertó ese daño que infligí a mi familia al marcharme de sus vidas para siempre; avivó del letargo a la bestia de los recuerdos que había permanecido agazapada, silenciosa, en la herida no cerrada durante tantísimo tiempo.

¿Qué habría sido de mi padre durante los últimos años de su vida? ¿Habría acabado reformado como me dijo el padre Thomas? ¿Qué pensaría mi hermana de mi vida? ¿Con quién se habría casado? ¿Y Ambika? ¿Qué habría sido de ella? Actualmente no puedo recordarla con tanta claridad como antes; con el paso del tiempo noto que su cara que se está oscureciendo poco a poco en mi memoria, como si una luz brillara a su espalda. Quizás sea que me hago mayor. Seguramente con el paso de los años las imágenes de mis seres queridos que dejé en Maboombu se irán desvaneciendo por completo, de tal modo que mi historia, como la de otros tantos niños soldados, se habrá desvanecido como un mensaje escrito en la arena de la playa.

Ahora me doy cuenta, más que nunca, de que las interminables manecillas del reloj de la vida avanzan ruidosamente con su tictac, tictac. Me fui siendo un niño, tigre y soldado, y ahora soy un hombre adulto de mediana edad.

Cuando encontré la ocasión propicia, salí a tomar el aire.

Alcé la mirada al cielo; debido a la iluminación de la ciudad, como siempre, pocas estrellas podían apreciarse. Sin embargo, vi una que parpadeaba, y deduje que mi amigo Arafat se habría recostado aquella noche en su yacija misteriosamente profunda.

Sonriendo, entré de nuevo en el restaurante.

Afuera, la iluminación de neón alrededor de la palabra *Kattamaram* volvió a brillar una noche más.

Nota del autor

La presente obra está basada en la vida real de Jesuthasan Antonythasan como niño soldado del grupo terrorista LTTE (Liberation Tigers of Tamil Eelam), durante la guerra civil de Sri Lanka. Siempre desde el respeto que me inspira el personaje, me he permitido algunas licencias propias de una historia novelada. Pido disculpas por anticipado por haber dejado a veces que la ficción se haya abierto paso entre la realidad. He cambiado algunos nombres geográficos y de personajes reales, pero he mantenido otros. Para mí lo esencial ha sido que, al enfrentar realidad y fantasía, esta última haya ganado siempre.

Jesuthasan Antonythasan vive en la actualidad en Francia. Como actor, ha representado el papel principal de la película ganadora de la Palma de Oro en Cannes *Dheepan* (2015), del realizador francés Jacques Audiard.

Agradecimientos

Mi profundo agradecimiento a Jesuthasan Antonythasan, por su amistad, paciencia y generosidad a la hora de compartir su pasado durante nuestras largas entrevistas.

Gracias a María y Antonio, por la confianza que depositaron en mí en los momentos difíciles. Gracias a mis padres, por los sacrificios ímprobos. Gracias a Sheeba y Nadia, por el aliento constante y abnegado. Gracias a mi amiga Nuria Ochoa, por revisar el manuscrito y apoyarme desde el principio. Gracias a Chema Fernández, por sus comentarios y consejos, y por animarme tras leer el borrador.

En Chennai, mi profundo agradecimiento al veterano escritor Ashokamitra, que siempre estuvo dispuesto a recibirme en su residencia y resolverme cualquier duda sobre hechos históricos, políticos y sociales de la cultura Tamil. Sus consejos y recomendaciones fueron una gran ayuda durante la elaboración de esta novela.

En Miami, gracias al escritor y periodista César Vidal, por sus muestras de apoyo. Durante los meses de escritura de esta novela estaba luchando encarecidamente por conseguir apoyo económico, mediante contribuciones, a su programa independiente *La Voz*, comprometido a ser la voz de los que no la tienen; un espacio en medio de un universo mediático en que se ha perdido la independencia en favor del servicio a intereses generalmente ocultos.

En Madrid, gracias al escritor, inventor, periodista y aventurero Alberto Vázquez-Figueroa; le estoy profundamente agradecido por las muestras de ánimo que me brindó personalmente en su estudio de Madrid para continuar con mis trabajos en el país asiático y que con el transcurso del tiempo me llevaron a escribir esta novela.

También en Madrid, gracias al bilbaíno profesor y crítico cinematográfico Alexander Zárate.



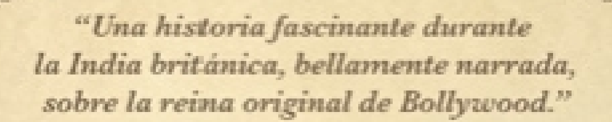
Braganza es autor de la novela histórica Amrita: La apasionante historia de la Frida Kahlo de India (Suma de Letras-México), La princesa Noor (Ediciones B-México); thriller ambientado en la segunda guerra mundial con prólogo del célebre periodista y escritor, Dr. César Vidal, y de las novelas autopublicadas; Nadia sin miedo y Niño, tigre y soldado. Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Ha vivido en la India durante muchos años.

Puedes encontrarme en:

Página web del autor: http://alfredodebraganza.com
Página de autor de Amazon: Alfredo de Braganza
Twitter: https://twitter.com/braganzabooks
Facebook: https://www.facebook.com/alfredodebraganza
Correo: http://alfredodebraganza.com/contact

Otros libros del autor

https://www.amazon.com/Nadia-sin-miedo-extranjera-conquistó-ebook/dp/B01GU382GE

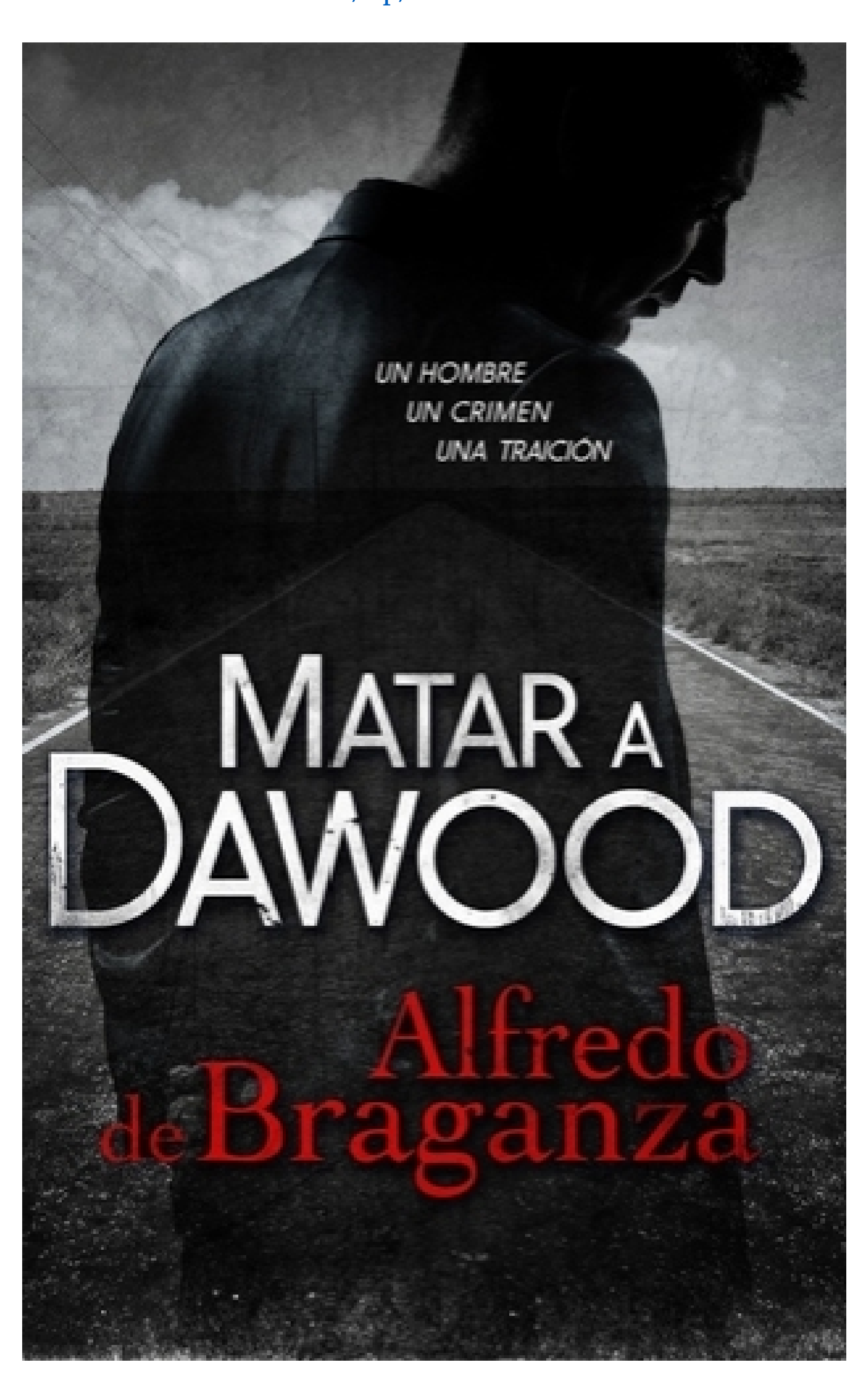


—THE HINDU

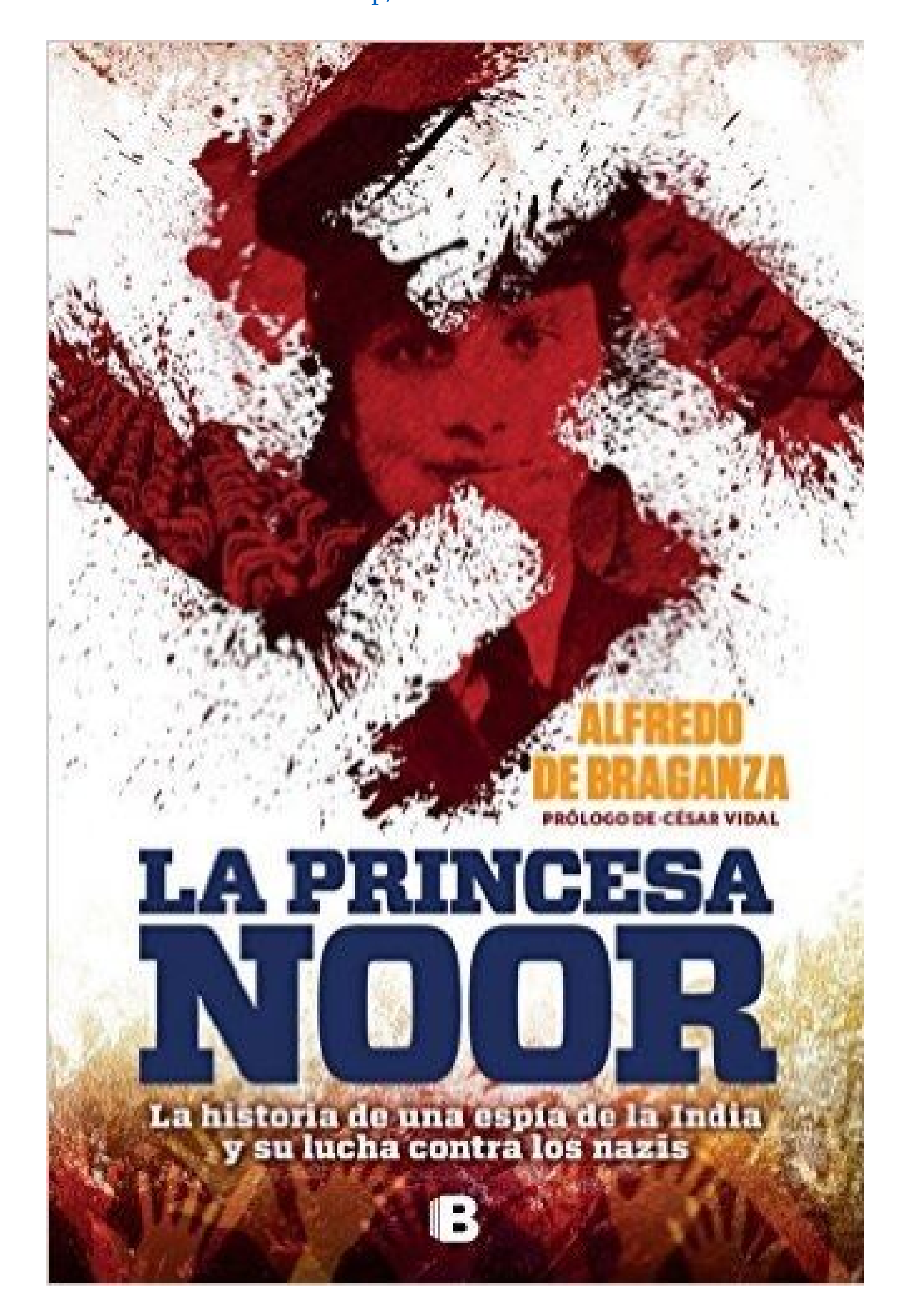
Nadia *sin* Miedo

ALFREDO DE BRAGANZA

https://www.amazon.com/Matar-Dawood-historia-terrorista-buscado-ebook/dp/B01DCAV9TA



https://www.amazon.com/princesa-Noor-Spanish-Alfredo-Braganza/dp/6074808937



https://www.amazon.com/Amrita-Spanish-Alfredo-Braganza-ebook/dp/B016P6V5S8

